PARTE SEGUNDA

I

Maximiliano Rubín

I

La venerable tienda de tirador de oro que desde inmemorial tiempo estuvo en los soportales de Platerías, entre las calles de la Caza y San Felipe Neri, desapareció, si no estoy equivocado, en los mismos días de la revolución del 68. En una misma fecha cayeron, pues, dos cosas seculares: el trono aquél y la tienda aquélla, que si no era tan antigua como la Monarquía española, éralo más que los Borbones, pues su fundación databa de 1640, como lo decía un letrero muy mal pintado en la anaquelería. Dicho establecimiento sólo tenía una puerta, y encima de ella este breve rótulo: *Rubín*.

Federico Ruíz, que tuvo años há la manía de escribir artículos sobre los *Oscuros pero indudables vestigios que dejó en España la raza israelita* (con los cuales artículos le hicieron un folletito los editores de la Revista que los publicó gratis), sostenía que el apellido de Rubín era judío y fué usado por algunos conversos que permanecieron aquí después de la expulsión. En la calle de Milaneses, en la de Mesón de Paños y en Platerías se albergaban diferentes familias de *ex-deicidas*, cuyos últimos vástagos han llegado hasta nosotros, ya sin carácter *fisonómico ni etnográfico*.„ Así lo decía el eximio publicista, y dedicaba medio artículo á demostrar que el verdadero apellido de los Rubín era *Rubén*. Como nadie le contradecía, dábase él á probar cuanto le daba la gana, con esa buena fe y ese honrado entusiasmo que poseen algunos sabios del día en ciertos trabajos de erudición que el público no lee y que los editores no pagan. Bastante hacen con publicarlos. No quisiera equivocarme; pero me parece que todo aquel judaismo de mi amigo era pura fluxión de su acatarrado cerebro, el cual eliminaba aquellas materias como otras muchas, según el tiempo y las circunstancias. Y me consta que D. Nicolás Rubín, último poseedor de la mencionada tienda, era cristiano viejo, y ni siquiera se le pasaba por la cabeza que sus antecesores hubieran sido fariseos con rabo ó sayones narigudos de los que salen en los pasos de Semana Santa.

La muerte de este D. Nicolás Rubín y el

M.C.D.2020

acabamiento de la tienda fueron simultáneos. Tiempo hacía que la casa estaba minada por las deudas, y se sostenía apuntalada por las consideraciones personales que los acreedores tenían á Rubín. El motivo de la ruina, según opinión de todos los amigos de la casa, fué la mala conducta de la esposa de Nicolás Rubín, mujer gastadora y escandalosa, que vivía con un lujo impropio de su clase, y dió mucho que hablar por sus devaneos y trapisondas. Su marido tenía la pícara condición de ser muy débil cuando las circunstancias le pedían fortaleza, y sobrado enérgico cuando exigían tolerancia. Diversas é inexplicables alternativas hubo en aquel matrimonio, que tan pronto estaba unido como disuelto de hecho. El marido pasaba de las violencias más bárbaras á las tolerancias más vergonzosas. Cinco veces la echó de su casa y cinco veces volvió á admitirla, después de pagarle todas sus trampas. Cuentan que Maximiliana Llorente era una mujer hermosa, de esas que no caben en la estrecháez vulgar de una tienda. Se la llevó Dios en 1867, y al año siguiente pasó á mejor vida el infeliz Nicolás Rubín de una rotura de varísis, no dejando á sus hijos más herencia que una detestable reputación doméstica y comercial y muchas trampas que difícilmente pudieron ser pagadas con las existencias de la tienda. Los acreedores arramblaron por todo, hasta por la anaquelería, que sólo sirvió para leña. Era contemporánea del Conde-Duque de Olivares.

Los hijos de aquel infortunado comerciante eran tres. Fijarse bien en sus nombres y en la edad que tenían cuando aconteció la muerte del padre.

Juan Pablo, de veintiocho años.
Nicolás, de veinticinco.
Maximiliano, de diezinueve.

Ninguno de los tres se parecía á los otros dos, ni en el semblante, ni en la complexión, y sólo con muy buena voluntad se les encontraba el aire de familia. De esta heterogeneidad de las tres caras vino sin duda la maliciosa versión de que los tales eran hijos de diferentes padres. Podía ser calumnia, podía no serlo; pero debe decirse para que el lector vaya formando juicio. Algo tenían de común ahora que recuerdo, y era que los tres padecían de fuertes y molestísimas jaquecas. Juan Pablo era gua-

M.C.D.2020

po, simpático y muy bien plantado, de buena estatura, ameno y fácil en el decir, de inteligencia flexible y despierta. Nicolás era desgarbado, vulgarote, la cara encendida y agujereada como un cedazo á causa de la viruela, y tan peludo, que le salían mechones por la nariz y por las orejas. Maximiliano era raquítico hasta no más, de naturaleza pobre y linfática, absolutamente privado de gracias personales. Como que había nacido de menos de siete meses y luégo me le criaron con biberon y con una cabra.

Cuando murió el padre de estos tres mancebos, Nicolás, ó sea el peludo (para que se les vaya distinguiendo), se fué á vivir á Toledo con su tío D. Mateo Zacarías Llorente, capellán de *Doncellas Nobles*, y éste le metió en el Seminario y le hizo sacerdote; Juan Pablo y Maximiliano se fueron á vivir con su tía materna doña Guadalupe Rubín, viuda de Jáuregui, conocida vulgarmente por *Doña Lupe la de los pavos*, la cual vivió primero en el barrio de Salamanca y después en Chamberí, señora de tales circunstancias, que bien merece toda la atención que le voy á consagrar más adelante. En un pueblo de la Alcarria tenían los hermanos Rubín otra tía, viuda, sin hijos y rica; mas como estaba vendiendo vidas la tal señora, la herencia no era más que una esperanza remota.

Capítulo 4.º

No había más remedio que trabajar, y Juan Pablo empezó á buscarse la vida. Odiaba de tal modo las tiendas de tiradores de oro, que cuando pasaba por alguna, parecía que le entraba la jaqueca. Metióse en un negocio de pescado, uniéndose á cierto individuo que lo recibía en comisión para venderlo al por mayor por seretas de fresco y barriles de escabeche en la misma estación ó en la plaza de la Cebada. Pero en los primeros meses surgieron tales desavenencias con el socio, que Juan Pablo abandonó la pesca y se dedicó á viajante de comercio. Durante un par de años estuvo rodando por los ferrocarriles con sus cajas de muestras. De Barcelona hasta Huelva, y de Pontevedra á Almería no le quedó rincón que no visitase, deteniéndose en Madrid todo el tiempo que podía. Trabajó en sombreros de fieltro, en calzado de Soldevilla, y esparció por toda la Península, como se esparce sobre el papel la arenilla de una salvadera, diferentes artículos de comercio. En otra temporada corrió chocolates, pañuelos y chales *galería*, conservas, devocionarios y hasta palillos de dientes. Era honrado á carta cabal y miraba los asuntos de sus comitentes como si fueran propios. Por su diligencia, su honradéz y por la puntualidad con que remitía los fondos recaudados, las casas que servía le apreciaban mucho. Pero no se sabe cómo se las componía, que siempre estaba pobre, y lamentábase incesantemente de su pícara suerte. Todas sus ganancias se le iban en pitos y en flautas, frecuentando mucho los cafés en sus ratos de descanso, convidando sin tasa á los amigos y dándose la mejor vida posible en las poblaciones que visitaba. A los funestos resultados de este sistema llamaba él mala suerte. La misma heterogeneidad y muchedumbre de artículos que corría mermó pronto los resultados de sus viajes y algunas casas empezaron á retirarle su confianza. Las comisiones disminuyeron gradualmente, y el aburrido viajante, siempre de mal humor y echando maldiciones y ternos contra los mercachifles, aspiraba á un cambio de vida y á ocupación más lucrativa y noble.

haber nacido con mala sombra.

Temple

Día memorable fué para Juan Pablo aquél en que tropezó con un cierto amigote de la infancia, camarada suyo en San Isidro. El amigo era diputado de los que llamaban *cimbros*, y Juan Pablo, que era hombre de mucha labia, le encareció tanto su aburrimiento de la vida comercial y lo bien dispuesto que estaba para la administrativa, que el otro se lo creyó, y hágote empleado. Rubín fué al mes siguiente inspector de policía en no sé qué provincia. Pero su infame estrella se la había jurado. A los tres meses cambió la situación política, y mi Rubín cesante. Había tomado el gusto á la carne ~~del presupuesto~~, y ya no podía ser más que empleado. No sé que hay en ello, pero es lo cierto, que hasta la ~~situación de~~ cesantía parece que es un goce amargo para ciertas naturalezas, porque las emociones del pretender las vigorizan y entonan, y por eso hay muchos que el día que les colocan se mueren. La irritabilidad les ha dado vida y la sedación brusca les mata. Juan Pablo sentía inexplicables deleites en ir al café, hablar del Gobierno, anticipar nombramientos, darse una vuelta por los ministerios, ~~cazar~~ al protector en las esquinas de Gobernación, ó á la salida del Congreso ~~cazarle~~, dar el salto del tigre y caerle encima cuando le veía venir. Por fin salió la credencial. Pero, ¡qué demonio! siempre la condenada suerte persiguiéndole, porque todos los ~~destinos~~ que le daban eran de lo más antipático que imaginarse puede. Cuando no era algo de la policía secreta, era cosa de presidios. Pero como ~~estos feos destinos~~ iban siempre acompañados de la promesa de otra cosa mejor, el hombre esperaba, alimentando en su fantasía ilusiones de grandeza y dominio.

M.C.D.2020

Entretanto cuidaba de su hermano pequeño, por quien sentía un cariño que se confundía con la lástima, á causa de las contínuas enfermedades que el pobre chico padecía. Pasados los veinte años, se vigorizó un poco, aunque siempre tenía sus arrechuchos; y viéndole más entonado, Juan Pablo determinó darle una carrera para que no se malograse como él se había malogrado, por falta de una dirección fija desde la edad en que se plantea el porvenir de los hombres. Comprendía ese mayor de los Rubín tan desgraciado por la diafanidad entre sus aptitudes innatas y los medios de exteriorizarse. "¡Oh, si mi padre me hubiera dado una carrera!—pensaba,—yo sería hoy algo en el mundo... El pobrecito bien lo deseaba, pero la perra, la dinastía suelta...!

No tardó en recibir un nuevo golpe, soñaba con un ascenso cuando le dejaron otra vez cesante. Y hé aquí á mi hombre paseándose por Madrid con las manos en los bolsillos, ó viendo correr las horas tontamente en este y el otro café, hablando de la situación ¡siempre de la situación, de la guerra y de lo infames, indecentes y mamarrachos que son los políticos españoles. ¡Duro en ellos! Así se desahogaba de todo espíritu alborotado. Y por aquella vez no había esperanzas para Juan Pablo, porque los *suyos*, los que él llamaba con tanto énfasis los *míos*, estaban por los suelos, y había lo que llaman *racha* en las regiones burocráticas. A veces exploraba el mísero cesante su conciencia, y se asombraba de no encontrar en ella nada en qué fundar terminantemente su filiación política. Porque ideas fijas, había leído muy poco y nutría su entendimiento de lo que en los cafés escuchaba y de lo que los periódicos le decían. No sabía fijamente si era liberal ó no lo era, y llamaba *doctrinario* á un amigo cualquiera sin saber lo que la palabra significaba. Tan pronto sentía en su espíritu, sin saber por qué ni por qué no, un frenético entusiasmo por los derechos del hombre, tan pronto se le inundaba el alma de gozo oyendo decir que el Gobierno iba á dar mucho palo y á pasarse los tales derechos por las narices.

2500

1000/000 | 400
2000 | 2428
2000
6

~~700~~

~~1000/000~~

En tal situación, presentóse inopinadamente en Madrid Nicolás Rubín, el curita peludo, que también tenía sus pretensiones, no sé si de ingresar en el clero castrense ó en el catedral, y ambos hermanos celebraron unos coloquios muy [illegible]ados, paseando solos por las afueras. De resultas de esto, Juan Pablo apareció un día en el café con cierta animación, [illegible] en sus juicios políticos, dándolas de profeta y expresando más [illegible]amente que nunca su desprecio de la situación dominante. A los que de esta manera se conducen, se les mira en los cafés con un poquillo de respeto y aun con cierta envidia, suponiéndoles conocedores de secretos de Estado ó de alguna intriga muy gorda. "El amigo Rubín—dijo, en ausencia de él D. Basilio Andrés de la Cara, que era uno de los puntos fijos en la mesa,—me parece á mí qué no juega limpio con nosotros. Si lo van á colocar que lo diga de una vez. ¿Que tenemos, viene *la federal* ó qué? [illegible] ¿Ó es que le lleva cuentos á [illegible] Bueno, señores, que se los lleve. [illegible] de esta gente en uso de mi [illegible]. No me importa el espionaje.

Esto pasaba á fines de 1872. De pronto Rubín dijo que iba al extranjero á [illegible] reanudar sus trabajos de viajante de comercio. Desapareció de Madrid y al cabo de meses en la tertulia del café se susurró que Juan Pablo estaba en la facción, y que D. Carlos lo había nombrado algo como contador ó intendente en su Cuartel Real. Súpose más tarde que había ido á Inglaterra á comprar fusiles, que hizo un alijo cerca de Guetaria, que vino disfrazado á Madrid y pasó á la Mancha y Andalucía en la primavera del 73, cuando la Península, ardiendo por los cuatro costados, era una inmensa pira á la cual cada español había llevado su tea y el Gobierno soplaba.

II

Juan Pablo, que siempre se había equivocado en lo referente á sí mismo y andaba por caminos torcidos, acertó al disponer que su hermano pequeño siguiese la carrera de Farmacia. Muchas personas que no hacen más que disparates, poseen esta perspicacia del consejo

y de la dirección de los demás, y no dando pié con bola con los destinos propios, ven claro en los del prójimo. En tal decisión tuvo además bastante parte un grande amigo del difunto Nicolás Rubín y de toda la familia, el farmacéutico Samaniego, dueño de la acreditada botica de la calle del Ave María, prometiendo tomar bajo sus auspicios á Maximiliano, llevársele de mancebo, enseñarle la práctica de la ciencia, con la mira de que andando el tiempo se quedase al frente del establecimiento.

Empezó Maximiliano sus estudios el 69, y su hermano y su tía le ponderaban lo bonita que era esta carrera y lo mucho que se ganaba, por ser muy caros los medicamentos y muy baratas las primeras materias, agua del pozo, ceniza del fogón, tierra del camino, etc... El pobre chico, que era muy dócil, con todo se mostraba conforme. Lo que es entusiasmo, hablando en plata, no lo tenía por esta carrera ni por otra alguna; no se había despertado en él ningún afán grande ni esa curiosidad inquieta de que sale la sabiduría. Era tan endeble que la mayor parte del año estaba enfermo, y su entendimiento era tarde en comprender las cosas; no veía nunca claro, no se apoderaba de una idea sino después de echarle muchas lazadas como si la amarrara. Usaba de su escasa memoria como de un ave de cetrería para cazar las ideas; pero el halcón se le marchaba á lo mejor, dejándolo con la boca abierta y mirando al cielo.

Fueron penosísimos los primeros pasos en la carrera, y á no ser por el pundonor que Maximiliano tenía, habría mandado la farmacia con doscientos mil demonios. La pereza y la debilidad le retenían en el lecho por las mañanas más tiempo del regular, y la pobre doña Lupe pasaba la pena negra para sacarle de las sábanas. Levantábase ella muy temprano, y se ponía á dar golpes con el almiréz junto á la misma cabeza del durmiente, que las más de las veces no se daba por entendido de tal estrépito. Luégo le hacía cosquillas, acostaba al gato con él, le retiraba las sábanas, con la debida precaución para que no se enfriase. El sueño se cebaba de tal modo en aquel cuerpo, por las exigencias de la reparación orgánica, que el despertar del estudiante era obra de los romanos y una de las cosas en que más ingenio y constancia desplegaba doña Lupe.

El muchacho estudiaba, y quería cumplir con su deber; pero no podía ir más allá de sus alcances. Doña Lupe le ayudaba á estudiar las lecciones, le arrimaba en sus desfallecimientos, y cuando le veía apurado y temeroso por la proximidad de los exámenes, se ponía la mantilla y se iba á hablar con los profesores. Tales cosas les decía, que el chico pasaba, aunque con malas notas. Como no estuviese enfermo, ~~la asistencia era~~ puntual á clase, y era de los que traían mayor trajín de notas, apuntes y cuadernos. Entraba en clase cargado con aquel fardo de papeles, y no perdía sílaba de lo que el profesor decía. ~~Su carácter dócil y humildísimo, su timidez y la fama de enfermito que tenía, le allanaban el áspero camino.~~

Era de cuerpo pequeño y no bien conformado, tan endeble que parecía que se lo iba á llevar el viento, la cabeza chata, el pelo lacio y ralo. Cuando estaban juntos él y su hermano Nicolás, á cualquiera que les viese se le ocurriría proponer al segundo que otorgase al primero los pelos que le sobraban. Nicolás se había llevado todo el cabello de la familia, y por esta usurpación pilosa, la cabeza de Maximiliano anunciaba que tendría calva antes de los treinta años. Su piel era lustrosa, fina, cutis de niño con transparencias de mujer desmedrada y clorótica. Tenía la naríz aplastada ~~en el hueso~~, como si fuera de sustancia blanda y hubiera recibido un golpe, resultando de esto, no sólo una fealdad, sino obstrucciones de respiración nasal, que eran sin duda la causa de que tuviera siempre la boca abierta. Su dentadura había salido con tanta desigualdad que cada pieza estaba, como si dijéramos, donde le daba la gana. Y menos mal, si aquellos condenados huesos le no molestaran nunca; ¡pero si tenía el pobrecito cada dolor de muelas que le hacía poner el grito más allá del Cielo! Padecía también de corizas, y las empalmaba, de modo que resultaba un coriza crónico, con la pituitaria echando fuego, ~~el cerebro cargado y los conductos nasales obstruídos.~~ Como ya iba aprendiendo el oficio, se administrababa el ioduro de potasio en todas las formas posibles, y andaba siempre con un canuto en la boca aspirando brea y demonios ó no sé qué.

Dígase lo que se quiera, ~~Maximiliano~~ no tenía ilusión ninguna con la ~~carrera. Toda~~

aquella nomenclatura de drogas le interesaba tanto como los nombres de las estrellas. Estudiaba por deber, y por el respeto que á doña Lupe más que á su hermano tenía. Y no estaba vacía de aspiraciones altas el alma de aquel jóven, tan desfavorecido por la Naturaleza, que física y moralmente parecía hecho de sobras. A los dos ó tres años de carrera, aquel molusco empezó á sentir vibraciones de hombre, y aquel ciego de nacimiento empezó á entrever las fases grandes y gloriosas del astro de la vida. Vivía doña Lupe en aquella parte del barrio de Salamanca, que llamaban *Pajaritos*. Maximiliano veía desde la ventana de su tercer piso á los alumnos de Estado Mayor, cuando la Escuela estaba en el 40 antiguo de la calle de Serrano, y no hay idea de la admiración que le causaban aquellos jóvenes, ni del arrobamiento que le producía la franja azul en el pantalón, el ros, la levita con las hojas de roble bordadas en el cuello, y la espada... ¡tan chicos algunos y ya con espada! Algunas noches Maximiliano soñaba que tenía él también su espada y su uniforme, y hablaba dormido. Despierto delirabá también, figurándose haber crecido una cuarta, tener las piernas derechas y el cuerpo no tan caído para adelante, figurándose también que se le arreglaba la nariz, que le brotaba el pelo y que se le ponía un empaque marcial como el del más pintado. ¡Qué suerte tan negra! Si él no fuera tan desgraciado de cuerpo y le hubieran puesto á estudiar aquella carrera, ¡cuánto se habría aplicado! Seguramente, á fuerza de sobar los libros, le habría salido el talento, como se saca lumbre á la piedra frotándola mucho.

Los sábados por la tarde, cuando los alumnos iban al ejercicio con su fusil al hombro, Maximiliano se iba tras ellos para verles maniobrar, y la fascinación de este espectáculo durábale hasta el lunes. Se pasaba las horas muertas pensando en los alumnos, y los contemplaba en su imaginación como en la realidad. En la clase misma, que por la placidéz del local y la monotonía de la explicación convidaba á la somnolencia, se ponía á jugar con la fantasía y á provocar y encender la ilusión. El resultado era un completo éxtasis, y en él veía á los alumnos en su estudio táctico de campo, marchando y haciendo fuego de montirijilla. Veía todo al través de la explicación sobre las propiedades terapéuticas de las tinturas madres como se puede ver un paisaje al través de una vidriera de colores.

Veía á los alumnos militares en su estudio táctico de campo,

M.C.D.2020

Los chicos de la clase de Botánica se entretenían en ponerse motes semejantes á las nomenclaturas de Linneo. A un tal Anacleto que se las tiraba de muy fino y muy señorito, le llamaban *Anacletus obsequiosísimus;* á Encinas, que era de muy corta estatura, le llamaban *Quercus gigantea.* Olmedo era muy [illegible] y le caía admirablemente el *Ulmus sylvestris.* Narciso Puerta era feo, sucio y mal oliente. Pusiéronle *Pseudo-Narcissus.* A otro que era muy pobre y gozaba de un empleito, le pusieron *Christophorus oficinalis odoriferus,* y por último, á Maximiliano Rubín, que era feísimo, desmañado y de muy cortos alcances, se le llamó durante toda la carrera *Rubinius vulgaris.*

Al entrar el año de 1874, tenía Maximiliano veinticinco años y no representaba más de veinte. Carecía de bigote, pero no de granos que le salían en diferentes puntos de la cara. A los veintitres años tuvo una fiebre nerviosa que puso en peligro su vida; pero cuando salió de ella parecía un poco más fuerte; ya no era su respiración tan fatigosa ni sus corizas tan tenaces, y hasta los condenados raigones de sus muelas parecían más civilizados [illegible] No usaba ya el ioduro tan á pasto ni el canuto de brea, y sólo las jaquecas persistían implacables, como esos amigos molestos é insufribles que no se despiden nunca. Juan Pablo estaba entonces en el Cuartel Real, y doña Lupe dejaba á Maximiliano en libertad, porque le creía inaccesible á los vicios por razón de su pobreza física, de su natural apático y de la timidez excesiva que era el resultado de aquellas desven-

tajas. Doña Lupe, que tenía cuartos, le daba algún dinero para sus placeres de mozo, y tenía la satisfacción de que Maximiliano se miraba mucho antes de cambiar una peseta. Dábase por economizar, y tenía una hucha de barro en la cual iba metiendo las monedas de plata y algún centén de oro que le daba su hermano cuando pasaba de ocultis por Madrid. En la ropa era muy mirado, y gustaba de hacerse trajes baratos y de moda, que cuidaba como á las niñas de sus ojos. De esto le sobrevino alguna presunción, y gracias á ella su figura no parecía tan mala como era realmente. Tenía su buena capa de embozos colorados, y por la noche se liaba en ella, se metía en el tranvía y se iba á dar una vuelta hasta las once de la noche, y rara vez hasta las doce. Por aquel tiempo se mudó doña Lupe á Chamberí, buscando siempre casas baratas, y Maximiliano fué perdiendo poco á poco la ilusión de los alumnos de Estado Mayor, y solo se le reverdecía la enfermedad aquella de los éxtasis cuando encontraba en la calle algún oficial del Cuerpo.

Su timidéz, lejos de disminuir con los años, parecía que aumentaba, porque cada día conocía mejor sus desventajas físicas y media mejor su inferioridad en todos los órdenes. Creía que todos se burlaban de él y que le tenían en poco. Exajeraba sin duda su inferioridad, y su desaliento le hacía huir del trato social. Cuando le era forzoso ir á alguna visita, la casa en que debía entrar le inspiraba miedo, aun vista por fuera, y estaba dando vueltas por la calle antes de decidirse á entrar. Temía encontrar personas que le miraran y se rieran, y pensaba lo que había de decir, aconteciendo las más de las veces que no decía nada. Ciertas personas

le infundían un respeto que casi era miedo, y cuando las veía venir por la calle se pasaba á la otra acera. Estas personas no le habían hecho daño alguno; al contrario, eran amigos de su padre, ó de doña Lupe ó de Juan Pablo. Cuando iba al café con los amigos, estaba muy bien si no había más que dos ó tres. En este caso hasta se le soltaba la lengua y se ponía á hablar sobre cualquier asunto. Pero cuando se reunían seis ú ocho personas enmudecía, incapáz de tener una opinión sobre nada. Si se veía obligado á decir algo, ó porque se querían *quedar con él* ó porque sin malicia le preguntaban algo, ya estaba mi hombre como la grana y tartamudeando.

Por esto le gustaba más, cuando el tiempo no estaba muy frío, vagar por las calles, bien envuelto en su capa, viendo escaparates y la gente que iba y venía, parándose en los corros en que cantaba un ciego, y mirando por las ventanas de los cafés. En estas excursiones podía muy bien emplear dos horas sin cansarse, y desde que se daba cuerda y cogía impulso, el cerebro se le iba calentando, calentando hasta llegar á una presión altísima en que el joven errante se figuraba estar persiguiendo aventuras y ser muy otro de lo que era. La calle con su bullicio y la diversidad de cosas que en ella se veían, ofrecía gran incentivo á aquella imaginación, que al desarrollarse tarde, solía desplegar los brios de que dan muestras algunos enfermos graves. Al principio no le llamaban la atención las mujeres que encontraba; pero al poco tiempo empezó á distinguir las guapas de las que no lo eran, y se iba en seguimiento de algunas, por puro éxtasis de aventura, hasta que encontraba otra mejor y la seguía también. Pronto supo distinguir de *clases*, es decir, llegó á tener tan buen ojo, que conocía al instante las que eran honradas y las que no. Su amigo *Ulmus silvestris*, que á veces le acompañaba, indújole á romper la reserva que su encogimiento le imponía, y Maximiliano se acercó á muchas que había visto más de una vez y que le habían parecido muy guapetonas. Pero su alma permanecía serena en medio de sus tentativas viciosas, y las mismas con quienes pasó ratos agradables le repugnaban después. Y como las viera venir por la calle, les huía el bulto.

vagar solo que en compañía de Olmedo, porque éste le distraía, y Maximiliano pensar é imaginar libremente y á sus anchas, figurándose realidades y volando sin tropiezo por los espacios de lo posible, aunque fuera improbable. Andar, andar y soñar al compás de las piernas, como si su alma repitiera una música cuyo ritmo marcaban los pasos, era lo que á él le deleitaba. Y como encontrara mujeres, solas y en parejas ó en grupos, bien con toquilla á la cabeza ó con manto, gozaba mucho en afirmarse á sí mismo que *aquellas eran honradas*, y en seguirlas hasta ver á dónde iban. "¡Una honrada! ¡Que me quiera una honrada!„ Tal era su ilusión... Pero no había que pensar en tal cosa. Sólo de pensar que le dirigía la palabra á una honrada, le temblaban las carnes. Si cuando iba á su casa estaban Rufinita ó la señora de Samaniego con su hija Olimpia, se metía él en la cocina por no verse obligado á saludarlas...

Nada; su manera especial de tributar homenage á la hermosura honrada era mirarla en la calle por encima del embozo, y luégo ir detrás haciéndose el tonto, pensando quién sería y quién no sería, observando si entraba en café ó teatro ó en las tiendas, viendo qué hombres la acompañaban y discurriendo si éste era novio ó padre, cosa que según el judío errante, no era tan fácil de averiguar.

III

De esta manera aquel misántropo llegó á vivir más con la visión interna que con la externa. Él que antes era como una ostra había venido á ser algo como un gran poeta. Vivía dos vidas, la del pan y la de las quimeras. Esta la hacía á veces tan espléndida y tan alta, que cuando caía de ella á la del pan, estaba todo

molido y maltrecho. Tenía Maximiliano momentos en que se llegaba á convencer que era otro, esto siempre por las noches y en la soledad vagabunda de los paseos. Era oficial de ejército y tenía una cuarta más de alto, nariz aguileña, mucha fuerza muscular y una cabeza... una cabeza que no le dolía nunca. O bien era un joven pudiente y muy galán, que hablaba por los codos, sin turbarse nunca, capáz de echarle una flor á la mujer más arisca, y que estaba en sociedad de mujeres como el pez en el agua. Y como dije, se iba calentando de tal modo los sesos, que se lo llegaba á creer. Pues si aquello le durara, sería tan loco como cualquier otro loco. La suerte suya era que aquello se pasaba, como pasaría una jaqueca; pero la alucinación recobraba su imperio durante el sueño, y allí eran los disparates y el teje maneje de unas aventuras generalmente muy tiernas, tiernísimas, por lo más fino, con abnegaciones, sacrificios, heroismos y otros fenómenos sublimes del alma. Al despertar, en ese momento en que los juicios de la realidad se confunden con las imágenes mentirosas del sueño, y hay en el cerebro un crepúsculo, una discusión vaga entre lo que es verdad y lo que no lo es, el engaño persistía un rato, y Maximiliano hacía por retenerlo, volviendo á cerrar los ojos y atrayendo las imágenes que se dispersaban. Verdaderamente—decía él,—¿por qué había de ser una cosa más real que la otra? ¿Por qué no sería sueño lo del día y vida efectiva lo de la noche? Todo es cuestión de nombres. Porque si diéramos en llamar *dormir* á lo que llamamos *despertar*, y *acostarse* al *levantarse*... ¿Qué razón hay para que no diga yo ahora Maximiliano, ahora te estás echando á dormir. Vas á pasar mala noche, con pesadilla y todo, ó sea con clase de *Materia farmacéutica animal*...

El tal Olmedo *Ulmus sylvestris* era un chico simpático, buen mozo, alegre y de cabeza un tanto ligera. De todos los compañeros de Maximiliano el que más le quería era éste, y Maximiliano le pagaba con un cariño que tenía algo de respeto. Llevaba Olmedo una vida muy poco ejemplar, mudando de casa de huéspedes, pasándose las noches en lugares pecaminosos y haciendo todos los disparates estudiantiles como si fueran un programa que había que cumplir á todo trance. Últimamente vivía con una tal Feliciana, graciosa y muy corrida, dándose importancia con ello, como si el *entretener* mujeres fuese una carrera en que había que matricularse para ganar título de hombre hecho y derecho. Dábale él lo poco que tenía, y ella afanaba por su lado lo que podía para ir viviendo, un día con estrecheces, otro con rumbo y siempre con trampas, ahogos y esperanzas. Tomaba él en serio este género de vida y cuando tenía dinero, invitaba á sus amigos á *tomar un arroz* en su casa, dándose unos aires de hombre de mundo y de pillín, con cierta imitación mala del desgaire parisiense que conocía por las novelas de Paul de Kock. Feliciana era de Valencia, y hacía muy bien el arroz; pero tenían que ver el servicio de la mesa y la mesa misma. Y Olmedo lo hacía todo tan al vivo y tan con arreglo á programa, que se emborrachaba sin gustarle el vino, cantaba flamenco sin saberlo cantar, destrozaba la guitarra y hacía todos los desatinos que, á su parecer, constituían el rito de perdido, porque á él se le antojó ser perdido, como otros son masones ó caballeros cruzados por cierta forma, ó por ese prurito de desempeñar papeles y de te-

ner una significación ~~cualquiera que sea~~. Si existiera el uniforme de perdido, Olmedo se lo hubiera puesto con verdadero entusiasmo, y sentía que no hubiese un distintivo cualquiera, cinta, plumacho ó galón, para salir con él, diciendo tácitamente: "Vean ustedes lo perdido que soy." Y en el fondo era un infeliz. Aquello no era más que una prolongación viciosa de la *edad del pavo*.

Maximiliano no iba nunca á las francachelas de su amigo, aunque éste le convidaba siempre. Pero se informaba de la salud de Feliciana, como si fuera una señora, y Olmedo también tomaba esto en serio, diciendo: "La tengo un pequillo delicada. Hoy le he dicho al ~~amigo~~ Orfila que se pase por casa." Este Orfila era un estudiantillo de último año de Medicina, que se llamaba lo mismo que el célebre doctor, y curaba, es decir, recetaba á los amigos y á ~~las~~ amigas de los amigos.

Un día, al salir de clase, dijo Olmedo á Maximiliano:

"Vete por casa si quieres ver una mujer... hasta allí. Es una amiga de Feliciana, que se ha ido á ~~casa~~ unos días mientras encuentra colocación.

—¿Es honrada?—preguntó Rubin, mostrando en su tono la importancia que daba á ~~la~~ honradez.

—¡Honrada!—exclamó el perdido riendo.—¿Pero tú crees que hay alguna mujer que sea honrada?

Esto lo dijo con ~~un~~ aplomo filosófico ~~que hizo comprender á Rubín la inmensidad~~ de la depravación humana. Ya no había mujeres honradas: lo decía un conocedor profundo de la

sociedad y del vicio un hombre curtido á los veinticinco años, el cual, ya que no podía ponerse una escarapela de libertino para pregonar su escepticismo, se inclinaba el sombrero sobre la sien derecha por vía de distintivo de la clase. El escepticismo de Olmedo era signo de infancia, un desorden de transición fisiológica, algo como una segunda dentición: todo se reduce á echar muchas babas, y luégo ya viene el hombre con otras ideas y otra manera de ser.

"¡Con que no es honrada!...—apuntó Maximiliano, que habría deseado que todas las mujeres lo fueran.

—¿Qué ha de ser, hombre?... ¡Buena púa está! Llegó á Madrid no hace mucho tiempo con un señor... creo que tratante en fusiles. Traían un tren, chico. La ví una noche... Te juro que daba el opio. Parecía del propio París... Pero yo no sé lo qué pasó. Aquel señor no jugaba limpio, y una mañana se largó dejando un pico muy grande en la casa de huéspedes, y otro pico no sé dónde, y picos y picos... Total, que la pobre tuvo que vender todos sus trapos y se quedó con lo puesto, nada más que con lo puesto, cuando lo tiene puesto se entiende. Feliciana se la encontró no sé dónde hecha un mar de lágrimas, y le dijo: "vente á mi casa." ¡Allí está! Va á citas, ojo al Cristo, va á citas, para lo cual Feliciana le presta su ropa. No te creas; es una chica muy buena. Tiene un ángel... Vaya una mujer.

Por la noche fué Maximiliano á la casa de Feliciana, que estaba en la calle de Pelayo, y al entrar, lo primero que vió... Es que junto á la puerta de entrada había un cuartito pequeño que era donde moraba la huéspeda, y ella salía de su escondrijo cuando Rubín entraba. Feliciana había salido á abrir con el quinqué en la mano, porque lo llevaba para la sala, y á la luz vivísima del petróleo sin pantalla, Maximiliano la más extraordinaria hermosura que hasta entonces habían visto sus ojos. Ella le miró á él como á una cosa rara, y él á ella como á sobrenatural aparición. Decía él después que los ojos se le habían quedado doloridos, como si los hubieran dado un golpe; pero esto sería quizás exageración.

Pasó Maximiliano á la salita, dejó su capa, y se sentó en un sillón de hule cuyos muelles

asesinaban la parte del cuerpo que sobre ellos caía al sentarse. Olmedo quería que su amigo jugase con él á las siete y media; pero como Maximiliano se negase á ello, se puso á hacer solitarios. Puso Feliciana sobre la luz una pantalla hecha con figurines vestidos de trapo, y después se echó con indolencia en otra de las butacas, abrigándose con su mantón alfombrado.

"Fortunata—gritó llamando á su amiga, que daba vueltas por toda la casa como si buscara alguna cosa.—¿Qué se te ha perdido?

—Chica, mi toquilla azul.

—¿Vas á salir?

—Sí: ¿qué hora es?

Rubín se alegró de aquella ocasión que se le presentaba de decir y prestar su servicio á mujer tan hermosa, y sacando su reloj con mucha solemnidad, dijo: "Las nueve menos siete minutos... y medio." No podía decirse la hora con exactitud más escrupulosa.

"Ya ves—dijo Feliciana.—Tienes tiempo... Hasta las diez. Con que salgas de aquí á las diez menos cuarto. ¿Pero esa toquilla?... Mírala, mírala allí en la silla que está junto á la cómoda.

—¡Ay! hija... si llega á ser perro me muerde.

Se la puso, envolviéndose la cabeza, echando miradas á un espejo de mano que sobre la cómoda estaba, y después se sentó en una silla á hacer tiempo. Entonces Maximiliano la miró mejor. No se hartaba de mirarla, y una obstrucción singular se le fijó en el pecho, cortándole la respiración. ¿Y qué decir? Porque había que decir algo. Maximiliano se sentía delante de aquella hermosura más cortado que en la visita de más campanillas.

"Bien puedes abrigarte—dijo Feliciana á su amiga, y Rubín vió el cielo abierto, porque pudo decir:

—Sí, está la noche fresquecita.

—Llévate el llavín...—añadió Feliciana.—Ya sabes que el sereno se llama Paco. Suele estar en la taberna.

La otra no desplegaba sus labios. Parecía que estaba de muy mal humor. Maximiliano contemplaba como un bobo aquellos ojos, aquel entrecejo incomparable y aquella nariz perfecta, y hubiera dado algo de mucho precio porque ella se hubiese dignado mirarle de otra manera que como se mira á los bichos raros. "¡Qué lástima que no sea honrada!—pensaba.—Y quién sabe si lo será, quiero decir—que conserve la honradéz del alma en medio de..."

Estaba muy ~~arraigada~~ en él la idea aquella de las dos honradeces, en algunos casos armonizadas, en otros no ~~y aquel podía ser uno de~~ ~~aquellos casos~~. Habló Fortunata poco y vulgar; todo lo que dijo fué de lo menos digno de pasar á la historia: que hacía mucho frío, que ~~le molestaba~~ una bota, que aquel llavín parecía la *maza de Fraga*, que al volver á casa ~~entraría~~ por la botica ~~para~~ comprar unas pastillas para la tos.

Maximiliano estaba encantado, y no atreviéndose á desplegar los labios, daba su asentimiento con una sonrisa, sin quitar los extáticos ojos de aquel semblante que le parecía angelical. Y cuanto dijo lo oyó ~~como~~ si fueran conceptos ingeniosísimos. "Si es un ángel... pensó. No ha dicho ni una palabra malsonante... ¡Y qué metal de voz! No he oído en mi vida música semejante... ¿Cómo será el decir esta mujer "te quiero" diciéndolo con verdad y con alma?" Esta idea produjo en la mente de Rubín sacudidas que le duraron un mediano rato. Le corrió un frío por el espinazo y vínole un picor á la nariz como cuando se ha bebido gaseosa.

~~Olmedo~~ cansado de hacer solitarios, se puso á contar cuentos indecentes, lo que á Maximiliano le pareció muy mal. Otras noches había oído anécdotas parecidas y se había reído; pero aquella noche se ponía de todos colores y deseaba que á su condenado amigo se le secara la boca. "¡Qué desvergüenza contar aquellas marranadas delante de personas... de personas decentes, sí señor!" Estaba Rubín tan desconcertado, como si las dos mujeres allí presentes ~~hubieran sido~~ remilgadas damas ó alumnas de un colegio monjil. ~~La única persona que se reía de aquellos~~ estúpidos chistes era Feliciana. Rubín estaba hecho un veneno pero su timidéz le impedía mandar callar á Olmedo. Fortunata no se reía tampoco pero más bien parecía indiferente ~~á las groserías que el otro contaba~~ que indignada de oirlas. Estaba distraída pensando en sus cosas. ¿Qué cosas serían

aquéllas? Diera Maximiliano por saberlas... su hucha con todo lo que contenía. Al acordarse de su hucha tuvo otra sacudida y se removió en el asiento lastimándose mucho con el duro contacto de aquellos mal llamados muelles.

"Pero el cuento más salado—dijo Olmedo,—es el del panadero.—¿Lo sabes tú? Cuando aquel obispo fué á la visita pastoral y se acostó en la cama del cura... Vereis...

Fortunata se levantó para marcharse. Ocurrióle á Maximiliano salir detrás de ella para ver dónde iba. Era una manera especial suya de hacer la corte. Su espíritu soñador tenía como una vaga sospecha de que aquellos seguimientos entrañaban una comunicación misteriosa. Seguir, mirando de lejos, era un lenguaje ó telegrafía *sui generis*, y la persona seguida, aunque no volviese la vista atrás, debía de conocer en sí la existencia del fluído de atracción. Salió Fortunata despidiéndose muy friamente, y á los dos minutos se despidió también Maximiliano, con ánimo de alcanzarla todavía en el portal. Pero aquel condenado *Ulmus sylvestris* le entretuvo á la fuerza, cogiéndole una mano y apretándosela con estúpidos alardes de vigor muscular, para reirse con los chillidos de dolor que daba el pobre *Rubinis vulgaris*. "¡Qué bruto eres!—exclamaba éste, retirando al fin su mano magullada, con los dedos pegados unos á otros.—¡Vaya unas gracias!... Esto y contar porquerías es tu fuerte. Mejor te pusieras á estudiar.

—*Niño del mérito, papos-castos*, ¿quieres hacer el favor de tocarme las narices?

—No te hagas ordinario, grosero—dijo Rubín con bondad.—Si no lo eres, si aunque quieras parecerlo no lo puedes conseguir. Las personas decentes no pueden dejar de serlo aunque se empeñen en ello.

Esto lastimó el amor propio de Olmedo más que si su amigo le hubiera llenado de insultos, porque todo lo llevaba con paciencia menos que se le rebajase un ápice de la graduación de per-

dis que él se había dado y por nada de este mundo consentía que se le tuviera por menos *lipendi* de lo que él quería ser. Le supo tan mal la indulgencia de Rubín, que salió tras él hasta la puerta, diciéndole entre otras tonterías: "¡Valiente hipócrita estás tú... narices! Estos silfidones, á lo mejor la pegan.

IV

Maximiliano bajó la escalera como la baja uno cuando tiene ocho años y se le ha caído el juguete de la ventana al patio. Llegó sin aliento al portal, y allí dudó si debía tomar á la derecha ó á la izquierda de la calle. El corazón le dijo que fuera hacia la calle de San Marcos. Apretó el paso pensando que Fortunata no debía de andar muy á prisa y que la alcanzaría pronto. "¿Será aquélla?„ Creyó ver la toquilla azul; pero al acercarse vió que no era la toquilla de aquel cielo. Cuando veía una mujer *que pudiera ser ella*, acortaba el paso por no acercarse demasiado. Acercándose mucho no eran tan misteriosos los encantos del seguimiento. Anduvo calle y más calles, retrocedió, dió vueltas á esta y la otra manzana, y la toquilla azul no parecía. Mayor desconsuelo no lo sintió en su vida. Si la encontrara era capáz hasta de hablarle y decirle alguna barbaridad. Se agitó tanto en aquel paseo nocturno, que á las once ya no se podía tener en pié, y érale forzoso arrimarse á las paredes para descansar un rato. Irse á su casa sin encontrarla y darse un buen paseo con ella... á distancia de treinta pasos, dábale mucha tristeza. Pero al fin se hizo tan tarde y estaba tan cansado, que no tuvo más remedio que coger el tranvía de Chamberí y retirarse. Llegó y se acostó, deseando apagar la luz para pensar sobre la almohada. Su espíritu estaba abatidísimo. No le ocurrieron sino cosas tristes, desgracias y le daban ganas de llorar. Apenas durmió aquella noche y por la mañana hizo propósito de ir á casa de Feliciana en cuanto saliera de clase.

M.C.D.2020

Hízolo como lo pensó, y aquel día pudo vencer un poco su timidéz. Feliciana le ayudaba, estimulándole con maña, y así logró Rubín decir á la otra algunas cosas que por disimulo de sus sentimientos quiso que fueran maliciosas. "Tardecillo vino usted anoche. A las once no había vuelto usted todavía.„ Y por este estilo otras frases vulgares que Fortunata oía con indiferencia y que contestaba de un modo desdeñoso. Maximiliano reservaba las purezas de su alma para ocasión más oportuna, y con felíz instinto había determinado iniciarse como uno de tantos, como un cualquiera que no quería más que divertirse un rato. Fortunata no podía disimular las pocas simpatías que Rubín le inspiraba. Tenía el pobrecito tan poca gracia, que cuando quería hacer el gracioso é imitar las botaratadas de Olmedo, había que pegarle; ¡tan paxiroso se ponía! Dejóles solos la timorata de Feliciana, y Rubín se acobardó al principio; pero después se rehizo. Brotóle dentro del alma una energía extraordinaria. No era ya el mismo hombre. La fe que llenaba su alma, aquella pasión nacida en la inocencia y que se desarrolló en una noche como un árbol milagroso que surge de la tierra cargado de fruto, le transfiguraba. Hasta la maldita timidéz quedaba reducida á un fenómeno puramente externo. Miró por espacio de un buen rato á Fortunata, y cogiéndola una mano, le dijo con voz temblorosa: "Si usted me quiere querer, yo la querré más que á mi vida.„

Fortunata le miró también á él fijamente. Le parecía imposible que el bicho raro se expresase así... Vió en sus ojos una lealtad y una honradéz que la dejaron pasmada. Después reflexionó un instante, tratando de apoyarse en un juicio pesimista. Se habían burlado tanto de ella, que lo que estaba viendo no podía ser sino una nueva burla. Aquel era, sin duda, más pillo y más engañador que los demás. Consecuencia de estas ideas fué la sonora carcajada que soltó Fortunata en las barbas de aquel hombre que era todo espíritu. Maximiliano no se desconcertó, y la circunstancia de verse escuchado con atención, le dabá una resolución desconocida. ¡Animo! "Si usted me quiere, yo la adoraré, yo la idolatraré á usted...„

Revelaba la mujer aquella un gran escepticismo, y lo que hacía la muy pícara era tomar

M.C.D.2020

á risa la pasión del joven.

"¿Y si lo probara?—dijo Maximiliano con seriedad que le dió, ¡parece mentira! un tornasol de hermosura,—¿si le probara á usted de un modo que no dejase lugar á dudas...?

—¿Qué?

—¡Que la idolatraré!... no, que ya la estoy idolatrando.

—¡Idolatrando! ¡já, já!—repitió la otra, y devolvía la palabra como se devuelve una pelota en el juego.

Maximiliano no insistió en emplear palabras muy expresivas. Comprendió que el ridículo se le venía encima. No dijo más que esto: "Bueno, seremos amigos... Me contento con eso por ahora. Yo soy un infelíz, quiero decir, no soy bueno. Hasta ahora no he querido á ninguna mujer.„

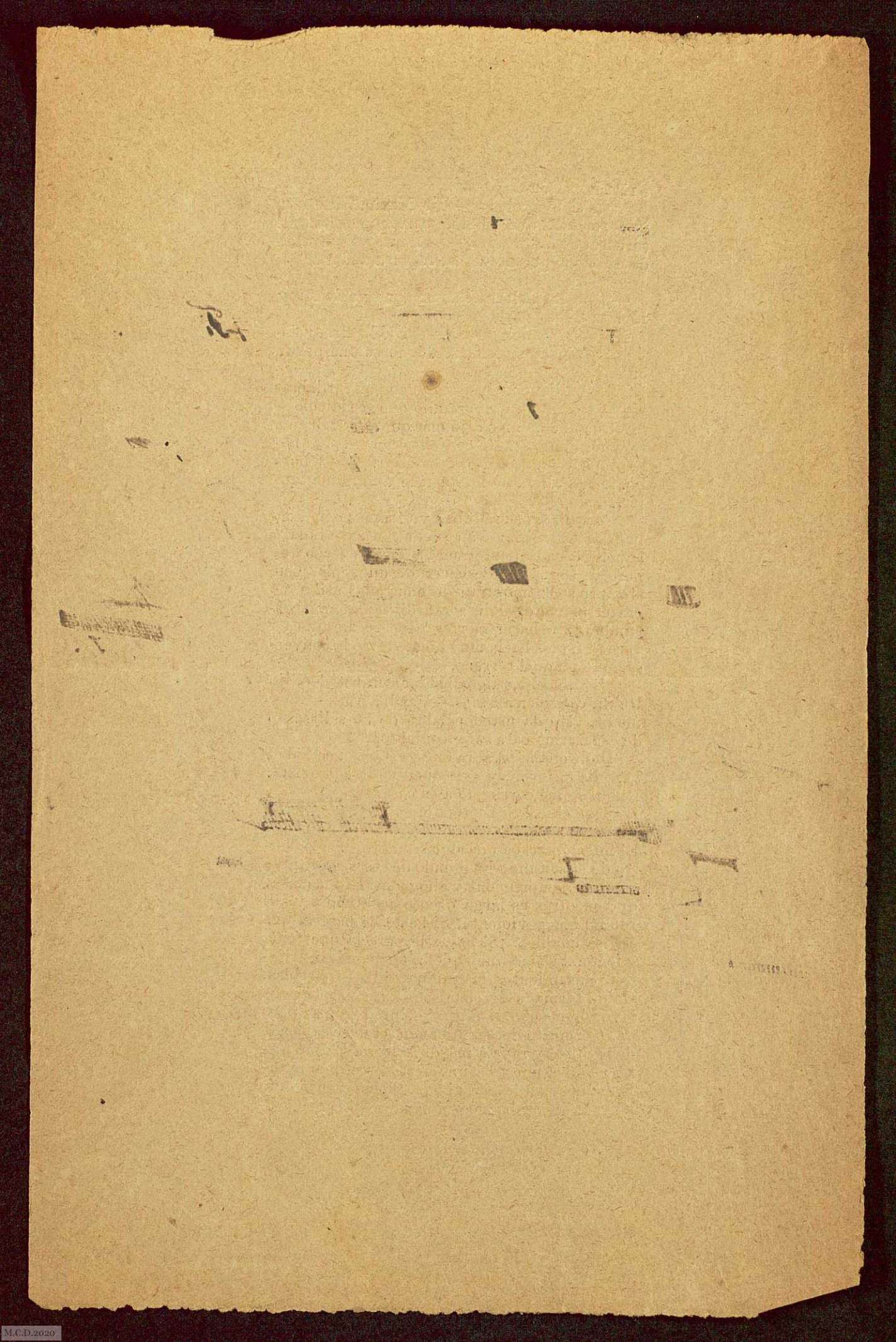
Fortunata le miraba, y, francamente, no podía acostumbrarse á aquella naríz chafada, á aquella boca tan sin gracia, á aquel cuerpo que parecía se iba á deshacer de un soplo. ¡Qué siempre se enamoraran de ella así! No era el primero. Obligada á disimular y acostumbrada á hacer ciertos papeles, aunque en verdad no los hacía muy bien, siguió la conversación en aquel terreno.

"Esta noche quiero hablar con usted—dijo Rubín categóricamente.—Vendré á las ocho y media. ¿Me da usted palabra de no salir?... ¿ó de esperarme para salir conmigo?„

Dióle ella la palabra que con tanta necesidad le pedía el joven, y así concluyó la entrevista. Rubín se fué corriendo á su casa.

¡Qué chico! Si parecía otro.

El mismo notaba que algo se había abierto dentro de sí soltando un mundo de cosas, que antes estaban comprimidas y ahogadas. Era la crisis, que en otros es larga ó poco acentuada, y allí fué rápida y violenta. Si hasta le parecía que era saludable... ¡Si hasta le parecía que tenía talento...! Como que aquella tarde se le ocurrieron pensamientos magníficos, ideas soberbias. Había formado de sí mismo un concepto poco favorable como hombre de inteligencia; pero ya, por efecto del súbito amor, creíase capáz de dar quince y raya á más de cuatro. La modestia cedió el puesto á un cierto orgullo que tomaba posesión de su alma... "Pero ¿y si no me quiere?—pensaba desanimándose y cayendo á



tierra.—Es que me tendrá que querer... No es el primer caso... Cuando me conozca...„

Al mismo tiempo la apatía y la pereza quedaban vencidas... ~~Le andaban~~ por dentro comezones y pruritos nuevos, un deseo de hacer algo, y de probar su voluntad en cosas grandes y difíciles... Iba por la calle sin ver á nadie, tropezando con los transeuntes, y á poco se estrella contra un árbol del paseo de Luchana. Al entrar en la calle de Raimundo Lulio vió á su tía en el balcón tomando el sol. Verla y sentir un miedo muy grande, pero muy grande, fué todo uno. "¡Si mi tía lo sabe...!„ Pero del miedo salió al instante la reacción del valor, y apretó los puños debajo de la capa, los apretó tanto, que le dolieron los dedos. "Si mi tía se opone, que se oponga y que se vaya á los demonios.„ Nunca, ni aun con el pensamiento, había hablado Maximiliano de ~~su tía~~ con tan poco respeto. Pero ~~su alma, creciendo con aquella espuma hiriente que lo había salido de súbito, no~~ reconocía como atendible nada de lo que era ~~anterior á su loca inclinación~~. Todo el mundo y toda la existencia anteriores á aquel estado novísimo se hundían ó se disipaban como las tinieblas al salir el sol. Ya no había tía, ni familia, ni nada, y ~~como alguien~~ se le atravesara en ~~medio del~~ camino. Maximiliano tuvo tal acceso de coraje que hasta se ofreció á su mente la imagen de doña Lupe, de su segunda madre, ~~con caracteres odiosos~~. Al subir las escaleras de su casa se serenó, pensando que su tía no sabía nada, y si lo sabía, que lo supiera, ¡ea!... "¡Qué carácter estoy echando!—pensó al meterse en su cuarto.

Tenía las alas rotas.

Andábanle

Dª Lupe

los antiguos moldes estaban rotos.

mi hermano

quien quiera que

era declarado enemigo.

se dijo

M.C.D.2020

Cuento 26

Cerró cuidadosamente la puerta y cogió la hucha. Su primer impulso fué estrellarla contra el suelo y romperla para sacar el dinero, y ya la tenía en la mano para consumar tan antieconómico propósito, cuando le asaltaron temores de que su tía oyera el ruido y entrase y le armara un cisco. Acordóse de lo orgullosa que estaba doña Lupe de la hucha de su sobrino. Cuando iban visitas á la casa la enseñaba como una cosa rara, sonándola y dando á probar el peso, para que todos se pasmaran de lo arregladito y previsor que era el niño. "Esto se llama formalidad. Hay pocos chicos que sean así...„

Maximiliano discurrió que para realizar su deseo, necesitaba comprar otra hucha de barro exactamente igual á aquella y llenarla de cuartos, para que sonara y pesara... Se estuvo riendo á solas un rato, pensando en el chasco que le iba á dar á su tía... ¡él, que no había hecho nunca una travesura... / lo único que había hecho años atrás, era robarle á su tía botones para coleccionarlos. ¡Instintos de coleccionador, que son variantes de la avaricia! Alguna vez llegó hasta cortarle los botones de los vestidos; pero con un solfeo que le dieron, ~~se le quitó esta maña, que habría podido llegar á un desarrollo alarmante, ne cortándola á tiempo con severos castigos.~~ Fuera de esto, nada; siempre había sido la misma ~~docilidad, la misma~~ mansedumbre, y tan económico, que su tía le amaba más ~~por esto, y la virtud que más elogiaba en él era el ahorro.~~

"Nada, nada; manos á la obra. En la cacharrería del paseo de Santa Engracia hay huchas exactamente iguales. Compraré una / y miraré bien para tomarle bien las medidas.

Estaba Maximiliano con la hucha en la mano mirándola por arriba y por abajo, como si la fuera á retratar, cuando se abrió la puerta y entró una chiquilla como de doce años, delgada y espigadilla, los brazos arremangados, muy atusada de flequillo y sortijillas, con un delantal que le llegaba á los piés. Lo mismo fué verla Maximiliano, que se turbó cual si le hubieran sorprendido en ~~la consumación de un delito~~ un acto vergonzoso.

M.C.D.2020

Punto 27

"¿Qué buscas tú aquí, chiquilla sin vergüenza?

Por toda contestación, la rapaza le enseñó medio palmo de lengua, plegando los ojos y haciendo unas muecas de careta fea de lo más estrafalario y grotesco que se puede imaginar.

—Sí, bonita te pones... Lárgate de aquí, ó verás...

la casa.

Era la criada de doña Lupe [que] odiaba las mujeronas y siempre tomaba á su servicio niñas para educarlas y amoldarlas á su gusto y costumbres. Llamábanla Papitos no sé por qué. Era más viva que la pólvora, activa y trabajadora cuando quería, holgazana y mañosa algunos días. Tenía el cuerpo esbelto, las manos ásperas del trabajo y el agua fría, la cara diablesca, con unos ojos reventones de que sacaba mucho partido para hacer reir á la gente, la boca hocicuda y graciosa, con un juego de labios y unos dientes blanquísimos que eran como de encargo para producir las muecas [y monines] más extravagantes. Los dos dientes centrales superiores eran grandes, y se le veían siempre ~~aunque tuviere la boca cerrada, lo que no ocurría sino~~ cuando estaba de morros.

porque no cerraba completamente la boca.

Oída la conminación que le hizo Maximiliano, Papitos se desvergonzó más. Ella las gastaba así. Cuanto más la amenazaban más pesadita se ponía. Volvió á echar fuera una cantidad increible de lengua, y luégo se puso á decir en voz baja: "Feo, feo...„ hasta treinta ó cuarenta veces. Esta apreciación, que no era contraria á la verdad, ni mucho menos, nunca había inspirado á Rubín más que desprecio; pero en aquella ocasión le indignó tanto, vamos... que de buena gana le hubiera cortado á Papitos toda aquella lenguaza que sacaba.

"Si no te largas, de la patada que te doy...

Fué trás ella; pero Papitos se puso en salvo. Parecía que volaba. Desde el fondo del pasillo, en la puerta de la cocina, repetía sus burlas, haciendo con las manos gestos [diabólicos]. Volvió él á su cuarto muy incomodado y á poco entró ella otra vez.

demico.

"¿Qué haces aquí?

—Vengo *á por* la lámpara para aviarla...

El motivo de haber dicho esto con relativo juicio y serenidad, fué que se oyeron los pasos de doña Lupe, y una voz temerosa que dijo: "Mira, Papitos, que voy allá...

—Tía, venga usted... Está de jarana...

—¡Acusón!—le dijo por lo bajo la chicuela al coger la lámpara,—bulero.

—La culpa la tienes tú—dijo severamente doña Lupe, en la puerta,—porque te pones á jugar con ella, le ríes las gracias, y ya ves. Cuando quieres que te respete, no puede ser. Es muy mal criada.

La tía y el sobrino hablaron un instante.

"¿También vendrás tarde esta noche? Mira que las noches están muy frías. Estas heladas de Enero, hijo, son crueles. Tú no estás para valentías.

—No, si no siento nada. Nunca he estado mejor—dijo Rubín, sintiendo que la timidéz le ganaba otra vez.

—No hagamos tonterías... Hace un frío horrible. ¡Qué año tan malo! Creerás que anoche no pude entrar en calor hasta la madrugada? Y eso que me eché encima cuatro mantas. ¡Qué atrocidad! Como que estamos entre las *Cátedras* que es, según decía mi Jáuregui, el peor tiempo de Madrid. Desde el 18 de Enero, *Cátedra de San Pedro en Roma*, hasta el 22 de Febrero, *Cátedra de San Pedro en Antioquía*, se hielan los pajaritos en Madrid. No hay tiempo peor,

V

—¿Va usted esta noche en casa de doña Silvia?—preguntóle Rubín.

—Eso pienso. Si tú sales me dejarás allá, y luégo irás á buscarme á las once en punto.

Esto contrariaba á Maximiliano, porque le tasaba el tiempo; pero sólo dijo:

—A las once, minuto más, minuto menos.

—Y esta tarde, ¿sale usted?—preguntó deseando que su tía saliese antes de comer, para verificar, mientras ella estuviese fuera, el trasiego de las huchas.

—Puede que me llegue un ratito allí al lado á casa de Paca Morejón.

Esta señora era la esposa de D. Basilio Andrés de la Caña.

"Yo la acompañaré á usted... Tengo que ir á ver á Narciso para que me preste unos apuntes. La dejaré á usted en la calle de la Habana.

Doña Lupe fué á la cocina y le armó una gran chillería á Papitos porque había dejado quemar [illegible]. Pero Papitos estaba muy acostumbrada á todo, y se quedaba tan fresca. Como que acabadita de oirse llamar con las denominaciones más injuriosas y de recibir un pellizco que le arrancaba la carne, poníase detrás de su ama, mientras se rascaba el brazo dolorido, á hacer visajes y á sacar la lengua.

"Si creerás tú que no te estoy viendo, bribona—decía doña Lupe sin volverse, entre risueña y enojada.

Y doña Lupe no se podía pasar sin ella. Necesitaba tener una criatura á quien reprender y [illegible] enseñar por los procedimientos suyos.

Púsose la mantilla doña Lupe, y tía y sobrino salieron. La primera se quedó en la calle de Arango y el segundo se fué á comprar la hucha y tornó á su casa. Había llegado la ocasión de consumar el atentado, y el que en el período de premeditación se mostraba tan valeroso, cuando se aproximaba el instante temido, sentía vivísima inquietud. Empezó por asegurarse de la curiosidad de Papitos, echando la llave á la puerta después de encender la luz; ¿pero cómo asegurarse de su propia conciencia que se le alborotaba, pintándole la falta proyectada como nefando delito? El recuerdo de Fortunata, que invocaba con estímulos de la mente, le devolvía los ánimos; pero así y todo, no las tenía todas consigo. Comparó las dos hu-

chas, observando con satisfacción que eran exactamente iguales en volumen y en el color del barro. No era posible que nadie advirtiese la sustitución. Manos á la obra. Lo primero era romper la primitiva para coger el oro y la plata, pasando á la nueva la calderilla, con más dos pesetas en *perros* que al objeto había cambiado en la tienda de comestibles. Romper la olla sin hacer ruído era cosa imposible. Permaneció un rato sentado en una silla junto á la cama, con las dos huchas sobre ésta, acariciando con la mano la que iba á ser víctima. Su mirada vagaba alrededor de la luz, cazando una idea. La luz iluminaba la mesilla cubierta con hule ~~remendado~~, sobre el cual estaban los libros de estudio forrados con periódicos muy bien ordenados por doña Lupe, dos ó tres frascos de sustancias medicinales, el tintero y varios números de *La Correspondencia*. ~~Su~~ mirada ~~vagó~~ por ~~el reducido ámbito~~ del cuarto ~~buscando la idea~~, como si siguiera el vuelo de una mosca, y fué de la mesa á la percha en que pendían aquellos moldes de sí mismo, su ropa, el chaqué que reproducía su cuerpo y los pantalones que eran sus propias piernas colgadas como para que se estiraran. Miró después la cómoda, el baul y las botas que sobre él estaban, sus propios piés cortados, pero dispuestos á andar. Un movimiento de alegría y la animación de la cara indicaron que Maximiliano había ~~encontrado~~ la idea. Bien lo decía él: con aquellas cosas se había vuelto de repente hombre de talento. Levantóse, y cogiendo una bota salió y fué á la cocina, donde estaba Papitos ~~haciendo la comida y cantando sola~~.

"Chiquilla, ¿me das la mano del almiréz? Esta bota tiene un clavo tremendo que me ha dejado cojo.

Papitos cogió la mano del almiréz, haciendo el ademán de machacar al señorito la cabeza.

"Vamos, niña, estate quieta. Mira que le cuento todo á la tía. Me encargó que tuviera cuidado contigo, y que si te movías de la cocina, te diera dos coscorrones.

Papitos se puso á picar la escarola, sin dejar de hacer visajes.

"Y yo le diré—replicó,—yo le diré lo que usted hace... el muy trapisondista...

Maximiliano se extremeció.

"Tonta, ¿qué es lo que yo hago?...—dijo sorteando su turbación.

—Encerrarse en su cuarto, ¡ay! ¡olé! ¡ay! ¡olé!...

para que nadie le vea; pero yo le he visto por el agujero de la llave... ¡ay! ¡olé! ¡ay! ¡olé!... la vista lo que estaba haciendo.

—¿Qué?

—Escribiéndole cartas á la novia.

—Mentira... yo. Quita allá, tandilona...

Volvió á su cuarto, llevando la mano del almiréz, y echada otra vez la llave, tapó el agujero de ella con un pañuelo.

"Ella no mirará; pero si se le ocurre...

El tiempo apremiaba y doña Lupe podía venir. Cuando cogió la hucha llena, el corazón le palpitaba y su respiración era difícil. Dábale compasión de la víctima, y para evitar su enternecimiento, que podría frustrar el acto, hizo lo que los criminales que se arrojan frenéticos á dar el primer golpe para perder el miedo y acallar la conciencia, impidiéndose el volver atrás. Cogió la hucha y con febril mano la atizó un porrazo. La víctima exhaló un hondo quejido. Se había cascado, pero no estaba rota aún. Como este primer golpe fué dado sobre el suelo, le pareció á Maximiliano que había retumbado mucho, y prosiguió el atentado poniendo la víctima sobre la cama. Su azoramiento era tal que casi le pega á la hucha vacía en vez de hacerlo á la llena; pero se serenó, diciendo: "¡Qué tonto soy! Si esto es mío, ¿por qué no he de disponer de ello cuando me dé la gana?„ Y leña, más leña... La infeliz víctima, aquel antiguo y leal amigo, modelo de discreción y fidelidad, gimió á los fieros golpes, y por fin se abrió en tres ó cuatro pedazos. Sobre la cama se esparcieron las tripas de oro, plata y cobre. Entre la plata, que era lo que más abundaba, brillaban los centimes como las pepitas amarillas de un melón entre la pulpa blanca. Con mano trémula, el asesino lo recogió todo menos la calderilla, y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Los cascos esparcidos parecían pedazos de un cráneo, y el polvillo rojo del barro cocido que ensuciaba la colcha blanca, pareciéronle al criminal manchas de sangre. Antes de pensar en borrar las huellas del crimen, pensó en poner los cuartos en la hucha nueva, operación verificada con tanta precipitación, que las piezas se atragantaban en la boca y algunas no querían pasar. Como que la boca era un poquitín más estrecha. Después metió el cobre de las dos pesetas que había cambiado para que resultase un peso igual al que en vida tuvo la infeliz víctima con tanta ingratitud inmolada.

No habia tiempo que perder. Sentía pasos. ¿Subiría ya doña Lupe? No, no era ella; pero pronto vendría y era forzoso despachar. Aquellos cascos, ¿dónde los echaría? Hé aquí un problema que le puso los pelos de punta al criminal. Lo mejor era envolver aquellos despojos sangrientos en un pañuelo y tirarlos en medio de la calle cuando saliera. ¿Y la sangre? Limpió la colcha como pudo, soplando el polvo. Después advirtió que la mano derecha y el puño de la camisa conservaban algunas señales, y se ocupó en borrarlas cuidadosamente. También la mano del almiréz necesitó de un buen limpión. ¿Tendría algo en la ropa? Se miró bien de piés á cabeza. No habia nada, absolutamente nada. Como todos los criminales en igual caso, fué escrupuloso en la inspección; pero á estos desgraciados se les olvida siempre algo, y donde menos lo piensan se conserva el dato acusador que ilumina á la justicia.

Lo que desconcertó á Maximiliano cuando creyó concluída su faena, fué el advertir que la hucha nueva no se parecía nada á la sacrificada. ¿Cómo antes del crimen las vió tan iguales que parecian una misma? Error de los sentidos. También podía ser error la diferencia que después del crimen notaba. ¿Se equivocó antes ó se equivocaba después? En la enorme turbación de su ánimo no podía decidir nada. "Pero sí, basta tener ojos—decía,—para conocer que esta hucha no es aquella... En ésta el barro es más recocho, de color más oscuro, y tiene por aquí una mancha negra... Á la simple vista se ve que no es la misma... Dios nos asista. ¿Á ver el peso?... Pues el peso me parece que es menor en ésta... No, más bien mayor, mucho mayor... Será que á mí me parece, porque sé... Tal vez mi tía no conozca la diferencia...

Quedóse parado un largo rato mirando á la luz y viendo en ella á doña Lupe en el acto de coger la hucha falsa y decir: "Pero esta hucha... no sé... me parece... es la misma". Dando un gran suspiro ocupóse en envolver en un pañuelo los cascos de la víctima, y guardarlo en un cajón de la cómoda hasta el momento de salir. Puso la nueva hucha en el sitio de costumbre, que era el cajón alto de la cómoda, abrió la puerta, quitando el pañuelo que tapaba el agujero de la llave y después de llevar á la cocina el instrumento del crimen, volvió á su cuarto con idea de contar el dinero... Pero si era suyo, ¿á qué tanto miedo y zozobra? Él no habia robado nada á nadie, y sin embargo, estaba como los ladrones. Más derecho era referir á su tía lo que le pasaba, que no andar con tapujos. Sí, pues buena se pondría doña Lupe si él le contara su aventura y le anunciara su

asesino

matadores

Rubín

la aprensión de

¡Fatalidad!

lo

restos

envolvió rapidamente

lo guardó

alevoso

el empleo que daba á sus ahorros!

M.C.D.2020

propósitos. Adelante pues. ¿Quién dijo miedo? Bien hacía en disponer de sus ahorros como quisiera, pues el dinero para algo había de servir. No pudo entretenerse en contar su tesoro, porque entró doña Lupe, dirigiéndose inmediatamente á la cocina. Maximiliano se paseaba en su cuarto esperando que le llamasen á comer, y hacía cálculos mentales sobre aquella desconocida suma que tanto le pesaba. "Mucho debe de ser, pero mucho—pensaba—porque en tal tiempo eché un dobloncito de cuatro, y en cual tiempo otro. Y cuando tomé la medicina aquella que sabía tan mal, me dió mi tia dos duritos, y cada vez que había que tomar purga un durito ó medio durito. Lo que es monedas de á cinco, puede que pasen de quince.

Sintió que le renacía el valor y hasta llegó á menospreciar en su mente la oposición que doña Lupe pudiera hacer á sus proyectos. Pero cuando Rapitos le llamó á comer, y fué al comedor y se encaró con su tía, pensó que ésta le iba á conocer en la cara lo que había hecho. Miróle ella lo mismo que le había mirado el día aquel en que le robó los botones arrancándolos de la ropa... Y á Rabín se le alborotó la conciencia, haciéndole ver peligros donde no los había. "Me parece—pensaba tragando la sopa, —que la colcha no ha quedado muy limpia... Caspitina, se me olvidó una cosa; pero una cosa muy importante... Ver si habían caído pedacitos de barro en alguna parte. Ahora recuerdo que oí *tin*, como si un pedrezito saltara en el momento del golpe y fuera á chocar disparado con el frasco de yoduro. En el suelo quizás... y mi tía barre todos los días... ¡Cómo me mira! Si sospechará algo. Lo que me faltaba ahora era que mi tía hubiese pasado por la tienda al volver de casa de las de Morejón, y le hubiera dicho el tendero: "Aquí estuvo su sobrino á cambiar dos pesetas en calderilla."

El mirar escudriñador de doña Lupe no tenía nada de particular. Acostumbraba ella estudiar la cara de su sobrino, para ver cómo andaba de salud, y la verdad que aquella cara era un libro en que la buena señora había aprendido más Medicina que Farmacia su sobrino en los textos impresos.

"Me parece que tú no andas bien...—le dijo. —Cuando entré te sentí toser... Estas heladas... Por Dios, ten mucho cuidado, no tengamos aquí otra como la del año pasado, que empalmaste cuatro catarros y por poco pierdes el curso. No olvides de liarte el pañuelo de seda en la cabeza, de noche, cuando te acuestes, y yo que tu empezaría á tomar el agua de brea... No hagas ascos. Es bueno curarse en salud. Por si ó por no, mañana te traigo las pastillas de Tolú. Hombre prevenido vale por dos.

que vuelva á las

2 ó 2 1/2 para llevarse

el otro pliego.

Si hay ~~ó~~ mas ~~pruebas~~ galeradas

mandemelas á las 2 — pues

esta tarde no podre ir alla

ni á casa de D. Miguel.

Con esto se tranquilizó Maximiliano, comprendiendo que las miradas no eran más que la inspección médica de todos los días. Comieron y se prepararon para salir. El criminal se embozó bien en la capa y apagó la luz de su cuarto para coger los restos de la víctima y sacarlos ocultamente. Como las monedas que en el bolsillo del pantalón llevaba no eran paja, se denunciaban sonando una contra otra. Por evitar este ruído importuno, Maximiliano se metió un pañuelo en el bolsillo del tesoro, atarugándolo bien para que las piezas de plata y oro no chistasen, y así fué en efecto, pues en todo el trayecto desde Chamberí hasta la casa de doña Silvia, el oído de doña Lupe, que siempre se afinaba con el rumor del dinero como el oído de los gatos con los pasos del ratón, y hasta parecía que entiesaba las orejas, no percibió nada, absolutamente nada. El sobrinito, cuando creía que las monedas se movían en su encierro, atarugaba el pañuelo, como quien ataca un arma. Si parecía que le había salido un tumor en la pierna...

II

Afanes y contratiempos de un redentor.

I

Grande fué el asombro de Fortunata aquella noche cuando vió que Maximiliano sacaba puñados de monedas diferentes, y contaba con rapidéz la suma, apartando el oro de la plata. Extraña cosa era que el mismo poseedor de aquel tesoro no supiese lo que tenía. A la sorpresa de Fortunata, no exenta de alegría por la inesperada vista de aquel caudal, siguió pronto temor ó sospecha de que su improvisado amigo hubiese adquirido aquellas monedas por medios no muy limpios. Creyó ver en él un hijo de familia que, arrastrado de la pasión y cegado por la tontería, se había incautado de la caja paterna. Esta idea la mortificó mucho, haciéndole ver la cruel insistencia con que su destino la maltrataba. Desde que se vió lanzada á los azares de aquella vida, se había visto siempre unida á hombres groseros, desleales ó perversos, *lo peor de cada casa*. Sin duda no podía esperar otra clase de compañías en vida tan miserable. El embotamiento progresivo de su sentido moral no le impedía conocer que aquello era malo, muy malo y que aún podría llegar á ser mucho peor.

No dejó entrever á Maximiliano sus sospe-

chas sobre la procedencia del dinero, que, viniera de donde viniese, no podía ser mal recibido. Pero le recordaba la serie de perdularios que á su lado tuvo en los últimos tres años, algunos reclamados por la justicia, otros por sí mismos envueltos en vergonzosa red de trampas, líos y miserias. Algo se tranquilizó al ver que Maximiliano hacía alarde de poseer ideas económicas enteramente contrarias á las de sus antecesores. "Esto,—dijo mostrándole un grupito de monedas de oro,—es para que desempeñes la ropa que te sea más necesaria... Los trajes de lujo, el abrigo de terciopelo, el sombrero y las alhajas se sacarán más adelante, y se renovará el préstamo para que no se pierdan. Olvídate por ahora de todo lo que es pura ostentación. Se acabó el barullo. Se gastará nada más que lo que se tenga, para no hacer ni una trampa, pero ni una sola trampa. Fíjate bien." Esta sensatéz era cosa nueva para Fortunata, y empezó á corregir algo sus primeras ideas acerca de Maximiliano y á considerarle mejor que los demás. En los días siguientes Olmedo confirmó esta buena opinión, hablándole con vivos encarecimientos de la formalidad de aquel chico y de lo bien que manejaba su dinero.

Quedó convenido entre Fortunata y Maximiliano tomar un cuarto que estaba desalquilado en la misma casa. Rubín insistió mucho en la modestia y baratura de los muebles que se habían de poner, porque... para que se vea si era juicioso... "conviene empezar por poco." Después se vería, y el humilde hogar iría creciendo y embelleciéndose gradualmente. Si ella se conformaba con una existencia modesta, todo iría bien, y él estaba dispuesto á los mayores sacrificios porque nada le faltase. Aceptó Fortunata todo, sin entusiasmo ni ilusión alguna, más bien *por probar*. Maximiliano le era poco simpático; pero en sus palabras y en sus acciones había visto desde el primer momento la persona decente, novedad grande para ella. Vivir con una persona decente despertaba un poco su curiosidad. Un día estuvo ocupada en instalarse. Los muebles se los cedió una amiga que levantó casa, y Maximiliano atendió á todo con tal tino, que Fortunata se pasmaba de sus admirables dotes administrativas. No tenía ni idea remota de aquel ingenioso modo de defender una peseta, ni sabía cómo se recorta un gasto para reducirlo de seis á cinco, con otras artes sutilísimas que Maximiliano había aprendido de su tía.

La quería con demencia. Tratando de medir su cariño, Maximiliano hallaba pálida é inexpresiva la palabra querer, y tenía que recurrir á las novelas y á la poesía en busca del verbo amar, tan usado en los ejercicios gramáticales como olvidado en el lenguaje corriente. Y aun aquel verbo le parecía desabrido para expresar la dulzura y ardor de su pasión. Adorar, idolatrar y otros cumplían mejor su oficio de dar á conocer la pasión exaltada de un joven raquítico á quien le había salido un volcán dentro del alma.

Cuando el enamorado se iba á su casa, llevaba en sí la impresión de Fortunata transfigurada. Porque no ha habido princesa de cuento oriental ni dama del teatro romántico que se ofreciera á la mente de un enamorado con atributos más ideales ni con rasgos más puros y nobles. Dos Fortunatas existían entonces, una la de carne y hueso, otra la que Maximiliano llevaba estampada en su mente. De tal modo se sutilizaron los sentimientos del joven Rubín con aquel extraordinario amor, que éste le inspiraba no sólo las buenas acciones, el entusiasmo y la abnegación, sino también la delicadeza llevada hasta la castidad. Su naturaleza pobre no tenía exigencias; su espíritu las tenía grandes, y éstas eran las que más le apremiaban. Todo lo que en el alma humana puede existir de noble y hermoso brotó en la suya, como los chorros de lava en el volcán activo. Soñaba con redenciones, con regeneraciones, con lavaduras de manchas y con sacar del pasado de su amada una vida de méritos. El enamorado caballero veía los más horrorosos problemas morales en derredor de aquella infeliz mujer, y resolver tales problemas era, á su modo de ver, la más grande empresa de la voluntad humana. Porque su loco entusiasmo le impulsaba á la salvación social y moral de su ídolo, y á poner en esta obra grandiosa todas las energías que habían nacido de súbito en su alma. Las peripecias vergonzosas de la vida de ella contadas por ella, no desalentaban á Rubín, y hasta sondeaba con medio la hondura del abismo del cual iba á sacar á su amada y la había de sacar pura ó purificada. En aquellas confidencias que ambos tenían, creía Maximiliano advertir en su amada un cierto fondo de rectitud y menos corrupción superficial de lo que á primera vista parecía. ¿Se equivocaría en esto? Á veces lo sospechaba; pero su buena fe triunfaba al instante de esta sospecha. Lo que sí podía asegurar sin miedo de equivocarse era que Fortunata tenía vivos deseos de mejorar su personalidad, es decir, de adecentarse y pulirse. Su ignorancia era, como puede suponerse, completa. Leía muy mal y á trompicones, y no sabía escribir. Lo más esencial del saber, lo que saben los ni-

ños y los paletos, ella lo ignoraba, como lo ignoran otras mujeres de su clase y aun de clase superior. Maximiliano se reía de aquella incultura rasa, y tomó en serio la tarea de irla corrigiendo poco á poco. Y ella no disimulaba su ignorancia; por el contrario, se manifestaba con graciosa sinceridad y tenía vivos deseos de adquirir ciertas ideas, de aprender palabras finas y decentes. Cada instante estaba preguntando el significado de tal ó cual palabra, é informándose de mil cosas comunes. No sabía lo que es el Norte y el Sur. Esto le sonaba á cosa de viento; pero no sabía más. No sabía lo que es un diputado. Tenía sobre la imprenta ideas más extrañas, creyendo que los autores mismos ponían en las páginas aquellas letras tan iguales. No había leído jamás libro ninguno, ni siquiera novela. Pensaba que Europa era un pueblo y que Inglaterra era un país de acreedores. Respecto del sol, la luna y todo lo demás del firmamento, sus nociones no podían ser más graciosas y pertenecían al orden de los pueblos primitivos. Confesó un día con noble sinceridad que no sabía quién era Colón. Creía que era un general, así como O'Donnell ó Prim. En lo religioso no estaba más aventajada que en lo histórico. La poca doctrina cristiana que aprendió se le había olvidado. Comprendía á la Virgen, á Jesucristo y á San Pedro; les tenía por muy buenas personas, pero nada más. Respecto á la inmortalidad y á la redención, sus ideas eran muy confusas. Sabía que arrepintiéndose uno, bien arrepentido, se salva; eso no tenía duda, y por más que dijera, nada que se relacione con el amor puede ser pecado.

Las imperfecciones de su pronunciación se acomodaban á la cortedad de sus conocimientos. No había fuerza humana que le hiciera decir *fragmento*, *magnífico*, *enigma* y otras palabras usuales. Se esforzaba en vencer esta dificultad, riendo y machacando en ellas; pero no lo conseguía. Las *eses* finales se le convertían en *jotas*, sin que ella misma lo notase ni evitarlo pudiera, y se comía muchas sílabas. Si supiera ella qué bonita boca se le ponía al comérselas, no intentara enmendar su graciosa incorrección. Pero Maximiliano se había erigido en maestro, con rigores de dómine é ínfulas de académico. No la dejaba vivir, y cuando no le explicaba acepciones de palabras que ella ignoraba completamente, estaba en acecho de los solecismos para caer sobre ellos como el gato sobre el ratón. "No se dice *diferiencia*, sino diferencia. No se dice *Jacometrenzo*, ni *Espíritui-Santo*, ni *indilugencias*. Además *escamón* y *escamarse* son palabras muy feas, y llamar *tiologías* á todo lo que no entendía, era una barbaridad. Repetir á cada instante *pa chasco*, era costumbre ordinaria, etc..

una cosa bien tenía aquella mujer, y era su ingenuidad. Repetidas veces sacó Maximiliano á relucir el caso de la deshonra de ella, porque este punto era muy importante en el plan de regeneración. El inspirado y entusiasta mancebo hacía hincapié en lo malos que son los señoritos y en la necesidad de una ley á la inglesa que proteja á las muchachas inocentes contra los seductores. Fortunata no entendía palotada de estas leyes. Lo único que sostenía era que el tal Juanito Santa Cruz era el único hombre á quien había querido de verdad y que le amaba siempre. ¿Por qué decir otra cosa? Maximiliano, reconociendo con caballeresca lealtad que esta consecuencia era laudable, sentía en su alma una punzada de celos que trastornaba por un instante sus planes de regeneración.

"¿Y le quieres de tal modo que si le vieras en algún peligro le salvarías, á pesar del gran daño que te ha hecho?

—Claro que sí... me lo puedes creer. Si le viera en un peligro, le sacaría en bien, aunque me perdiera yo. No sé decir más que lo que me sale de *entre mí*. Si no es verdá esto, que no llegue á la noche con salú.

Se puso tan guapa al hacer esta declaración, que Maximiliano se entretuvo en mirarla antes de decir:

"No, no jures; no necesitas jurarlo. Te creo. Dí otra cosa. Y si ahora entrara por esa puerta y te dijera: "Fortunata, ven„ ¿irías?

Fortunata miró á la puerta. Rubín tragaba saliva y buscaba en el sitio donde tenemos el bigote algo que retorcer, y encontrando sólo unos pelos muy ténues, los martirizaba cruelmente.

"Eso... ya es otra cosa—dijo Fortunata plegando su entrecejo.—Me iría ó no me iría... según.

II

Maximiliano no quería ignorar nada. Era como el buen médico que le pide al enfermo las noticias más insignificantes del mal que padece y de su historia para saber cómo ha de curarle. Fortunata no ocultaba nada, eso bueno tenía, y el doctor amante se encontraba á veces con más quizás de lo que saber necesitaba para la prodigiosa cura. ¡Y qué horrorizado se quedaba oyendo contar lo mal que se había portado el seductor de aquella hermosura! El honrado aprendiz de farmacéutico no comprendía que

pudieran existir hombres tan malos, y las penas todas del infierno parecíanle pocas para castigarlo. Mónstruo más execrable que los asesinos y ladrones era, según él, el señorito seductor de doncella pobre, que le hacía creer que se iba á casar con ella y después la dejaba plantada en medio del arroyo con su chiquillo ó con las vísperas de él. ¿Por cuánto haría esto él, Maximiliano Rubín?... El tal Juanito Santa Cruz era, pues, el hombre más infame, más execrable y vil que se podía imaginar. Lo que á Maximiliano le extrañaba era que la misma ofendida no extremaba mucho, como parecía natural, los anatemas contra el seductor, por cuya razón Maximiliano tenía que redoblar su furia contra él, llamándole mónstruo y otras cosas muy malas. Fortunata veíase forzada á repetirlo; pero no había medio de que pronunciara la palabra *mónstruo*. Se le atravesaba como otras muchas, y al fin, después de mil tentativas que parecían náuseas, la soltaba de entre sus bonitísimos dientes y labios, como si la escupiera.

Prefería ella contar particularidades de su infancia. Su difunto padre tenía un cajón en la plazuela, y era hombre honrado. Su madre tenía, como su tía paterna, Segunda, el negocio de huevos. Llamábanla á ella desde niña la *Pitusa*, porque fué muy raquítica y encanijada hasta los doce años, en que de repente dió un gran estirón y se hizo mujer de talla y de [illegible]. Oía estas cosas Maximiliano con mucho placer. Pero con todo, mandábala que fuese al grano, á las cosas graves, como lo referente al hijo que había tenido. Cuando parte de esta historia fué contada, al joven le faltó poco para que se le saltaran las lágrimas. La tierna criatura, sin más amparo que su madre pobre, la aflicción de ésta al verse sola, sin otro cariño delante de sí que el del vicio, eran, en verdad, un cuadro tristísimo que partía el corazón. ¿Por qué no le citó ante los tribunales? Es lo que debía haber hecho. A estos tunantes hay que tratarles á la baqueta. Otra cosa. ¿Por qué no se le ocurrió á la víctima darle un escándalo, ir á la casa con el crío en brazos y presentarse á doña Bárbara y á D. Baldomero y contarles allí bien clarito la gracia que había hecho su hijo?... Pero no, esto no hubiera sido muy conforme con la dignidad. Más valía despreciarle, dejándole entregado á su conciencia, sí, á su conciencia, que buena se la había de armar tarde ó temprano, y á las justicias providenciales que nunca faltan... porque sí... estos pillos al fin caen y las pagan todas juntas.

Fortunata, al oir esto, fijaba sus ojos en el suelo, repitiendo como una máquina aquello de que lo mejor era el desprecio. Sí, despreciarle, repetía el otro, pues ~~cada una~~ ignominia~~s~~ que solicitar protección ~~del causante de tantas desdichas~~. Aunque le dieran lo que le dieran, no era capáz Fortunata de decir ~~bien~~ *ignominias*. Maximiliano insistió en que había sido una gran falta pedir amparo al mismo Juanito Santa Cruz, á aquel infame, cuando volvió ella á Madrid y le cayó enfermo ~~el inocente fruto de sus amores~~.

«Pero, niño, si no es por él, no hubiéramos tenido con qué enterrarle—dijo Fortunata, saliendo á la defensa de su propio verdugo.

—Primero le dejo yo insepulto, que recurrir... La dignidad, hija, es antes que todo. Fíjate bien en esto, la dignidad... Lo que quiero saber ahora es qué ~~[illegible]~~ era ese con quien te uniste después, el que te sacó de Madrid y te llevó de pueblo en pueblo como los trastos de una feria.

—Era un hombre traicionero y malo—dijo Fortunata con desgana, como si el recuerdo de aquella parte de su vida le fuera muy desagradable.—Me fuí con él porque me ví perdida, y no tenía á dónde volverme. Era hermano de un vecino nuestro en la Cava de San Miguel. Primeramente tuvo un cajón de casquería en la plaza, y después puso tienda de quincalla. Iba á todas las ferias con un sin fin de ~~cajones~~ llenos de ~~cosas~~ y armaba tiendas. Le llamaban *Juárez el negro* por tener la color muy morena. Viéndome tan mal, me ofreció el oro y el moro, y que iba á hacer y á acontecer. Mi tía me echó de la casa y mi tío se desapareció. Yo estaba enferma, y Juárez me dijo que si me iba con él, me llevaría á baños. Decía que ganaba montes y montones ~~de dinero~~ en las ferias, y que yo iba á estar como una reina. No se podía casar conmigo porque era casado, pero en cuanti-

to que se muriera su mujer, que era una borrachona, cumpliría, si señor, cumpliría conmigo.

Y siguió relatando con rapidéz aquella página fea, deseando concluirla pronto. Lo de Juanito Santa Cruz, siendo tan desastroso, lo refería con prolijidad, complaciéndose en dar detalles; pero lo de *Juárez el negro* salía de sus labios como una confesión forzada ó declaración ante los tribunales, de esas que van quemando la boca á medida que salen. ¡Cuánto le pesó ponerse en manos de aquel hombre! Era un perdido, un chalado, una mala persona. Hubiérase resistido á seguirle, si no le empujaran á ello los parientes con quienes vivía, los cuales no tenían maldita gana de mantenerle el pico. Pronto vió que todo lo que ofrecía *Juárez el negro* era conversación. No ganaba un cuarto; con todo el mundo armaba camorra, y todo el veneno que iba juntando en su maldecida alma por la mala suerte, lo descargaba sobre su querida... En fin, vida más arrastrada no la había pasado ella nunca ni esperaba volverla á pasar... Todo en aquel tiempo fué miseria, riñas, broncas... Con el dinero que Juanito Santa Cruz les dió, cuando estuvieron en Madrid y se murió el niño, hubiera podido el muy bestia de Juárez arreglar su comercio; pero ¿qué hizo? Beber y más beber. El vinazo y el aguardientazo le remataron. Una mañana despertó ella oyéndole dar unos grandes gruñidos... así como si le estuvieran apretando el tragadero. ¿Qué era? Que se estaba muriendo. Saltó de la cama espantada y llamó á los vecinos. No hubo tiempo de *suministrarle* y sólo le cogió la Unción. Esto pasaba en Lérida. Á los dos días, vendió cuatro trastos y con los cuartos que pudo juntar se plantó en Barcelona. Había hecho juramento de no volver á tratar con animales. Libertad, libertad y libertad, lo que le pedían el cuerpo y el alma.

Si hace falta mas para
~~que~~ el pliego 4, que venga
el chico á las 12; pero si no
está tarde quedarán [illegible] en Barco 2

La verdad ante todo. ¿Para qué decir una cosa por otra? La franqueza es una virtud cuando no se tienen otras, y la franqueza obligaba á Fortunata á declarar que en la primera temporada de anarquía moral se había divertido [illegible], olvidando sus penas como las olvidan los borrachos. Su éxito fué grande. Si falta de educación ayudaba á cegarla. Llegó á creer que encenegándose mucho se vengaba de los que la habían perdido, y solía pensar que si [illegible] Santa Cruz la veía hecha un brazo de mar, tan elegantona y triunfante, se le antojaría quererla otra vez. Pero sí, para él estaba... Contó á renglón seguido tantas cosas, que Maximiliano se sintió lastimado. Vióse precisado *á echar un velo*, como dicen los retóricos, sobre aquella parte de la historia de su amada. El velo tenía que ser muy denso porque la franqueza de Fortunata arrojaba luz vivísima sobre los sucesos referidos y su pintoresco lenguaje los hacía reverberar... Dió ella entonces algunos cortes á su relación, comiéndose no ya las letras sino párrafos y capítulos enteros, y [illegible] Verdaderamente tenía muy mala mano para escoger sus protectores. Torrellas, el célebre paisagista catalán, era tan celoso que no la dejaba vivir. Inventaba mil tormentos [illegible] trampas, como el curioso impertinente, para ver si caía ó no caía. Tan odioso llegó á serle aquel hombre, que al fin se dejó ella caer. Ella misma se metió en la trampa, conociéndola, por gusto de jugarle una partida á aquel majadero, porque así se vengaba de las muchas que le habían jugado á ella. Y nada más... Total, que por poco la mata el condenado pintor... Lo que más le quemaba era que la infidelidad había sido con un íntimo amigo suyo, pintor también que había hecho el cuadro de David mirando á... Fortunata no se acordaba del nombre, pero era una que estaba bañándose... A ninguno de los dos pintores quería ella; por ninguno de los dos hubiera dado dos cuartos, si se [illegible] dinero... Desde que engañó al primero con el segundo, se le puso en la cabeza la idea de [illegible] gañarlos á los dos con otro, y la satisfacción de este deseo se la proporcionó un empleado joven, pobre y [illegible] simpático que se parecía [illegible] á Juanito Santa Cruz...

Otro velo... Maximiliano se vió precisado á

2662,60

2600
4
8000

M.C.D.2020

43

echar otro velo... "Cállate, hazme el favor de callarte, le dijo, pensando que, según iba saliendo la historia, necesitaba para ella una pieza de tul. Pero ~~el impulso adquirido en la narración no le permitía detenerse, y su franqueza, cuando se calentaba, iba más lejos quizás de lo que á la discreción convenía... Por cierto que~~ el tal joven salió también un buen punto. Una mañana, mientras ella dormía, le empeñó todas sus alhajas, para jugar. ~~Como todo vino de pedirle perdón y ella la de perdonarlo.~~ Vino después un viejo que le daba mucho dinero y la llevó á París donde se engalanó y afinó extraordinariamente su gusto para vestirse. ¡Viejo más ~~mono~~!... Había sido general car~~lista~~ en la otra guerra, y trataba mucho con gente de sotana. Era muy vicioso y le daba muchas jaquecas con *tantismas* incumbencias como tenía. Un día se quemó ella y le plantó en la calle. Sucesor, Camps, que le puso ~~una~~ casa con gran ~~boato~~. Parecía hombre muy rico; pero luégo resultó que era un ~~trapisondista~~. Antes de venir á Madrid le dió á ella olor de ~~trampas~~ y á poco de estar aquí vió que se venía la tempestad encima. Camps traía recomendaciones para el director del Tesoro, y quiso cobrar unos pagarés falsos de fusiles que se suponían comprados por el Gobierno. Una noche entró en casa muy ~~agitado~~, ~~cogió~~ una maleta pequeña, llenóla de ropa, pidió á Fortunata todo el dinero que tenía y dijo que iba al Escorial. Escorial fué, que no ha vuelto á parecer. Lo demás bien lo sabía Maximiliano... El sucesor de Camps había sido él, y ~~bien~~ se le conocía en cierto resplandor de sus ojos, el orgullo que la herencia le produ~~cía~~. Porque bien claro lo había dicho Fortunata. Gracias á Dios que encontraba en su camino una persona decente. ~~La persona decente era él, y su indubitable valer moral iba á probarse en la grande empresa que acometía de redimir y sacar de la ignominia en que había vivido á aquella infeliz víctima del hombre. Maximiliano se sentía~~ poseedor de una fuerza redentora, hermana de las fuerzas creadoras de la Naturaleza. Ya vería el mundo la irradiación de bondad y de verdad que él iba á arrojar sobre aquella infelíz ~~y cómo la volvía del revés.~~ Desde que la conoció y sintió que el Cielo se le metía en su alma, todo en él fué ~~bondad~~, nobleza y buenas acciones. ¡Qué diferencia entre él y los perdularios en cuyos manos estuvo antes aquella ~~infelíz~~! Por mucho que se rebuscara en la vida de Rubín, no se encontrarían más que dolores de cabeza y otras molestias físicas; pero á ver, que le sacaran algún acto ignominioso, ni siquiera una falta. ~~Lo único que protestaba contra esta vanagloria era el espectro de la lucha que se alzaba delante de los ojos de su asesino cuando éste se hallaba en compañía de doña Lupa.~~

ella siguió narrando. Pues como iba diciendo

Y aquí por...

cuco!

cunda

trampa-larga.

rumbo

~~ratería~~ Chubasco,

enfurruñado

trincó

ya

jera

Sentíase Maximiliano

idealismo

víctima del hombre!

pobrecita!

III

Una de las cosas á que Maximiliano daba más importancia para poner en ejecución su plan redentorista, era que Fortunata le ~~quisiese, ó en más expresivos términos, que le amara,~~ porque sin esto la ~~guarda~~ obra iba á tener sus dificultades. Si Fortunata se prendaba de él, aunque se prendara por lo moral, que es la menor cantidad de amor posible, no era tan difícil que él la convirtiera al bien por la atracción de su alma. De esta necesidad de amor previo emanaba la insistencia con que Maximiliano le preguntaba á su ~~amada~~ si le quería ya algo, si le iba queriendo. Algunas veces contestaba ella que sí con esa facilidad mecánica, rutinaria de los niños aplicados que se saben ~~bien~~ la lección; otras veces, más sincera y reflexiva, respondía que el cariño no depende de la voluntad ni menos de la razón, y por esto acontece que una mujer, que no tiene pelo de tonta, se enamora de cualquier pelagatos, y da ~~de puntapiés~~ á las personas decentes. Aseguraba estar muy agradecida á Maximiliano por lo bien que se había portado con ella, y de aquella gratitud saldría, con el trato, el querer. Según Rubín, el orden natural de las cosas en el mundo espiritual está establecido que el amor ~~nazca~~ del agradecimiento aunque también nace de otros padres. El corazón le decía, como él dice las cosas, ~~muy en secreto~~, que Fortunata le había de querer ~~mucho~~; y esperaba con paciencia el cumplimiento de esta dulce profecía. Sin embargo, no las tenía todas consigo, porque como se dan casos de que salga fallido lo que el corazón ~~profetiza~~, pasaba el pobre chico horas de verdadera angustia, y á solas en su casa, se metía en unas ~~cavilaciones~~ muy hondas para averiguar el estado de los sentimientos de su querida. Rápidamente pasaba de la duda más cruel á las afirmaciones terminantes. Tan pronto pensaba que no le quería ni pizca, como que le empezaba á querer, y todo era discutir y analizar palabras, gestos y actos de ella, interpretándolos de una manera ó de otra. "¿Por qué me dijo tal ó cual cosa? ¿Qué quería ~~decir~~ con aquella reticencia?... ¿Y aquella carcajadita, qué significaba?... Ayer, cuando me abrió la puerta, no me dijo nada... Pero cuando me marché ~~me dijo~~ que ~~le hacía~~

La casa estaba en una de las muchas rinconadas de la antigua calle de San Antón. En el portal había una relojería entre cristales, quedando tan poco espacio para la entrada, que los gordos tenían que pasar de lado, y aun así se veían y se deseaban para llegar á la escalera. En el piso bajo y tienda había una bollería que inundaba la casa de emanaciones de canela y azúcar, y proporcionaba á la vecindad música constante por el gran tragín que allí había. En el piso principal radicaba una casa de préstamos con farolón á la calle, y en ciertos días había en los balcones ventilación de capas empeñadas. Más arriba los pisos estaban divididos en viviendas estrechas y de poco precio. Había derecha, izquierda y dos interiores. Los vecinos eran de dos clases; mujeres sueltas, ó familias que tenían su comercio en el próximo mercado de San Antón. Hueveras y verduleras poblaban aquellos reducidos aposentos, echando sus hijos á la escalera para que jugasen. En uno de los segundos exteriores vivía Feliciana, y Fortunata en un tercero interior. Lo alquiló Rubín por encontrarlo tan á mano, con intención de tomar otra vivienda mejor cuando se presentara. Los muebles eran parte alquilados y parte de una amiga de Feliciana, que se hizo almoneda breve y barata de sus efectos por cambio de posición.

Pasaba Maximiliano allí todo el tiempo de que podía disponer. Por la noche estaba hasta las doce y á veces hasta la una, no faltando ni aun cuando se veía acometido de sus terribles jaquecas. La sorpresa y confusión que á doña Lupe causaba esto no hay para qué decirlas, y no se satisfacía con las explicaciones que su sobrinito daba. Nunca había gustado él de ir á estudiar con los compañeros. ¿Y cómo le había entrado aquella manía de pasarse en el café la mitad de la noche, cuando siempre fué opuesto á este género de vida que le hacía tanto daño? "Aquí hay gato encerrado, decía la astuta señora, ó en términos más claros, *gata encerrada*.

Cuando Maximiliano iba con jaqueca á la casa de su amante, ésta le cuidaba casi tan bien como la propia doña Lupe, y hacía los mayores esfuerzos por conseguir que no hicieran bulla los chicos de la huevera. Esto lo agradecía tanto el enfermo que se le aumentara el amor, si fuera capáz de aumento lo que ya era tan grande. Vió con gran satisfacción que Fortunata salía á la calle lo menos posible. Por la mañana bajaba á hacer su compra, con su cesto al brazo, y al cuarto de hora volvía. Ella misma se hacía la comida y limpiaba la casa, en cuyas operaciones se le iba casi todo el día. No recibía visitas

de mujeres de conducta dudosa, y la suya era extrictamente ajustada á las prácticas de una vida regular. "Tiene la honradéz en la médula de los huesos — decía Maximiliano rebosando alegría.—Le gusta tanto trabajar, que cuando tiene hecha una cosa la desbarata y la vuelve á hacer por no estar ociosa. El trabajo es el fundamento de la virtud. Lo que digo, esta mujer ha sido mala á la fuerza y su natural es la honradéz.

En medio de estos dulcísimos ensueños de su alma arrebatada, sentía Maximiliano unos saetazos que le hacían volver sobresaltado á la realidad. Era como la feróz picada de un mosquito cuando estamos empezando á dormirnos dulcemente... Por mucho que se estirase el dinero sacado de la hucha, al fin se tenía que concluir, porque todo es finito en este mundo, y el metálico precisamente es una de las cosas más finitas que se pueden imaginar... Cuando el temido momento llegara... cuando la última peseta del último duro del último centén cayera de las manos de Fortunata á las del acreedor... Si el mosquito le picaba á Maximiliano cuando estaba en su cama dormido ó preparándose á ello, se incorporaba tan desvelado cual si fueran las doce del día, ó se ponía á dar vueltas en el lecho y á calentarlo con el ardor de su desvelada zozobra. Cuando la pierda se verifique en casa de Fortunata, el caballero se distraía pronto del dolor con las gracias de aquella mujer seductora. A veces invocaba al Cielo con íntimo fervor de oración. Esperaba que la obra redentora que había emprendido pesase mucho en las recónditas intenciones de la Providencia para que Esta le sacase del atolladero en que iba á caer. El no era un granuja; ella se estaba portando muy bien, y [illegible] con su conducta las equivocaciones de su vida anterior. Si la Providencia no tenía en cuenta estas circunstancias, ¿de qué le valía á uno portarse bien y ser un modelo de orden y virtud? Esto es claro como el agua. Fortunata pensaba lo mismo, cuando él le confiaba sus temores. Tenía que ser así, ó todo lo que se habla de la justicia es pura patraña. Pronto diré cómo se salieron con la suya, con lo cual se demostró con claridad más propia del álgebra que de la moral [illegible] que tenían allá arriba, en los mismos cielos, alguna entidad de peso que les protegía. Bien ganada la tenían esta protección, porque él, ennoblecido por su pasión; ella, aspirando á la honradéz y ensayándose en ella y saboreando sus ventajas, eran dos seres que valían cualquier dinero, ó en otros términos, dignos de que se les facilitaran los medios de continuar vida tan ejemplar y angélica.

IV

La única visita que recibían era la de Feliciana y Olmedo. Ni una ni otro agradaban mucho á Maximiliano: ella por ser ordinaria y de sentimientos ~~bastos~~, incapáz de apetecer la honradéz como estado permanente; él por ser muy atropellador, muy hablador, muy amigo de contar cuentos ~~feos~~ y de decir palabras ~~inmorales~~. Ambos desentonaban en aquel recinto que Maximiliano solía llamar *nido de amores*, y éste hubiera puesto correctivos, si su timidéz se lo permitiera, á los desenfados de uno y otro. Lo que hacía era callarse y poner morros, protestando con su silencio, que era la mejor forma de protesta. Olmedo entraba siempre con el sombrero echado atrás, afectando una grosería de maneras que no tenía, imitando los modales y hasta el andar de los borrachos, arrastrando las palabras, pero absteniéndose de beber con disculpa de mal de estómago, en realidad porque se mareaba y embrutecía á la segunda copa. En confianza dijo á Fortunata que debían mudarse de casa para no tener vecinos tan contrarios ~~á su manera de ser~~ y al método de personas decentes que se habían impuesto.

De todo lo que Maximiliano pensaba hacer para la redención de su ~~idolo~~, nada le parecía tan urgente como enseñarla á escribir y á leer bien. Todas las mañanas la tenía un buen rato haciendo palotes. Fortunata deseaba aprender; pero ni con la paciencia ni con la atención sostenida se desarrollaban sus talentos caligráficos. Estaban ya muy duros aquellos dedos para tales primores. El hábito del trabajo en su ~~infancia~~ había dado robustéz á las manos que eran bonitas, aunque bastas, cual manos de obrera. No tenía pulso para escribir, se manchaba de tinta los dedos y sudaba mucho, poniéndose sofocada, y haciendo con los labios una graciosa trompeta en el momento de trazar el palote.

"Nada de hociquitos, hija de mi alma, eso es muy feo—le decía el profesor acariciándole la cabeza.—No agarrotes los dedos... Si es cosa sencillísima, y lo más fácil...

Ya se ve, para él era fácil; pero ella, que en su vida las había visto más gordas, hallaba en la escritura una dificultad invencible. Decía con tristeza que no aprendería jamás, y se lamentaba de que en su niñéz no la hubieran puesto á la escuela. La lectura la cansaba también y la aburría soberanamente, porque después de estarse un mediano rato sacando las sílabas como quien saca el agua de un pozo, resultaba que no entendía ni jota de lo que el texto decía. Arrojaba con desprecio el libro ó periódico, diciendo que ya no estaba la Magdalena para tafetanes. Rubín quería que tuvie-

se más paciencia y aplicación, y hacía los mayores esfuerzos por vencer su desaliento. Todo inútil. Cuando llegaba la hora de la lección, afortunado, buscaba pretextos para aplazarla.

Si en el orden literario no mostraba ninguna aplicación, en el orden del arte social no sólo era aplicadísima, sino que revelaba aptitudes notables. Las lecciones que Maximiliano le daba referentes á cosas de urbanidad y á conocimientos rudimentarios de los que exige la buena educación eran tan provechosas, que le bastaban, á veces indicaciones leves, para asimilarse una idea ó un conjunto de ideas. "Aunque te estorbe lo negro—le decía él,—me parece que tú tienes talento.„ En poco tiempo le enseñó todas las fórmulas que se usan en una visita, cómo se saluda al entrar y al despedirse, cómo se ofrece la casa y otras muchas particularidades del trato social. Le iba corrigiendo poco á poco sus malas mañas de lenguaje, como el decir *lo cual* sin venir á cuento, el famoso *pa chasco* y ciertas maldiciones de subido color, y que picaban como el ajo. En fin, aprendió cosas tan importantes como la sucesión de los meses del año, que no sabía, y cuál tiene treinta y cuál treinta y un días. Aunque parezca mentira, este es uno de los rasgos característicos de la ignorancia española, más en las ciudades que en las aldeas, y más en las mujeres que en los hombres. Gustaba mucho de los trabajos domésticos, y no se cansaba nunca. Sus músculos eran de acero, y su sangre fogosa se avenía mal con la quietud. Como pudiera, más se cuidaba de prolongar los trabajos que de abreviarlos. Planchar y lavar le agradaban en extremo, y se entregaba á estas faenas con delicia y ardor, desarrollando sin cansarse la fuerza de sus puños. Tenía las carnes duras y apretadas, y la fuerza se combinaba con la agilidad, la robustez con la gracia y la ligereza para hacer de ella la más hermosa figura de salvaje que se pudiera imaginar. Su cuerpo no necesitaba corsé para ser esbeltísimo. Vestido embelesaba á las modistas; desnudo ó á medio vestir, cuando andaba por aquella casa tendiendo ropa en los balcones, limpiando los muebles, cargando los colchones como si fueran de pluma, para sacarlos al aire, parecía una figura de otros tiempos, al menos, así lo pensaba Rubín, que sólo había visto belleza semejante en pinturas de amazonas ó cosa así. Otras veces le parecía mujer de la Biblia, la Betsabée aquella del baño, la Rebeca ó la Samaritana, que había visto en una obra ilustrada, y que con ser tan guapa retorna, todavía se quedaban dos dedos más abajo de la sana hermosura y de la gallardía [illegible] de su ídolo.

M.C.D.2020

En los comienzos de aquella vida, Maximiliano abandonó mucho sus estudios; pero cuando fué metodizando su amor, la conciencia de la misión moral que se proponía cumplir le estimuló al estudio, para hacerse pronto hombre de carrera. Y era muy particular lo que le ocurría. Se notaba más despierto, más perspicáz para comprender, más curioso de los secretos de la ciencia, y le interesaban ya cosas que antes le aburrían. En sus meditaciones, solía decir que *le había entrado talento*, como si dijera que le había entrado calentura. Indudablemente no era ya el mismo. En media hora se aprendía una lección que antes le llevaba dos horas y al fin no la sabía. Creció su admiración cuando en clase se observó contestando con relativa facilidad á la pregunta del profesor y exponiendo que se le ocurrían observaciones muy juiciosas, y que el profesor y los alumnos se pasmaban de que *Rubinius vulgaris* se hubiese despabilado tanto y tan de repente. Al propio tiempo hallaba vivo placer en ciertas lecturas extrañas á la Farmacia, y que antes le cautivaban poco. Algunos de sus compañeros solían llevar para leer á escondidas, obras literarias de las más famosas. Rubín no fué nunca aficionado á introducir de contrabando en clase, entre las páginas de la *Farmacia químico-orgánica*, el *Werther* de Goëthe ó los dramas de Shakespeare. Amenidad por amenidad prefería lo de la Farmacopea. Pero después de aquella sacudida que el amor le dió, entróle tal gusto por las grandes creaciones literarias, que se embebió leyéndolas. Devoró el *Fausto* en francés y los poemas de Heine, con la particularidad de que la lengua francesa, que antes le estorbaba, se le hizo pronto fácil con el continuado ejercicio de su lectura. En fin, que mi hombre había pasado una gran crisis. El cataclismo amoroso varió su configuración interna. Considerábase como un hombre que había estado durmiendo hasta el momento en que su destino le puso delante aquel faro esplendoroso y sino de hermosura. Y no era simplemente el amor lo que le despertaba, haciéndole otro hombre; era la misión que su destino le había señalado para ejercitar las regias facultades y realizar una obra grande y cristiana. Esto de la misión era lo que más clavado tenía en su entendimiento, y de esta idea le venían quizá el talento científico y el gusto literario.

"Cuando yo era tonto—decía él, sin ocultarse á sí mismo el desprecio con que se miraba en aquella época que bien podría llamarse an-

diluviana por ser la pasión de Rubín como un Diluvio que todo lo trastornó, cuando yo era tonto, éralo por carecer de objeto en la vida. Porque eso son los tontos, los que no tienen misión alguna.

Fortunata no tenía criada. Decía que ella se bastaba y se sobraba para todos los quehaceres de casa tan reducida. Muchas tardes, mientras estaba en la cocina, Maximiliano estudiaba sus lecciones, tendido en el sofá de la sala. Si no fuera porque el espectro de la hucha se le solía aparecer de vez en cuando anunciándole el acabamiento del dinero extraído de ella, cuán feliz habría sido Maximiliano! A pesar de esto, la felicidad le embargaba. Entrábale una embriaguéz de amor que le hacia ver todas las cosas teñidas de optimismo. No había dificultades, no había peligros ni tropiezos. El dinero ya vendría de alguna parte. Fortunata era buena, y bien claros estaban ya sus propósitos de regularidad y honradéz. Todo iba á pedir de boca, y lo que faltaba era concluir la carrera y... Al llegar aquí, un pensamiento que desde el principio de aquellos amores tenía muy guardado, porque no quería manifestarlo sino en sazón oportuna, se le vino á los labios. No podía guardar más tiempo aquel secreto que se le salía con empuje, y si no lo decía reventaba, sí, reventaba; porque aquel pensamiento era todo su amor, todo su espíritu, la expresión de todo lo nuevo y sublime que en él había, y no se puede guardar cosa tan grande en la estrechéz de la discreción. Entró en la sala, que hacia también las veces de comedor, á poner la mesa, operación en extremo sencilla y que quedaba hecha en cinco minutos. Maximiliano se abalanzó á su querida con aquella especie de vértigo de respeto que le entraba en ocasiones, y besándole castamente un brazo que medio desnudo traía, cogiéndole después la mano basta y estrechándola contra su corazón, le dijo:

"Fortunata, yo me caso contigo.

Ella se echó á reir con incredulidad; pero Rubín repitió el *me caso contigo* con tanta seriedad, que Fortunata lo empezó á creer. Consideró que Maximiliano no hablaba nunca en broma y que cuando decía una cosa era cierta. "Hace tiempo—añadió él,—que lo había pensado... Lo pensé cuando te conocí, hace un mes... si tú querías. Pero me pareció bien no decirte nada hasta no tratarte un poco... Ó me caso contigo ó me muero. Este es el dilema.

—¿Y qué quiere decir *dilema*?

—Pues esto: que ó me caso ó me muero, quiero que sea mía ante Dios y los hombres. ¿No querías ser honrada? Pues con el deseo de serlo y un nombre, ya está hecha la honradéz. Me he propuesto hacer de tí una persona decente y lo serás, lo serás si tú quieres...

Inclinóse para coger los libros que se habían caído al suelo. Fortunata salió para traer lo que en la mesa faltaba, y al entrar le dijo:

—Esas cosas hay que pensarlas... no por mí, sino por tí.

—¡Ah! ya lo tengo pensado; pero muy bien pensado... ¿Y tú, te había ocurrido esto?

—No... no me pasaba por la imaginación—explicó Fortunata con sinceridad.

—Tu familia...

—Pronto seré mayor de edad—dijo Rubín con brío.—Que se opongan ó no, lo mismo me da...

Fortunata se sentó á su lado, dejando la mesa á medio poner y la comida á punto de quemarse. Maximiliano le dió muchos abrazos y besos, y ella estaba como aturdida... poco risueña en verdad, miradas de un lado para otro. La generosidad de su amigo no le era indiferente, y contestó á los apretones de manos con otros no tan fuertes, y á las caricias con Levantóse para volver á la cocina, y en ella su pensamiento se balanceó en aquella idea del casorio, mientras maquinalmente echaba la sopa en la sopera... ¡Casarme yo!... con este encanijado...! ¡Vivir siempre, siempre con él, todos los días, dos los días...! Pero honrada, ser casada, señora de, persona decente...!

V

Maximiliano solía contar algunos particulares de la familia de Rubín, por lo cual ya tenía ella noticias de doña Lupe, de Juan Pablo y del cura. Con los detalles que el sobrino iba dando de su excelente tía, ya Fortunata la conocía como si la hubiera tratado. Aquella noche, excitado por el entusiasmo que le produjo la resolución de casamiento, se dejó arrastrar de la confianza, y se dejó decir, tocante á la tía, algo que era quizás muy discreto. Doña Lupe es rica, aunque no lo parece, prestaba dinero, por mediación de un tal Torquemada, á militares, empleados, y á todo el que cayese. Hablando con completa sinceridad, Maximiliano no *era partidario* de aquella manera de constituirse una renta; pero él ¿qué tenía que ver con los actos de su señora tía? y probablemente le ha-

ría su heredero. Tenía una papelera antigua, negra y muy grande, de hierro, frente á su cama, donde guardaba el dinero, y los pagarés de los préstamos. Sabía lo preciso y de mes en mes su fortuna aumentaba, sabe Dios cuánto. Debía de ser muy rica, pero muy rica, porque él veía que Torquemada le llevaba resmas de billetes. En cuanto á su hermano Juan Pablo, ya se sabía á ciencia cierta que estaba con los carlistas, y si éstos triunfaban, ocuparía una posición muy alta. Su hermano Nicolás había de parar en canónigo, y quién sabe, quién sabe si obispo... En fin, que por todos lados se ofrecía á la joven pareja horizontes sonrosados. En estas y otras conversaciones se pasaron la primera noche, hasta que se retiró Maximiliano á su casa, quedándose Fortunata tan pensativa y preocupada que se durmió muy tarde, y el día siguiente se levantó muy tarde, contra su costumbre.

Maximiliano también estaba poco dispuesto al sueño; mas era porque el entusiasmo le hacía cosquillas en el epigastrio, atravesándole un bulto en el vértice de los pulmones, con lo que le pesaba el respirar, y además le ponía candelas encendidas en el cerebro. Por más que él soplaba para apagarlas y poder dormirse, no lo podía conseguir. Su tía estaba con él un poco seria. Sin duda sospechaba algo, y como persona de mucho pesquis, no se tragaba ya aquellas bolas del estudiar fuera de casa y de los amigos enfermos á quienes era preciso velar. A los dos días de aquel en que se arrancó á prometer su mano, doña Lupe tuvo con él una grave conferencia. El semblante de la señora no revelaba tan solo recelo, sino pena profunda, y cuando llamó á su sobrino para encerrarse con él en el gabinete, éste sintió que el valor le faltaba. Quitóse doña Lupe el manto y lo puso sobre la cómoda bien doblado. Después de clavar en él los alfileres, mirando á su sobrino de un modo que le hizo extremecer, le dijo: "Tengo que hablarte *detenidamente*.„ Siempre que la tía empleaba el *detenidamente*, era para echarle un réspice.

"¿Tienes hoy jaqueca?—le preguntó después doña Lupe.

Maximiliano estaba muy bien de la cabeza; pero para colocarse en buena situación, dijo que sentía principios de jaqueca. Así doña Lupe tendría compasión de él. Dejóse caer en un sillón y se comprimió la frente.

"Pues se trata de una mala noticia—doña Lupe—quiero decir, mala, precisamente mala no... aunque tampoco es buena.

Rubín, sin comprender á qué podía referirse su tía, barruntó que nada tenía que ver aquello con el curso de sus amores clandestinos, y respiró. La opresión del epigastrio se le hizo más ligera, y se acabó de tranquilizar cuando su tía le dijo:

"La noticia no ha de afectarte mucho. ¿Para qué tanto rodeo? Tu tía doña Melitona Rubín murió muerta. Mira la carta en que me lo dice el señor cura de Molina de Aragón. Murió como una santa, recibió todos los Sacramentos y dejó treinta mil reales para misas.

Maximiliano conocía muy poco á su tía materna. La había visto solo dos ó tres veces siendo muy niño, y no vivía en su imaginación sino por las rosquillas y el arrope que mandaba de regalo todos los años en vida de D. Nicolás Rubín. La noticia del fallecimiento de esta buena señora le afectó poco, tan poco, que no podía ser menos.

"Todo sea por Dios — murmuró por decir algo.

Doña Lupe se volvió de espaldas para abrir el cajón de la cómoda, y en esta disposición le dijo:

"Tú y tus hermanos heredais á Melitona, que por mis cuentas debía de tener un capitalito sano de veinte ó veinticinco mil duros.

Maximiliano no oyó bien por estar su tía de espaldas, y aquello le interesaba tanto que se levantó, puesto con los codos sobre la cómoda, y allí se hizo repetir el concepto para enterarse bien.

"Esas son mis cuentas—añadió doña Lupe; pero ya sabes que en los pueblos... no se sabe lo que se tiene y lo que no se tiene. Probablemente tendría algún dinero empleado en préstamos, que es como tirarlo al viento. Se cobra tarde y mal, cuando se cobra. De modo que no os hagais muchas ilusiones. Juan Pablo irá á Molina de Aragón á enterarse del testamento y recoger lo que es vuestro.

—Pues que vaya inmediatamente—dijo Maximiliano dando una palmada sobre la cómoda; —pero aquello de llegar y en la misma estación tomar billete y zás... al tren otra vez.

—Hombre, no tanto. Tu hermano está en Bayona. Lo mejor es que se pase por Molina antes de venir á Madrid. Le escribiré hoy mismo. Sosiégate; tú eres así, ó la apatía andando ó la pura pólvora... Eso es ahora, que antes, para mover un pié, le pedías licencia al otro. Te has vuelto muy atropellado.

chinchirrincáncharras

Le miró de un modo tan indagador, que al pobre chico se le volvieron á abatir los ánimos. Era hombre de carácter siempre que su tía no le clavase la flecha de sus ojuelos negros y sagaces, y tan perdido se vió que se apresuró á variar la conversación, preguntando á su tía cuántos años tenía su tía Melitona. Estuvo la señora de Jáuregui un ratito haciendo cuentas, estirado el labio inferior, la cabeza oscilando como un péndulo y los ojos vueltos al techo, hasta que salió una cifra, que no consta, porque Maximiliano único suministrador de esos datos, asegura no haberse fijado en ello. Volvió después doña Lupe á hacer alusiones á la metamorfósis de su sobrino, deslizando algunas bromitas, que á éste le hacían muy poca gracia. "Ya se ve, con esos estudios que haces ahora en casa de los amigos, estarás hecho un pozo de ciencia... A mí no me vengas con fábulas. Tú te pasas el día y la mitad de la noche en alguna conspiración... porque por el lado de las mujeres no temo nada, francamente. Ni á tí te gusta eso, ni puedes aunque te gustara...."

Aquel *ni puedes* incomodaba tanto y le parecía tan humillante, que á punto estuvo de dar á su tía un mentís como una casa. Enfurecóse, y vuelta á mudar de conversación. Esto no fué difícil, porque doña Lupe tuvo que ocuparse de cosas más graves que averiguar si su sobrino podía ó no podía. Papitos fué quien le salvó aquel día, atrayendo á sí toda la atención del ama de la casa. Porque Papitos tenía días. Algunos lo hacía todo tan bien y con tanta diligencia y aseo, que doña Lupe decía que era una perla. Pero otros no se la podía aguantar. Aquel día empezó de los buenos y concluyó siendo de los peores. Por la mañana había estado cantando como una loca, muy suelta de lengua y de manos, haciendo gala de actividad y dando brincos en cuanto le quitaba la vista de encima. Semejante fiebre era

pardos
doña
de la cual
no se hizo cargo.
supieron á cuerno quemado.
al joven
Pero no pasó de aquí, pues
la moza aquella
garatusas
la señora
cumplió admirablemente; estuvo

M.C.D.2020

señal de próximos trastornos. Doña Lupe la veía venir, y procuraba refrenar sus ímpetus, conociendo que la desmedida actividad del servicio de la chica traería pronto una reacción de torpeza. Así fué. Por la tarde Papitos dividió en dos la tapa de una sopera, y desde entonces todo fué un puro desastre. Cuando se enfurruñaba parecía que hacía las cosas mal adrede. Le mandaban esto y se salía con lo otro. No se pueden contar las faltas que cometió en el breve espacio de una hora. Bien decía doña Lupe que tenía los demonios metidos en el cuerpo, y que era mala, pero mala de veras, una sinvergüenza, una mal criada y una calamidad... *en toda la extensión de la palabra.* Y mientras más repelones le daban, peor que peor. Pasó tanta agua del puchero del agua caliente al puchero de la verdura, que ésta quedó encharcada. Los garbanzos se quemaron, y cuando fueron á comerlos, amargaban como demonios. La sopa no había cristiano que la pasara de tanta sal como le echó aquélla condenada. Luégo era una insolente, porque en vez de reconocer los yerros, decía que la señora tenía la culpa, y que ella, la muy piojosa, no estaría allí ni un día más porque *misté... en cualsiquiera parte la tratarían mejor.* Doña Lupe discutía con ella violentamente, diciéndole mil perrerías y dándole pellizcos, añadiendo que yo, que no se iría de allí, que la abriría en canal, porque su madre, la de Papitos, la había autorizado para descuartizarla, si preciso era. A lo que Papitos contestaba echando lumbre por los ojos: "¡Ay, hija, no me descuartice usted tanto! Este solía ser el período culminante de la disputa, que concluía dándole doña Lupe á su sirviente una gran bofetada y rompiendo la pequeña á llorar... Los disparates seguían, y al servir la mesa, ponía los platos sobre ella sin considerar que no eran de hierro. Doña Lupe la amenazaba con llevarla á la *galera* ó con llamar una pareja, con hacerla picadillo y ponerla en salmuera, y poco á poco se iba aplacando la fierecilla hasta que se quedaba como un guante.

M.C.D.2020

M.C.D.2020

VI

Maximiliano, gozoso de ver que su tía con aquel gran alboroto, no se ocupaba de él, poníase de parte de la autoridad y en contra de Papitos. Sí, sí; era muy mala, muy descarada, y había que ~~hacer con ella un escarmiento~~. Azuzaba la cólera de doña Lupe para que ésta no se revolviese contra él hablándole de su cambio de costumbres y de lo que hacía fuera de casa.

Doña Lupe fué aquella noche á casa de las de la Cañá, y se estuvo allá las horas muertas, ~~porque una de sus amigas estaba muy mala~~. Maximiliano entró á las once. Había dejado á Fortunata acostada y casi dormida, y se fué á su casa resuelto á afrontar las chafalditas de ella, y á explicarse con ella. Porque después de aquello de la herencia, ~~las ilusiones~~ se había exaltado más, y se había sutilizado el concepto de lo que llamaba su misión. Ya no podía dudar de que la Providencia le favorecía, abriéndole camino. Nunca había sido él muy religioso; pero aquella noche le parecía desacato y ingratitud no consagrar á la divinidad un pensamiento, ya que no una oración. Estaba como un demente. Por el camino miraba á las estrellas y las encontraba más ~~que~~ que nunca, y muy mironas y habladoras. A Fortunata, sin mentarle la herencia por respeto á la difunta, le dijo algo de sus fincas de Molina de Aragón, y de que si el dinero en hipotecas era el mejor dinero del mundo. A veces su imaginación agrandaba las cifras de la herencia, añadiéndole ceros, "porque esa gente de los pueblos no gasta un cuarto, y no hace más que acumular, acumular..."

Los faroles de la calle le parecían astros, los transeuntes excelentes personas, ~~llenas~~ de los mejores deseos y ~~movidas~~ de sentimientos nobilísimos. Entró en su casa ~~resuelto~~ á el-

pontanearse con su tía... "¿Me atreveré?—pensaba.—Si me atreviera... ¿Y qué hay de malo en esto? En último caso, ¿qué puede hacer mi tía? ¿Acaso me va á comer? Si me niega el derecho de casarme con quien me dé la gana, ya le diré yo cuántas son cinco. No se conoce el genio de las personas hasta que no llega la ocasión de mostrarlo.„ A pesar de estas disposiciones belicosas, cuando Papitos le dijo que la señora no había vuelto todavía, ~~lo primero que sintió fué alegría~~. Quitósele de encima un gran peso, porque ~~verdaderamente~~, la revelación del secreto y el cisco que habían de seguirle eran ~~cosa que [illegible]~~ al más pintado. No ~~es el que temiera~~ ser vencido, porque su amor y su misión le darían seguramente coraje; pero convenía proceder con tacto y diplomacia, pensar bien lo que iba á decir para no ofender á su tía, ~~que era como su madre~~, y, si era posible, ponerla de su parte en aquel ~~grande y no visto~~ pleito ~~que iba á plantear contra la sociedad y contra su familia~~.

Se fué á la cocina detrás de Papitos, siguiendo una costumbre antigua de hacer tertulia y de entretenerse en pláticas sabrosas cuando se encontraban solos. Un año antes, ~~Papitos~~ y ~~Maximiliano~~ se pasaban las horas muertas en la cocina, contándose cuentos ó proponiéndose acertijos. En éstos era fuerte ~~Papitos~~. Sus carcajadas se oían desde la calle cuando repetía la adivinanza, sin que el otro la pudiera acertar. Maximiliano se rascaba la cabeza, ~~[illegible] sus facultades [illegible]~~; pero la solución no salía. Papitos le llamaba ~~tonto~~, bruto y

otras cosas peores; mas él no se ofendía. Tomaba su revancha en los cuentos, pues sabía muchos y ~~Papitos~~ los escuchaba con embeleso, abierta la boca de par en par y los ojos clavados en el narrador. Aquella noche estaba Papitos de muy mal temple por la soba que se había llevado, y le tenía mucha tirria al señorito porque no se ~~había puesto~~ de su parte en la contienda, como otras veces. "Feo, tonto—le dijo aguzando la jeta cuando ~~se sentó junto á ella al lado de~~ la mesilla de pino de la cocina.—Acusón, patoso... memo en polvo.„

Maximiliano buscaba una fórmula para pedirle perdón sin menoscabo de su dignidad de señorito. Sentíase con impulsos de protección hacia ella. Verdad que habían jugado juntos, que el año anterior, á pesar de la diferencia de edades, eran tan niños el uno como el otro, y se entretenían en enredos inocentes. Pero ya las cosas habían cambiado. El era hombre, ¡y qué hombre! y Papitos una chiquilla retozona sin pizca de juicio. Pero tenía buena índole, y cuando sentara la cabeza y diera un estirón sería una criada inapreciable. La chiquilla, después que le dijo todas aquellas injurias, se puso á repasar una media, en la cual tenía metida la mano izquierda como en un guante. Sobre la mesa estaba el estuche de costura ~~de Papitos~~, que era una caja de cigarros. Dentro de ella había carretes, cintajos, un canuto de agujas ~~lleno de~~ roñ[illegible], un pedazo de cera blanca, botones y otras cosas pertinentes al arte de la costura. La cartilla en que Papitos aprendía á leer estaba también allí, con las hojas sucias y reviradas. El quinqué de la cocina, con el tubo ahumado y sin pantalla, iluminaba la cara ~~gitana~~ de ~~Papitos~~, dándole un tono de bronce rojizo, y la cara pálida y serosa ~~de Maximiliano~~ con sus ojeras violadas y sus granulaciones alrededor de los labios.

"¿Quieres que te tome la lección?—dijo Rubín cogiendo la cartilla.

—Ni falta... canijo, espátula, paice un garabito... No quiero que me tome *lición*—replicó la chiquilla remedándole la voz y el tono. ~~—Memo, más que memo...~~

—No seas salvaje... Es preciso que aprendas á leer, para que seas una mujer completa—dijo Rubín esforzándose en parecer juicioso.—Hoy has estado un poco salida de madre, pero

ya eso pasó. Cuando tú quieres, haces todas las cosas bien, y no falta sino que adquieras formalidad. Teniendo juicio, se te mirará siempre como de la familia.

—¡Mira éste!... Me zampo yo á la familia...—dijo la otra animándole y haciendo los visajes diabólicos de siempre.

—No te abandonarémos nunca—manifestó el joven henchido de deseos de protección.—Sabes lo que te digo. Para que lo sepas, Papitos, para que lo sepas, ten entendido que cuando yo me case... cuando yo me case, te llevaré conmigo para que seas la doncella de mi señora.

Papitos se tendió para atrás al soltar la carcajada con tanta fuerza, que el respaldo de la silla crujió como si se rompiera.

—Casarse usted... memo, más que memo ¡usted casarse!—exclamó.—Si la señorita dice que usted no se puede casar... Sí, se lo decía á doña Silvia la otra noche.

La indignación que sintió Maximiliano al oir este concepto fué tan viva, que de manifestarse en hechos habría ocurrido una catástrofe. Porque tal ultraje no podía contestarse sino agarrando á Papitos por el pescuezo y estrangulándola. El inconveniente de este procedimiento estaba en que Papitos tenía mucha más fuerza que él... bien podían volverse las tornas y ser Maximiliano quien viese en peligro la integridad de su pescuezo.

—Eres lo más animal y lo más grosero...—dijo Rubín balbuciente,—que he visto en mi vida. Si no te curas de esas tonterías, nunca serás nada.

Papitos alargó el brazo izquierdo en que tenía la media, y asomando sus dedos por los agujeros, le cogió la nariz al señorito y le tiró de ella.

—¡Que te estés quieta!... ¡vaya!... Tú no te has llevado nunca una solfa buena, y soy yo quién te la va á dar... ¿Y por qué son esas risas estúpidas?... Porque he dicho que me caso. Pues sí señor, me caso, porque me da la gana, porque es mi real voluntad.

Tiempo hacía que Maximiliano deseaba hablar de aquella manera con alguien, y manifestar su pensamiento libre y desembarazadamente sin turbación. La confidencia que tan difícil era con otra persona, era fácil con Papitos, y el hombre se creció después de dichas las pri-

M.C.D.2020

meras palabras.

"Tú eres una inocente—le dijo poniéndole la mano en el hombro,—tú no conoces el mundo, tú no sabes lo que es una pasión verdadera.

Al llegar á este punto, Papitos no entendió ni jota de lo que su señorito le decia... Era un lenguaje nuevo, como era nueva la expresión de él y la cara que ~~tenía~~ No ponía aquella cara cuando contaba los cuentos.

"Porque verás tú—continuó Rubín, expresándose con calor,—el amor es la ley de las leyes, el amor gobierna el mundo. Si yo encuentro la mujer que me gusta, que es la mitad, si no la totalidad de mi vida, una mujer que me transforme, inspirándome acciones nobles y dándome cualidades que antes no tenia, ¿por qué no me he de casar con ella? A ver, que me lo digan; que me den una razón, media razón siquiera... Porque tú no me has de salir con argumentos tontos; tú no has de participar de esas preocupaciones por las cuales...

Al llegar aquí, el orador se embarulló algo, y no ciertamente por miedo á la dialéctica de su contrario. Papitos, después de asombrarse mucho de la ~~seriedad~~ con que su señorito hablaba y de las cosas incomprensibles que le decía, empezó á aburrirse. Siguió Maximiliano desahogando su corazón, que otra coyuntura de desahogo como aquella no se le volvería á presentar, y por fin Papitos estiró el brazo izquierdo sobre la mesa, y como estaba tan fatigada del ajetreo de aquel dia y de los coscorrones, hizo del brazo almohada y reclinó la cabeza en ella. En aquel momento, Maximiliano, exaltado por su propia elocuencia, se dejó decir: "La única razón que me dan es que si ha sido ó no ha sido lo que no quiero decir... porque es falso porque es falso. Si hay en su existencia dias vergonzosos, y no diré tanto como vergonzosos, dias borrascosos, dias desventurados, ha sido por ley de la necesidad y de la miseria, no por vicioso apetito. Los hombres, los señoritos, esa raza de Caín, corrompida y miserable, tienen la culpa... Lo digo y lo repito. La responsabilidad de que tanta mujer se pierda recae sobre el hombre. Si se castigara á los seductores y á los perdidos... la sociedad...

Papitos dormía como un ángel, apoyada la mejilla sobre el brazo tieso, y conservando en

la mano de él la media, por cuyos agujeros asomaban los dedos. Dormía con plácido reposo, la cara seria, como si aprobase inconscientemente las perrerías que el otro decía de los seductores, y aprovechase la lección para cuando le tocara. El propio calor de sus palabras llevó á Maximiliano á una exaltación que parecía insana. No podía estar quieto ni callado. Levantóse y fué por los pasillos adelante, hablando solo en baja voz y haciendo gestos. El pasillo estaba oscuro; pero él conocía tan bien todos los rincones, que andaba por ellos sin vacilación ni tropiezo. Entró en la sala que también estaba á oscuras, penetró en el gabinete de su tía, que á la misma boca de un lobo se igualaba en oscuridad, y allí se le redobló la facundia, y la energía de las declamaciones rayaba en frenesí. Apoyaba las afirmaciones con un gesto peligroso y se le ocurrían frases de admirable efecto contundente, frases capaces de tirar de espaldas á todos los individuos de la familia si las oyeran. ¡Qué lástima que no estuviera allí su tía...! Como si la estuviera viendo, le soltó estas atrevidas enfáticas expresiones: "Y para que lo sepa usted de una vez, yo no cedo ni puedo ceder, porque sigo en esto el impulso de mi conciencia, y contra la conciencia no valen pamplinas, ni ese cúmulo, ese cúmulo, si señora, de... preocupaciones tonterías que usted me ha dicho. Yo me caso, me caso, y me caso, porque soy dueño de mis acciones, porque soy mayor de edad, porque me lo dicta mi conciencia, porque me lo manda Dios; y si usted lo aprueba, ella y yo le abrirémos nuestros amantes brazos y será usted nuestra madre, nuestra consejera, nuestra guía...

Vamos, que sentía de veras no estuviese delante de él en el sillón de hule, la propia ~~Lupe~~ en imagen ~~viviente~~ corpórea, porque de fijo le diría lo mismo que estaba diciendo ante su imagen figurada y supuesta. Después salió otra vez al pasillo, donde continuó la perorata, paseándose de un extremo á otro, y gesticulando á favor de la oscuridad. La soledad, el silencio de la noche, la poca luz favorecen á los tímidos para su comedia de osados y lenguaraces, teniéndose á sí mismos por público y envalentonándose con su fácil éxito. Maximiliano hablaba bajito; ~~manotadas no correspondían por lo fuertes~~ al diapasón bajo de las palabras, cuya vehemencia sofocada las hacía parecer un ensayo.

Cuando doña Lupe llamó á la puerta, su sobrino le abrió, y pasmóse ella de que ~~no se hubiera acostado~~ todavía. "¡Qué despabilado está el tiempo!—dijo la señora con cierto retintín, que hizo extremecer al joven, limpiando súbitamente su espíritu de toda idea de independencia, como se limpia de sombras un farol cuando aparece dentro de él la llama del gas. Al oir la campanilla, acudió ~~Papitos~~ dando traspiés y restregándose los ojos; y doña Lupe no dijo más que: "á la cama todo Cristo." Era muy tarde y Papitos tenía que madrugar. El sobrino y la ~~chiquilla~~ entraron sin hacer ruido ~~ni decir palabra~~ en sus respectivas madrigueras, como los conejos cuando oyen los pasos del cazador.

VII

La declaración de Maximiliano había puesto á Fortunata en perplejidad grande y penosa. Aquella noche y las siguientes durmió mal, por la viveza del pensar y las contradictorias ~~ideas~~ que se le ocurrían. Después de acostada ~~se~~ que levanta y se arroja, liada en una manta, en el sofá de la sala; pero no se quedaban las cavilaciones entre las sábanas, sino que iban con ella á donde quiera que iba. La primera noche domiñaron al fin, tras largo debate, las ideas afirmativas. "¡Casarme yo, y casarme con un hombre de bien, con *una persona decente*...!" Es lo más que podía desear... ¡Tener un hombre, no tratar más con gentuza, sino con caballeros y señoras! Maximiliano era un ~~ángel, un bueno de Dios~~, y seguramente la haría feliz. Esto pensaba por la mañana, después de lavarse y encender la lumbre, cuando cogía la cesta para ir á la compra. Púsose el manto y el pañuelo por la cabeza, y bajó á la calle. Lo mismo fué poner el pié en la vía pública que sus ideas variaron ~~porque tuvo con~~

63

~~se piensa de puertas adentro y otra de puertas afuera.~~

"Pero vivir siempre con ~~Maximiliano~~... Tan feo como es. Me da por el hombro, y yo le levanto como una pluma. Un marido que tiene menos fuerza que la mujer, no es, no puede ser marido. El pobrecillo es un ~~alma~~ de Dios; pero no le podré querer aunque viva con él mil años. Esto será ingratitud, pero qué le vamos á hacer, no lo puedo remediar...

Tan distraída estaba, que el carnicero le preguntó tres veces lo que quería sin obtener respuesta. Por fin se enteró. "Hoy no llevo más que media libra de falda para el cocido y una chuletita de lomo. Señor Paco, pésemelo bien.

—Tome usted, simpatía, y mande.

También compró dos onzas de tocino; luégo una brecolera en el puesto de verduras de la carnicería, y en la tienda de la esquina arroz, cuatro huevos y una lata de pimientos morrones. ~~De vuelta en~~ su casa, revisó la lumbre, y se puso á limpiar y á barrer. ~~Ya había dejado en los balcones la ropa de la cama~~. Mientras ~~barría y~~ quitaba el polvo á los muebles, volvió al tema. "No se encuentra todos los días un hombre que quiera echarse encima una carga como esta...„

Hizo la cama y después empezó á peinarse. Al ver en el espejo su linda cara pálida, ~~amor propio tomó parte en la contienda~~: "Porque ¡María *Santisma!* si Maximiliano apostaba á feo, no había quien le ganara. ¡Y qué mal huelen las boticas! Debió de haber seguido otra carrera... Dios me favorezca... Si tuviera algún hijo me acompañaría con él; pero...

Después de esta ~~aseveración~~, que por lo terminante parecía hija de una convicción profunda, siguió contemplando y admirando su belleza. Estaba orgullosa de sus ojos negros, tan bonitos que, según dictamen de ella misma, *le daban la puñalada al* ~~mismo~~ *Espiritui Santo.* ~~Y~~ tez era una preciosidad por la pureza mate y la transparencia y tono de marfil recién labrado. La boca, un poco grande, ~~con cidaba á la locura cuando se reía~~... Y luégo unos dientes... "Tengo los dientes—decía ella mostrándoselos,—como pedacitos ~~de clara~~ de leche cuajada.„ La nariz era perfecta. "Nariz ~~de reina, dígase lo que se quiera, pensaba~~ ~~[illegible]~~ Y por fin, componiéndose la cabellera negra y abundante como los malos pensamientos, decía: "¡Vaya un pelito que me ha dado Dios!„ Cuando estaba concluyendo, se le vino á las mientes una observación, que no hacía entonces por primera vez. Hacíala todos los días, y era esta: "¡Cuánto ~~mejor~~ estoy ahora que... antes! He ganado mucho.

este chico...

bendito

Al volver á

garise

dióle por emplear argumentos comparativos:

quiá....

reticencia

La

su

su

pero

fresca y tan mona en la risa como en el enfado...

ces como la mía, pocas se ven"....

mas guapa

Y después se puso muy triste. Los pedacitos de leche cuajada [illegible] desaparecían bajo los labios fruncidos, y se le armó en el entrecejo como una densa nube. El rayo que por dentro pasaba decía así: "¡Si me viera ahora...!„ Bajo el peso de esta consideración estuvo un largo rato quieta y muda, la vista independiente á fuerza de estar fija. Despertó al fin de aquello que parecía letargo, y volviendo á mirarse, se animó con la reflexión de su [illegible] en el espejo. "Digan lo que quieran, lo [illegible] que tengo es el entrecejo... Hasta cuando me enfado, es bonito... A ver cómo me pongo cuando me enfado. Así, así... [illegible] ¡Ah, llaman!

El campanillazo de la puerta la obligó á dejar el tocador. Salió á abrir con la peineta en una mano y la toalla por los hombros. Era [illegible] que entró muy contento, y le dijo que acabara de peinarse. Como faltaba tan poco, pronto quedó todo hecho. Maximiliano la elogió por su resolución de no tomar peinadoras. ¿Por qué las mujeres no se han de peinar solas? La que no sabe que aprenda. Eso mismo decía Fortunata, y añadió que ella daba quince y raya á la mejor peinadora en el arte de arreglarse la cabeza. Maximiliano no dejaba de expresar su admiración por el buen arreglo de su futura [illegible], haciendo por sus propias manos la tarea que desempeñan mal esas bergantas ladronas que llaman criadas de servir. Fortunata aseguraba que aquella costumbre suya no tenía mérito porque [illegible] le gustaba [illegible] hacer [illegible] cuello con estos quehaceres. "Eres una alhaja —le decía su amante [illegible] orgullo.—En cuanto á las peinadoras, todas son unas grandes alcahuetas, y en la casa donde entran no puede haber paz.„

Más adelante tomarían alguna criada, porque no convenía tampoco que ella se matase á trabajar. Estarían seguramente en buena posición, y puede que algunos días tuvieran convidados á su mesa. La servidumbre es necesaria, y llegaría un día seguramente en que no se podrían pasar sin una niñera. Al oir esto, por poco suelta la risa Fortunata; pero se contuvo, concretándose á decir en su interior: "¡Para qué querrá niñeras este desventurado...!„

Á renglón seguido, sacó [illegible] á relucir el tema del casorio, y dijo tales cosas que Fortunata no pudo menos de rendir el espíritu

M.C.D.2020

á tanta generosidad y nobleza de alma. "Tu comportamiento decidirá de tu suerte—afirmó [illegible],—y como tu comportamiento ha de ser bueno, porque tu alma tiene todos los resortes del bien, [illegible]. Yo pongo sobre tu cabeza la corona de mujer honrada; tú cuidarás de que no se te caiga y de llevarla dignamente. Lo pasado, pasado está, y el arrepentimiento todo lo lava. Lo que diga el mundo no nos importe. ¿Qué es el mundo? Fíjate bien y verás que no es nada, cuando no es la conciencia.

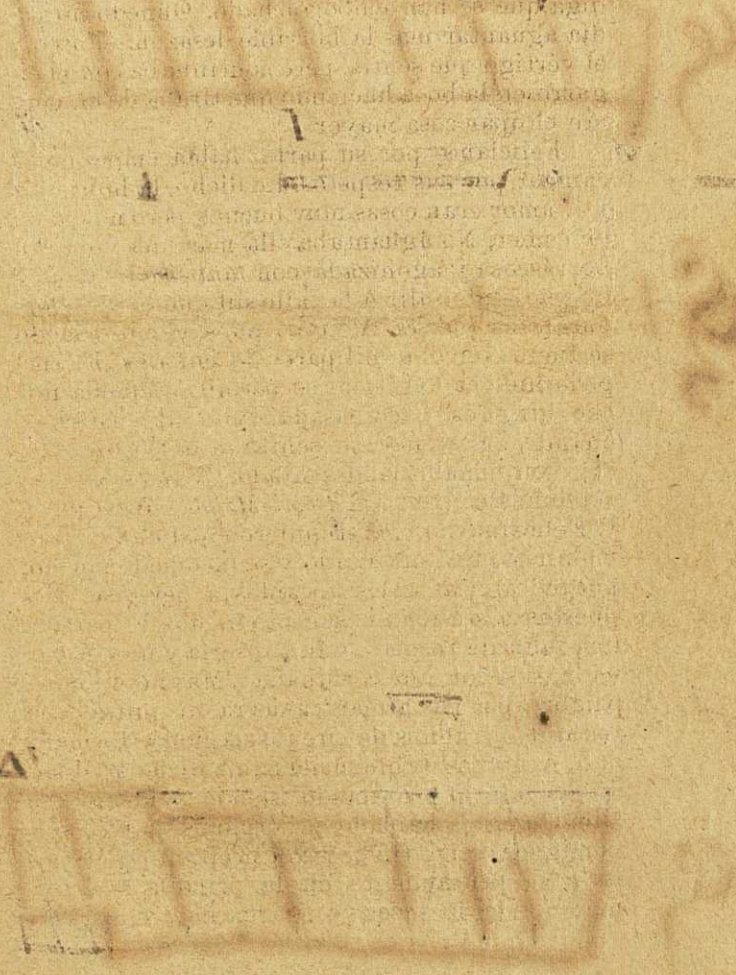
A Fortunata se le humedecieron los ojos, porque era muy accesible á la ternura, y siempre que se le hablaba con solemnidad y con un sentido generoso, se conmovía aunque no entendiera bien ciertos conceptos. La [illegible] el tono, el estilo y la expresión de los ojos. Creyó entonces caso de conciencia hacer una observación á su [illegible].

"Piensa bien lo que haces—la dijo,—y no comprometas por mí tu...„

Quería decir dignidad, pero no dió con la palabra por el poco [illegible] que en su vida había hecho de vocablos de esta naturaleza. Pero [illegible] se dió sus mañas para expresar toscamente su idea, diciendo: "[illegible] que [illegible] que me conozcan te van á llamar *el marido de la Fortunata*, en vez de llamarte por tu nombre. Yo te agradezco mucho lo que haces por mí; pero como te estimo no quiero verte con...„

Quería decir con un estigma en la frente; pero ni conocía la palabra, ni aunque la conociera la habría podido decir correctamente. "No quiero te tomen el pelo por mí„ fué lo que dijo, y se quedó tan fresca, esperando convencerle. Pero Maximiliano, fuerte en su idea y en su conciencia, como dentro de un doble baluarte inexpugnable, se echó á reir. Semejantes argumentos eran para él como sería para los poseedores de Gibraltar ver que les quisiera asaltar un enemigo armado con una caña. Valiente caso hacía él de las estupideces del vulgo!... Cuando su conciencia le decía: "mira, hijo, esto es el camino del bien, vete por él„ ya podía venir todo el género humano á detenerle; ya podían [illegible] un cañón rayado. Porque él iba sacando un carácter que no se le conocía, un carácter de acero, un carácter tremendo, y todo lo que se decía de su timidéz era [illegible]. "Que tú seas [illegible] honrada y leal, es lo que importa: lo demás corre de mi cuenta; déjame á mí, tú déjame á mí.

Poco después almorzaba Fortunata y Maximiliano estudiaba, cambiando de vez en cuando algunas palabras. Toda aquella tarde dominaron en el espíritu de la joven las ideas optimistas, porque él se dejó decir algo de su herencia, de tierras é hipotecas de Molina de Aragón, asegurando que *sus viñas podían darle tanto más cuanto*. Por la noche avisaron para que les trajeran café, y vino el mozo de *la Paz* con él. Olmedo y Feliciana entraron de tertulia, estaban muy formales, lo que Maximiliano interpretó como un efecto moral de sus planes de casamiento y legalidad, que tenía virtud bastante para imponer respeto á los vecinos más alborotados. Pero la verdadera causa era que Olmedo y Feliciana estaban de monos y no se hablaban sino con monosílabos, señal inequívoca de [illegible] doméstica. Y es que si los estados más sólidos se quebrantan cuando la hacienda no marcha con perfecta regularidad, aquella casa, hogar, familia ó como quiera llamársela, no podía menos de resentirse de las anomalías de un presupuesto cuyo caracter permanente era el déficit. Feliciana tenía ya pignorado lo mejorcito de su ropa, y Olmedo había perdido el crédito de una manera absoluta. Por la falta de crédito se pierden las repúblicas lo mismo que las monarquías. Y no se hacía ya ilusiones el bueno de Olmedo acerca de la catástrofe próxima. Los amigos que le conocían bien, descubrían en él menos entereza para desempeñar el papel de libertino, y á menudo se le clareaba la buena índole al través de la máscara. A Maximiliano le dijeron que habían sorprendido á Olmedo en el Retiro estudiando á hurtadillas y solo. Cuando le vieron sus amigos, escondió los libros entre el follaje, porque le sabía mal que le descubrieran aquella flaqueza, y no quería dar su brazo á torcer. Cuando un hombre [illegible] debilidades y desmayos de carácter, si al fin se han de descubrir, descúbranse por gradual manera y no de golpe, para que no parezca que se hace traición á los principios que se han profesado toda la vida. Olmedo



Lo daba mucha importancia á la consecuencia en los actos humanos, y tenía por deshonra el soltar de improviso el uniforme é insignias de perdulario. ¿Qué diría la gente, qué los amigos, qué los mocosos más jóvenes que él que le tomaban por modelo? Hallábase en la situación de uno de esos chiquillos que para darse aires de hombres encienden un cigarro muy fuerte y se lo empiezan á fumar y se marean con él; pero tratan de dominar las náuseas para que no se diga que se han emborrachado. Olmedo no podía aguantar más la horrible desazón, el asco y el vértigo que sentía; pero continuaba con el cigarro en la boca haciendo que tiraba de él, pero sin chupar cosa mayor.

Feliciana, por su parte, había empezado á campar por sus respetos. Lo dicho, la honradéz y el amor eran cosas muy buenas; pero no daban de comer. No aguantaba ella esa vida tan borrascosa y agonizada con *tuntisma* trampa, y no pudiendo salir á la calle sin que la abochornaran los *ingleses*. A vivir, pues, y que Olmedo se fuera con cien mil diablos de puñalá. El calavera no se permitió aquella noche ninguna barrabasada. Sólo al entrar, y cuando los cuatro se sentaron á tomar café, dijo con su habitual desenfado: "Vamos, ya está reunido aquí toito el *Demi-Monde*.„ Fortunata y Feliciana no comprendieron palotada; pero Rubín se puso encarnado y se incomodó mucho; porque aplicar tales vocablos á personas dispuestas á unirse en santo vínculo le parecía una falta de respeto, una grosería y una cochinada, sí señor, una cochinada... Mas no dijo una palabra por no armar camorra ni quitar á la reunión sus tonos de circunspección y formalidad. Acordóse de que nada había dicho á del casorio proyectado, siendo evidente que Olmedo había hablado en términos tan *liberales* por ignorancia. Dizo, pues, propósito de revelarle su pensamiento en la primera ocasión, para que en lo sucesivo se guardara muy bien

M.C.D.2020

de pronunciar expresiones que no estuvieran en armonía con los miramientos que á la honradez se deben.

VIII

Aquella noche fué también mala para Fortunata, pues se la pasó casi toda cavilando, discurriendo sobre si *el otro* se acordaría ó no de ella. Era muy particular que no le hubiera encontrado nunca en la calle. Y por falta de mirar á todos lados no era ciertamente. ¿Estaría malo, estaría fuera de Madrid? Más adelante, cuando supo que en Febrero y Marzo había estado Juanito Santa Cruz enfermo de pulmonía, acordóse de que aquella noche lo había soñado ella. Y fué verdad que lo soñó á la madrugada, cuando ~~se quedó adormecida de tanto calentarse el cerebro con las cavilaciones~~. Al despertar ya de día, el reposo profundo, aunque breve, había ~~nublado completamente~~ las imágenes ~~y pensamientos~~ en su mente. "A mi boticarito me atengo—dijo después que echó el Padre Nuestro por las ánimas, de que no se olvidaba nunca. — Vivirémos tan apañaditos." Levantóse, encendió su lumbre, bajó á la compra, y ~~en el tiempo que duró~~ pensaba que Maximiliano podía dar un estirón, echar más pecho y más carnes, ser más hombre, en una palabra, y curarse de aquel ~~cansado constipado~~ crónico que le obligaba á estarse sonando constantemente. De la bondad de su corazón no había nada que decir, porque era un [illegible], y como se casara de verdad, su mujer había de hacer de él lo que quisiera. Con cuatro palabritas ~~dulces~~, ya estaba él contento y achantado. Lo que importaba era no llevarle la contraria en todo aquello de la conciencia, ~~del camino del bien~~ y de las misiones... aquí un adjetivo que Fortunata no recordaba. Era *sublime*; pero lo mismo daba; ya se sabía que era una cosa muy buena.

Aquel día la compra duró algo más, porque Maximiliano le había anunciado que almorzaría con ella, y pensaba hacerle un plato, que á entrambos les gustaba mucho, y que era la especialidad culinaria de Fortunata, el arroz con menudillos. Lo hacía tan á maravilla, que era para chuparse los dedos. Lástima que no fuera tiempo de alcachofas, porque las hubiera *traído* para el arroz. Pero compró un poco de cordero que le daba mucho aquél. Compró chuletas de ternera, dos reales de menudillos y unas sardinas escabechadas para segundo plato. La lata de pimientos morrones que tomó el día antes, no la había abierto aún; la abriría aquel día, porque ella se pirraba por los pimientos.

De vuelta á su casa armó los tres pucheros con el minucioso cuidado que la cocina española exige y empezó á hacer su arroz en la cacerola. Aquel día no hubo cacharro en la cocina que no funcionara, y aunque no le hubiera venido mal á Fortunata una ayudanta ó pincha, de todos los quehaceres triunfó ella sola con su admirable disposición y diligencia. Después de freir la cebolla y de machacar el ajo y de picar el menudillo, cuando ninguna cosa importante quedaba olvidada, lavóse las manos y se fué á peinar, poniendo más cuidado en ello que otros días. Pasó el tiempo; la cocina despedía múltiples y confundidos olores. Cuando Fortunata entraba en ella, parecíale la cocina de una fonda, por la mucha faena que en ella había. Cuando llegó Rubín, á las doce, salió á abrirle con semblante risueño. Ya estaba la mesa puesta; porque Fortunata multiplicaba el tiempo, y como quisiera, todo lo era fácil. Dijo el entusiasta joven que tenía mucha hambre, y Fortunata le recomendó una chispita de paciencia. Se le había olvidado una cosa muy importante, el vino, y bajaría á buscarlo. Pero Maximiliano se prestó á desempeñar aquel servicio doméstico, y bajó más pronto que la vista.

Media hora después estaban sentados á la mesa en amor y compaña; pero en aquel momento se vió Fortunata acometida súbitamente de unos pensamientos tan extraños, que no sabía lo que le pasaba. Ella misma comparaba su al-

ma en aquellos días á una veleta. Tan pronto marcaba para un lado como para otro. De ~~pronto~~, como si se levantara un fuerte viento, la veleta daba la vuelta grande y ponía la punta donde antes tenía la cola. De estos cambiazos había sentido ~~en~~ muchos; pero ninguno como el de aquel momento, el momento en que metió la cuchara dentro del arroz para servir á su futuro esposo. No sabía ella decir cómo fué, ni cómo vino aquel sentimiento á su alma, ocupándola toda; no supo más sino que le miró y sintió una antipatía tan horrible hacia el pobre muchacho, que ~~le costó trabajo grande~~ disimularla. Maximiliano no conoció nada, y elogiaba el perfecto condimento del arroz; pero ella se calló echando para adentro con las primeras cucharadas aquel fárrago amargo que se le quería salir del corazón. Muy *para entre sí*, dijo: ~~Fortunata~~: "Primero me hacen á mí en pedacitos como estos, que casarme con ~~este~~ hombre... ¿Pero no le ven, no le ven que ni siquiera parece un hombre?... Hasta huele mal... Yo no quiero decir lo que me da cuando calculo que toda la vida voy á estar mirando delante de mí esta nariz de rabadilla.

"Parece que estás triste, moñuca—le dijo Rubín, que solía darle este cariñoso mote.

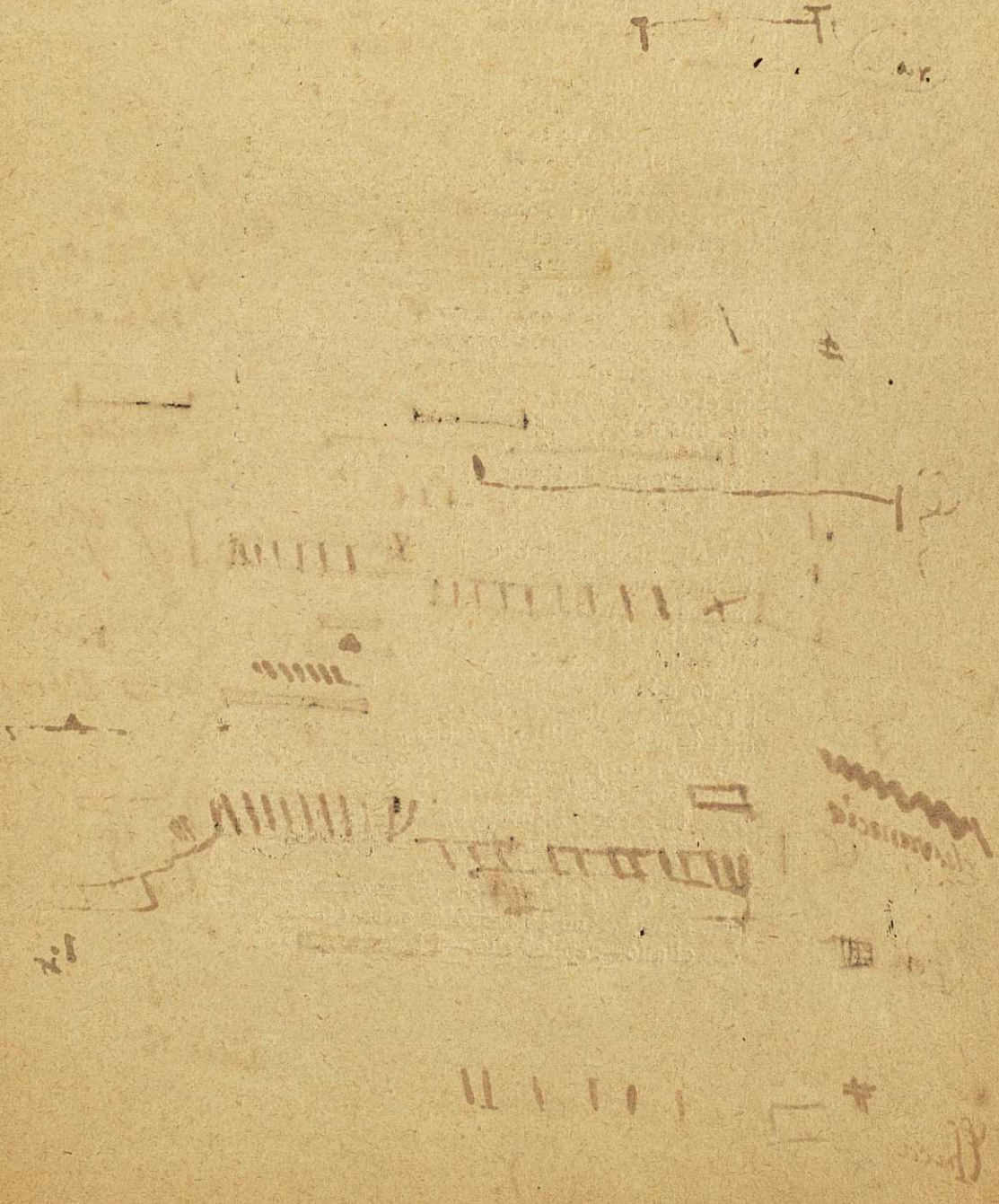
Contestó ella que el arroz no había quedado tan bien como ~~él~~ deseara. Cuando comían las chuletas, Maximiliano le dijo con cierta pedantería de dómine: "Una de las cosas que tengo que enseñarte es á comer con tenedor y cuchillo, no con tenedor solo. ~~Eso no es de gente fina~~. Pero tiempo tengo de instruirte en esa y en otras cosas más.

También le cargaba á ella tanta corrección. Deseaba hablar bien y ser persona fina y decente; pero ¡cuánto más ~~dulces y cuánto más~~ aprovechadas las lecciones si el maestro fuera otro, sin aquella destiladera de nariz, sin aquella cara deslucida y muerta, sin aquel cuerpo que no parecía de carne sino de cordilla ~~que no parecía de hueso sino de gallineja~~...

Esta antipatía de Fortunata no estorbaba en ella la estimación, y en la estimación mezclábase una lástima profunda de aquel desgraciado, caballero del honor y de la virtud, tan superior moralmente á ella. El aprecio que le tenía, la gratitud, y aquella conmiseración inexplicable porque no se compadece á los superiores, eran causa de que Fortunata refrenase su repugnancia. No era ella muy fuerte en disimular, y otro menos alucinado que Rubín habría conocido que el lindísimo entrecejo ocultaba algo. Pero él veía las cosas por el lente de sus ideas propias, y para él todo era como debía ser y no como era. Alegróse mucho Fortunata de que el almuerzo concluyera, porque eso de estar sosteniendo una conversación seria y oyendo advertencias y correcciones no la divertía cosa mayor. Gustábale más el trajín de recoger la loza y levantar la mesa, operación en que puso la mano no bien tomaron el café. Y para estar más tiempo en la cocina que en la sala, consagróse á los tres pucheros, más atención de la que necesitaban, se puso á fregar antes de tiempo, y á picar la ensalada cuando aún no hacía falta. De rato en rato daba una vuelta por la sala, donde Maximiliano se había puesto á estudiar, colocando sus libros y cuadernos de apuntes sobre la mesa en que poco antes almorzaran. No le era fácil aquel día fijar su atención en los textos. Estaba muy distraído, y cada vez que Fortuna entraba, toda la ciencia farmacéutica se borraba de su mente. A pesar de esto quería que estuviese allí, y aun se enojó algo por lo mucho que prolongaba los ratos de cocina.

—Hija, no trabajes tanto, que te vas á cansar. Trae tu labor y siéntate aquí.—Fortunata dijo que tenía que lavar.—Vaya, también se te ha ido la hora ponerte á lavar...

—Es que si me siento aquí no estudias, y lo que te conviene es estudiar para que no pierdas el año—replicó ella.—Figúrate que lo pier-



des y que tienes que volverlo á estudiar ~~una vez. Un año más de carrera.~~

Esta razón hizo efecto grande en el ánimo de Rubín. "No importa que estés aquí. Con tal que no me hables, estudiaré. Viéndote, parece que comprendo mejor las cosas, y que se me abre el entendimiento. Te sientas aquí; tú á tu costura, yo á mis libros. Cuando me siento muy torpe, ¡pim! al momento me despate miro y bilo.„

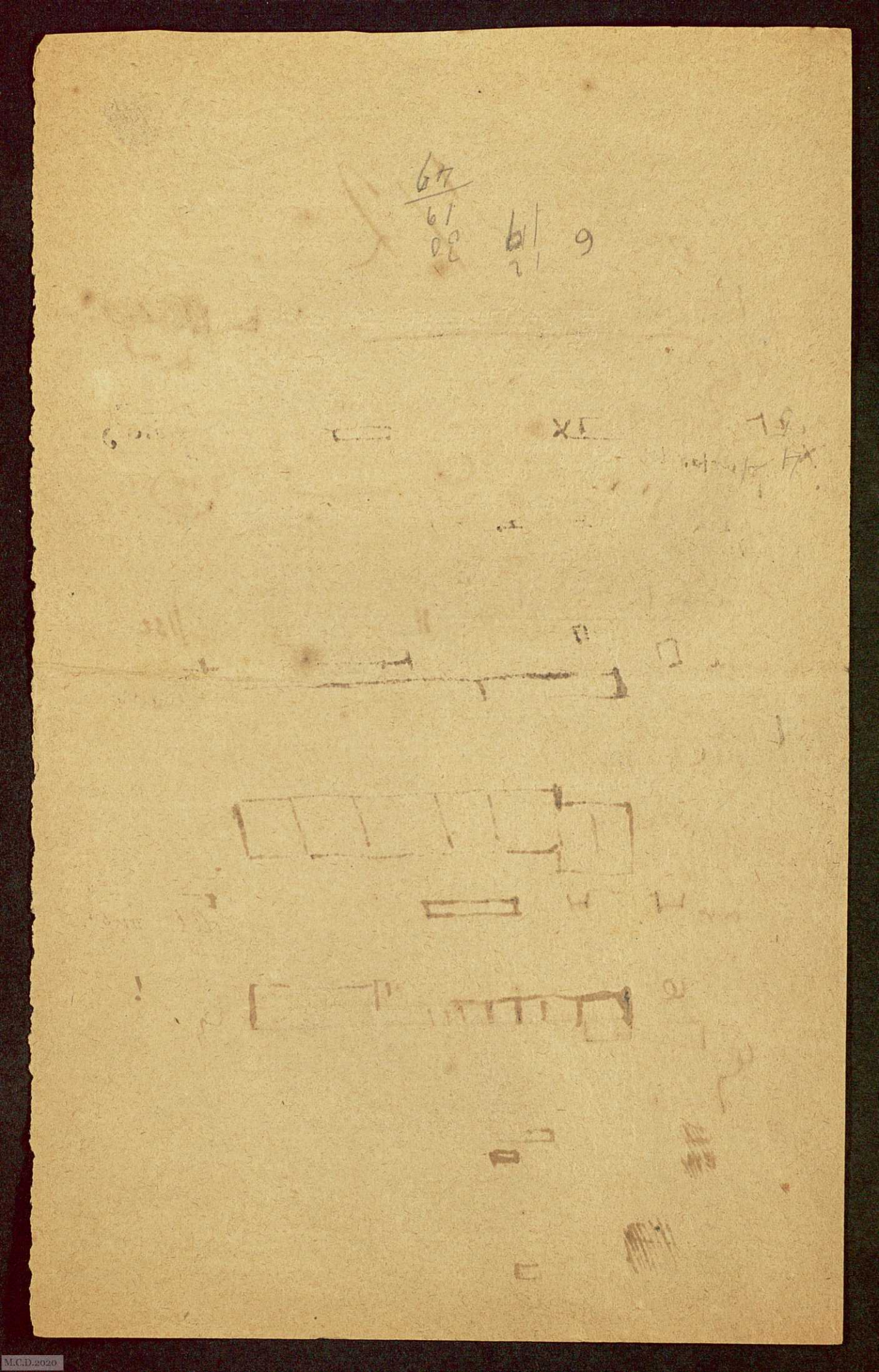
Fortunata se rió un poco, y ausentándose un ~~momento vino con~~ la costura.

"¿Sabes? — le dijo Rubín, apenas ella se sentó.—Mi hermano Juan Pablo se fué á Molina á arreglar eso de la herencia de la tía Melitona. Mi tía le escribió, y antes de venir á Madrid se plantó allá. Escribe diciendo que no habrá grandes dificultades.„

—¿De veras? ¡vamos!... ~~exclamó Fortunata, mostrando un interés que no tenía, pues pensaba en otra cosa.~~

—Como lo oyes. Aún no puedo decir lo que nos tocará á cada hermano. Lo que sí te aseguro es que me alegro de esto por tí, exclusivamente por tí. Luégo te quejarás de la Providencia. ~~Cierto que has sido desgraciada, pero eso no ha sido más que una prueba, y ahora cuando menos lo pensabas, monuca, te sale un marido honrado y una herencia. ¿Has visto que gangas?~~ Porque cuanto más aseguradas están las materialidades de la vida, más segura es la consumación ~~de la honra~~. La mitad de las deshonras que hay en la vida no son más que pobreza, chica, pobreza. Créete que ha venido Dios á vernos, y si ahora no nos portamos bien, merecemos que nos arrastren ~~sí, que nos arrastren, ¡pajarita! porque tener el bien en la mano y dejarlo caer y perderse es cosa imperdonable.~~

Fortunata hubiera dicho para sí: ¡"Vaya un moralista que me ha salido!„ pero no tenía noticia de esta palabra, y lo que dijo fué: "Ya estoy de *misionero* hasta aquí,„ usando la palabra *misionero* ~~con un~~ sentido doble, á saber: el de predicador y ~~el~~ el de agente de aquello que Rubín llamaba *su misión*.



IX

Maximiliano comunicó á Olmedo sus planes de casamiento encargándole el mayor sigilo, porque no convenía que se divulgase antes de tiempo, para evitar maledicencias tontas. Creyó el gran perdis que su amigo estaba loco, y en el fondo de su alma le compadecía, aunque admiraba el atrevimiento de Rubín para hacer la más grande y escandalosa calaverada que se podía imaginar. ¡Casarse con una...! Esto era un colmo, el colmo del *buen fin*, y en semejante acto había una mezcla horrenda de ignominia y de abnegación sublime, un no se qué de osadía y al mismo tiempo de [redacted], que levantó al bueno de Rubín, á sus ojos, de aquel fondo de vulgaridad en que estaba. Porque Rubín podía ser un tonto; pero no era un tonto vulgar, era uno de esos tontos que tocaban lo sublime con la punta de los dedos. Verdad que no llegan á agarrarlo; pero ello es que lo tocan. Olmedo, al mismo tiempo que sondeaba la inmensa gravedad del propósito de su amigo, no podía menos de reconocer que á él, Olmedo, al perdulario de oficio, no se le había pasado nunca por la cabeza una [redacted] de aquel calibre [redacted]

"Descuida, chico, lo que es por mí no lo sabrá nadie [redacted] para estas cosas. Te doy mi palabra de honor; estate tranquilo.

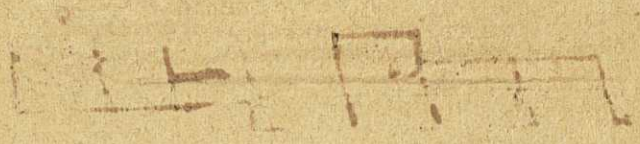
La palabra de honor de Olmedo, cuando se trataba de algo comprendido en la jurisdicción de la picardía, era sagrada. Pero en aquella ocasión pudo más el prurito chismográfico que el fuero [redacted], y el gran secreto fué revelado á Narciso Puerta *(Pseudo-Narcissus odoripherus)* con la mayor reserva, y previ[redacted] de no trasmitirlo á nadie. "[redacted] te lo digo en confianza, porque sé que ha de quedar de tí para mí.

"Descuida, chico, no faltaba más... Ya tú me conoces.

En efecto, Narciso no lo dijo á nadie, con una sola excepción. Porque, verdaderamente, ¿qué importaba [redacted] secretillo á una sola persona, á una sola, que de fijo no lo había de propalar?

"Te lo digo á tí sólo, porque sé que eres muy discreto—murmuró Narciso al oído de su amigo Encinas *(Quercus gigantea)*.—Cuidado con lo que te encargo... pero mucho cuidado. [redacted] lo sabes. No tengamos un disgusto.

—Hombre, no seas tonto... Parece que no conoces de ayer. [redacted] sabes que soy una [redacted]



M.C.D.2020

Y la noticia se abrió en casa de las de la Cañi, con la mayor reserva, se entiende, y después de hacer jurar á todos de la manera más solemne que no revelarían aquel profundo arcano. "Pero qué cosas tiene usted, Encinas. No nos haga usted tan poco favor. Ni que fuéramos chiquillas, para ir con el cuento y comprometerle á usted...

Pero una de aquellas señoras creía que era pecado mortal no contar el caso á doña Lupe, porque ésta al fin lo tenía que saber, y más valía prepararla para tan tremendo golpe. ¡Pobre señora! Era un dolor verla con aquella tranquilidad, sin sospechar la deshonra que la amenazaba. Total, que la noticia llegó á la sutil oreja de doña Lupe á los [illegible] días de haber salido del [illegible] labio de [illegible] con [illegible].

Cuentan que doña Lupe se quedó un buen rato como quien vé visiones. Después dió á entender que algo barruntaba ella, que la conducta de su sobrino [illegible] por lo anómala, á todas las cavilaciones y [illegible]. ¡Casarse con una que ha tenido que ver con muchos hombres! ¡Bah! no sería cierto quizás. Y si lo era, pronto se había de saber; porque, eso sí, á doña Lupe no se le pudrían en el cuerpo la bomba, y aquella misma noche ó al día siguiente por la mañana, Maximiliano y ella se verían las caras. Con su tía no jugaba él. Que doña [illegible] estaba volada, lo probó la inseguridad de su paso al recorrer la distancia entre el domicilio de las de la Cañi y el suyo. Hablaba sola, y se le cayó el paraguas dos veces, y cuando se bajó á recogerlo, se le cayó el pañuelo, y por fin, en vez de entrar en el portal de su casa, entró en el próximo. Como estuviera en casa el hipocritón de su sobrino, su tía le iba á poner [illegible]. Pero no estaría seguramente, porque el señoritingo no entraba nunca antes de las doce ó la una de la noche... ¡Quién lo había de decir; pero quién lo había de decir...! aquel cuitado, aquella calamidad de chico, aquella inutilidad, tan fulastre, tan [illegible] cosa, aquel [illegible] que no tenía aliento para apagar una vela, y que á los dieciocho años, si, bien lo podía asegurar doña Lupe, no sabía lo que son mujeres y creía que los niños que nacen vienen de París; aquel hombre fallido enamorarse así, ¡y de quién! de una mujer perdida... pero perdida en toda la extensión de la palabra.

"¿Ha venido el señorito?—preguntó [illegible] á su criada, y como ésta le contestara que no, frunció los labios en señal de [illegible] impaciencia.

La impaciencia y la ira habrían llegado qué sé yo á dónde, si no se desahogaran un poco sobre la inocente cabeza de Papitos, y se dice la cabeza, porque aquella parte importante de la doméstica fué la que más padeció en el citado crimen. Ha de saberse que Papitos era un tanto presumida, y que siendo su principal belleza su persona el cabello negro y abundante, en él ponía sus cinco sentidos. Se peinaba con arte precóz, haciéndose sortijillas y patillas, y para rizarse el flequillo, no teniendo tenazas, empleaba un pedazo de alambre gordo, calentándolo previamente hasta el rojo. Hubiera querido hacer estas cosas por la mañana; pero como doña Lupe se levantaba antes que ella, no podía ser. La noche, cuando estaba sola, era el mejor tiempo para dedicarse con entera libertad á la peluquería. Un pedazo de espejo, batidor desdentado, un poco de tragacanto y el alambre gordo le bastaban. Por mal de sus pecados, aquella noche se había trabajado el pelo con tanta perfección, que... ¡hija, ni que fueras á un baile!, se había dicho ella á sí misma al mirarse en el espejo por secciones de cara, porque de una vez no se podía mirar toda.

"Puerca, fantasmona, mamarracho — dijo doña Lupe destruyendo con manotada furibunda todas aquellas maravillas que Papitos había hecho en su cabeza.—En esto pasas el tiempo... Ya te arreglaré yo los pelitos; toma, ahí tienes. ¿No te da vergüenza de andar con la ropa llena de agujeros, y en vez de ponerte á coser te da por atusarte las crines? ¡Presumida, sinvergüenza! ¿Y la cartilla? Ni siquiera la habrás mirado... Ya, ya te daré yo pelitos. Voy á llevarte á la barbería y á raparte la cabeza, dejándotela como un huevo.

Si le hubieran dicho que le cortaban la cabeza, no hubiera sentido más terror.

"Eso, ahora el moquito y la lagrimita, después que me envenenas la sangre con tus peinados ridículos. Pareces la mona del Retiro... Estás bonita... sí... Pero qué, ¿también te has echado pomada?

Doña Lupe se olió la mano con que había estropeado impíamente el criminal flequillo. Al acercar su mano á su propia nariz, hízolo con un gesto tan majestuoso, que es lástima no lo reprodujera un buen maestro de escultura.

"Gorrina... me has pringado la mano... ¡Uy, qué pestilencia!... ¿De dónde has sacado esta porquería?

—Me lo dió el señorito Maxi... —respondió Papitos con humildad...

—Esto llevó bruscamente las ideas de doña Lupe á otro orden de cosas, verdadera causa de su ira. Se le ocurrió hacer un reconocimiento en el cuarto de su sobrino, lo que agradeció mucho Papitos, porque de este modo tenía fin inmediato el sofoco que estaba pasando. "Vete á la cocina," le dijo la señora, y no necesitó repetírselo, porque se escabulló como un ratoncillo que siente ruido. Doña Lupe encendió la luz en el cuarto de Maximiliano, y empezó á observar. "Si encontrara alguna carta!—pensó.—Pero quiá! Ahora recuerdo que me han dicho que esa tarasca no sabe escribir. Es un animal en toda la extensión de la palabra.

Registra por aquí, registra por allá, nada encontraba que sirviera de comprobación á la [illegible] historia que le habían contado. Abrió los cajones de la cómoda, valiéndose de las llaves de la suya, y allí tampoco encontró nada. La hucha estaba en su sitio y llena, quizás más pesada que antes. Retratos, no los había por ninguna parte. Tampoco se advertían testimonios de presunción, que son indudable síntoma de la enfermedad del amor, porque la pomada y las aguas olorosas la misma doña Lupe se las había comprado, y no las usaba él mucho, porque los olores fuertes le daban [illegible] de jaqueca. Hallábase doña Lupe engolfada en su investigación policíaca, sin descubrir rastro ninguno del crimen, cuando entró Maximiliano. Papitos le abrió la puerta; dirigióse á su cuarto sorprendido de ver luz en él, y cuando encaró con su tía [illegible] el tercer cajón de la cómoda, comprendió que su secreto había sido descubierto, y le corrió un fuertísimo escalofrío por todo el cuerpo. Doña Lupe supo contenerse. Era persona de mucho juicio y muy oportunista, quiero decir que no gustaba de hacer cosa ninguna fuera de sazón, y para calentarle las orejas á su sobrino, no era buena hora la media noche. Porque seguramente doña Lupe había de alzar la voz, ella, que se conocía bien, sabía que la había de alzar aunque no quisiera. También era probable que al chico le diera una jaqueca muy fuerte si le sofocaban tan á deshora, y doña Lupe no quería martirizarle. Lelo y mudo estaba el estudiante en la puerta de su cuarto, cuando su tía se volvió hacia él, y echándole una mirada muy significativa, le dijo: "Pasa; yo me voy. Duerme tranquilo, y mañana te ajustaré las cuentas...." Se fué hacia su cuarto; pero no había dado diez pasos, cuando volvió airada amenazándole con la mano y con un grito: "¡Grandísimo [illegible] era una crueldad abrumarle á hora tan avanzada. Quédese para mañana. [illegible] dándose otra vez.—A dormir se ha dicho.

VII

La declaracion de Maximo

Despues de acostada

M.C.D.2020

No durmió Maximiliano pensando en la escena que iba á tener con su tía. Su imaginación agrandaba á veces el conflicto haciéndolo tan hermosamente terrible como una escena de Shakespeare; otras lo reducía á proporciones menudas. "¿Y qué, señora tía, y qué?—decía alzando los hombros dentro de la cama, como si estuviera en pié.—He conocido una mujer, me gusta y me quiero casar con ella. No veo el motivo de tanta... Pues estamos frescos... ¿Soy yo alguna máquina?... ¿no tengo mi libre albedrío?... ¿Qué se ha figurado usted de mí?" A ratos se sentía tan fuerte en su derecho, que le daban ganas de levantarse, correr á la alcoba de su tía, tirarle de un pié, despertarla y soltarle este jicarazo: "Sepa usted que al son que me tocan bailo. Si mi familia se empeña en tratarme como á un chiquillo, yo le probaré á mi familia que soy un hombre." Pero se quedó helado al suponer la contestación de su tía, que seguramente sería ésta: "¿Qué habías tú de ser hombre, qué habías de ser...?"

Cuando Maximiliano se levantó al día siguiente, que era domingo, ya doña Lupe había vuelto de misa. Entróle Papitos el chocolate, y, la verdad, no pudo pasarlo, porque se le había puesto en el epigastrio la tirantez y obstrucción que sintomatizaban el afán de una situación apurada, lo mismo por causa de exámenes que otro temor ó sobresalto cualquiera. Estaba lívido, y doña Lupe debió de sentir lástima cuando le vió entrar en su gabinete, como el criminal que entra en la sala de juicio. La ventana estaba abierta, y doña Lupe la cerró porque su sobrino no se constipase, porque una cosa es la salud y otra la justicia. Venía el delincuente con las manos en los bolsillos y una gorrita escocesa en la cabeza, zapatillas, y la ropa de dentro de casa, tan mustio y abatido que era preciso ser de piedra para no compadecerle. Doña Lupe tenía una falda de dentro de [illegible], con muchos y grandes remiendos admirablemente puestos, un delantal azul de cuadros, una toquilla oscura, liada al escultórico busto, y un pañuelo negro en la cabeza, mitones [illegible]

y borceguíes de fieltro gruesos y blandos, tan blandos que sus pasos eran como los de un gato. El gabinetito era una pieza muy limpia. Una cómoda y un armario de luna, de forma vulgar eran los principales muebles. El sofá y sillería tenían forro de *crochet*, á estilo de casa de huéspedes, todo hecho por la señora de la casa.

Pero lo que daba cierto aspecto grandioso al gabinete era el retrato del difunto esposo de doña Lupe, colgado en el sitio presidencial, un cuadrángano al óleo, perverso, que representaba á D. Pedro Manuel de Jáuregui, alias *el de los Pavos*, vestido de comandante de la Milicia Nacional, con su morrión en una mano y en otra el bastón de mando. Pintura más chabacana no era posible imaginarla. El autor tenía una especialidad en las muestras de casas de vacas y de burras de leche. Sostenía, no obstante, doña Lupe que el retrato de Jáuregui era una [illegible], y á cuantos lo contemplaban les hacía notar dos cosas sobresalientes en aquella pintura, á saber: que donde quiera que se pusiese el espectador, los ojos del retrato miraban al que le miraba, y que la cadena del reloj, la gola, los botones, la carrillera y placa del morrión, en una palabra, toda la parte metálica estaba pintada de la manera más extraordinaria y magistral.

Las fotografías que [illegible] al [illegible] eran muchas, pero colgadas con tan poco sentimiento de la simetría, que se creería que [illegible] seres animados que andaban á su arbitrio por la pared.

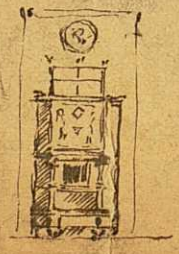
"Muy bien, Sr. D. Maximiliano, muy bien—dijo doña Lupe mirando severísimamente á su sobrino.—Siéntate que hay para rato.

III

Doña Lupe la de los Pavos.

I

Maximiliano no se sentó, doña Lupe sí, y en el centro del sofá, debajo del retrato, como para dar más solemnidad al juicio. Repitió el "muy bien Sr. D. Maximiliano," con un retintín [illegible] que era indicio del espantable cisco que se iba á armar. Por lo general, siempre que su tía le daba tratamiento, llamándole *señor don*, el pobre chico veía la tempestad sobre su cabeza.



"Estarse una matando toda la vida—prosiguió ella,—para sacar adelante al dichoso sobrinito, ~~sacarle de todas sus~~ enfermedades á fuerza de mimos y cuidados, darle una carrera quitándome yo el pan de la boca, hacer por él lo que no todas las madres hacen por sus hijos para que al fin... ¡Buen pago, bueno!... No, no me expliques nada, si estoy perfectamente informada. Sé quién es esa... dama ilustre con quien te quieres casar. Vamos, que buena doncella te canta... ¿Y creerás que vamos á consentir tal deshonra en ~~nuestra~~ familia?... Dime que toda ~~ha sido~~ una chi~~ladura~~ y no se habla más del asunto.

Maximiliano no podía decir tal cosa; pero tampoco podía decir otra, porque si en el fondo de su ánimo empezaban á levantarse olas de entereza ~~condependencia~~, esas olas reventaban y se ~~disipaban~~ antes de llegar á la orilla, ó sea á los labios. ~~No hablaba palabras, y~~ estaba tan cortado, que ~~deseando mostrar~~ energía no la podía mostrar por aquella pícara emoción nerviosa que le embargaba. Dejó esparcir sus miradas por la pared testera, como buscando por allí un apoyo. En ciertas situaciones apuradas y en los grandes estupores del ~~[illegible]~~, las miradas suelen fijarse en algo insignificante y que nada tiene que ver con la situación. Maximiliano contempló un rato el grupo fotográfico de las chicas de Samaniego, Aurora y Olimpia, con mantilla blanca, enlazados los brazos, la una muy ~~seriota~~, la otra ~~muy~~ sentimental. ¿Por qué miraba aquello? Su turbación le llevaba á colgar las miradas ~~de cualquier cosa, sin verla bien, á~~ prendes el espíritu en cualquier objeto aunque fueran las cabezas de los claves ~~de~~ que los retratos ~~pendían~~.

—Explícate, hombre—añadió doña Lupe, que era viva de genio.—¿Es una chiquillada?

—No, señora—respondió Maximiliano, y esta negación, que era afirmación, empezó á darle ánimos, aligerándole un poco el peso aquel de la boca del estómago.

—¿Estás seguro de que no es chiquillada? ¡Valiente idea tienes tú del mundo y de las mujeres, inocente!... Yo no puedo consentir que una pindonga de esas te coja y te engañe para timarte tu nombre honrado, como otros timan el reloj. A tí hay que tratarte siempre como á los niños atrasaditos que están á medio desarrollar. Para tí la edad del pavo no ha concluído todavía. Hay que tener en cuenta que hace cinco años todavía tenía que ir yo por la mañana á abrocharte los calzones, y que tenías miedo de dormir solo en tu cuarto. Casi, casi no eres responsable de la estupidéz que has hecho ó que dicen que vas á hacer.

Idea tan desfavorable de su personalidad indignaba al joven. Sentía crecer dentro la bravura la bravura; pero le faltaban palabras. ¿Dónde demonios estaban aquellas condenadas palabras que no se le ocurrían en trance semejante? El maldito hábito de la timidéz era la causa de aquel silencio [illegible]. Porque la mirada de doña Lupe ejercía sobre él una fascinación singularísima, y teniendo cosas que decir, no lograba decirlas. "¿Qué diría yo?... ¿Cómo empezaría yo?—pensaba fijando la vista en el retrato de Torquemada y su esposa, de bracete. ¡Qué ridículos estaban!

"Todo se arreglará—dijo doña Lupe en tono conciliador,—si consigo quitarte de la cabeza esas humaredas. Porque tú tienes sentimientos honrados, tienes buen juicio... Pero siéntate. Me da fatiga de verte en pié.

—Es menester que usted se entere bien—dijo Maximiliano al sentarse en el sillón, creyendo haber encontrado un buen cabo de discurso para empezar;—se entere bien de las cosas... Yo... pensaba hablar á usted...

—¿Y por qué no me hablaste? ¡Qué tal sería ello!... Vaya, que un chico delicadito como tú, meterse con esas [illegible]onas. Y no te quepa duda... Así, pronto entregarás la pelleja. Si caes enfermo, no vengas á que te cuide tu tía, que para eso sí sirvo yo, ¿eh? para eso sí sirvo, ingrato, tunante... ¿Y te parece bien que cuando me miro en tí, cuando te saco adelante con tanto trabajo y soy para tí más que una madre; te parece bien que me des este pago, infame, y

M.C.D.2020

M.C.D.2020

que te me cases con una mujer de mala vida, ~~echando tal afrenta sobre toda la familia?~~

Rubín se puso verde y le salió un amargor intentísimo del corazón á los labios.

"No es eso, tía, no es eso — ~~manifestó con un~~ ~~tono que declaraba iba~~ entrando en posesión de sí mismo.—No es mujer de mala vida. La han engañado á usted.

—El que me ha engañado eres tú con tus encogimientos y tus timideces... Pero ahora nos veremos. No creas que vas á jugar conmigo; no creas que te voy á dejar hacer tu gusto. ¿Por quién me tomas, bobalicón?... ¡Ah! si yo no hubiera tenido tanta confianza... Pero si he sido una tonta; si me creí que tú no eras capáz de mirar á una mujer! Buena ~~me~~ la has dado, buena. Eres un ~~hipócrita~~... en toda la extensión de la palabra.

Maximiliano, al oir esto, estaba profundamente embebecido en el retrato de Rufinita la de Torquemada. La veía y no la veía, y sólo confusamente y con vaguedades de pesadilla, se hacía cargo de la actitud de la señorita aquella, retratada sobre un fondo marino y figurando que estaba en una barca. Vuelto en sí, pensó en defenderse; pero no podía ~~encontrar~~ las armas, es decir, las palabras. Con todo, ni por un instante se le ocurría ceder. Flaqueaba su máquina nerviosa; pero la voluntad permanecía firme. ~~Si no tuviera el hábito de~~ ~~la subordinación, de fijo~~ le respondería á doña Lupe con razones tan enérgicas y convincentes ~~que aquel terrible juez le absolvería.~~

"A usted la han informado mal — insinuó con torpeza,—respecto á la persona... que... Ni hay tal vida airada, ni ese es el camino... Yo pensaba hablar con usted ~~de esto~~: "Tía, pues ~~esto hay~~ yo... quiero á esta persona, y... mi conciencia...

—Cállate, cállate y no me saques la cólera, que oirte decir que quieres á una mujer perdida, me dan ganas de ahogarte, más por tonto que por malo... y al oirte hablar de conciencia en este tratado, me dan ganas de... Dios me perdone... ¿Sabes lo que te digo?—añadió alzando la voz,—¿sabes lo que te digo? Que desde este momento vuelvo á tratarte como cuando tenías doce años. Hoy no ~~me~~ sales de casa. Ea, ya estoy yo en ~~compañía~~ con mis disciplinas... Y desde mañana me vuelves á tomar el aceite de hígado de bacalao. Véte á tu cuarto y quítate las botas. Hoy no me pisas la calle.

82

Dios sabe lo que iba á contestar [redacted] el acusado.
[redacted]. Quedó suelta en el aire la primera palabra,
porque [redacted] una visita. Era el Sr. de Torque-
mada, persona de confianza en la casa, que al
entrar iba derecho al gabinete, á la cocina, al
comedor, ó á donde quiera que [redacted] es-
tuviese. La fisonomía de aquel hombre era di-
fícil de entender. Sólo doña Lupe, en virtud de
una larga práctica, sabía encontrar algunas [redacted]
[redacted] en aquella cara ordinaria y enju-
ta, que tenía ciertos rasgos de tipo militar con
visos clericales. Torquemada había sido ala-
bardero en su mocedad y conservando el bigo-
te y perilla, que eran ya entrecanos, tenía un
no sé qué de eclesiástico, debido sin duda á la
mansedumbre afectada [redacted] dulzona y
á un [redacted]rto subir y bajar de párpados con que
adulteraba su grosería innata. La cabeza se le
inclinaba siempre al lado derecho. Su estatura
era alta, mas no arrogante; la cabeza calva,
crasa y escamosa, con un enrejado de pelos [redacted]
[redacted]. Por ser aquel día domingo, llevaba
limpio el cuello de la camisa, pero la capa era
el número dos, con las vueltas aceitosas y los
ribetes deshilachados. Los pantalones se le su-
bían tanto, que parecía haber montado á caba-
llo sin trabillas, pero no era la equitación, sino
el gran desarrollo de las rodilleras y lo malo
del género lo que motivaba la merma progre-
siva de aquella prenda. Sus botas, por ser do-
mingo, estaban aquel día embetunadas y eran
las más nuevas, tan chillonas que se oían des-
de una legua.

"¿Y cómo está [redacted] la familia?—preguntó
al tomar asiento, después de dar su mano siem-
pre sudorosa á doña Lupe y [redacted] sobrino.

—Perfectamente bien—dijo la señora obser-
vando con ansiedad el semblante de Torque-
mada.—¿Y en casa?

—No hay novedad, á Dios gracias.

Doña Lupe esperaba aquel día noticias de
un asunto que le interesaba mucho. Como siem-
pre se ponía en lo peor para que las desgracias
no la cogieran desprevenida, pensó, al ver en-
trar á su agente, que le traía malas [redacted].
Tem[redacted] preguntarle [redacted] la cara, aguardan-
do el temido fallo. La cara de militar adulte-
rado no expresaba más que un interés decidido
por la familia. Al fin Torquemada, que no
gustaba de perder el tiempo, dijo á su amiga:

llegó

la señora

jeroglíficos

y

cie

mal extendidos para cubrirla.

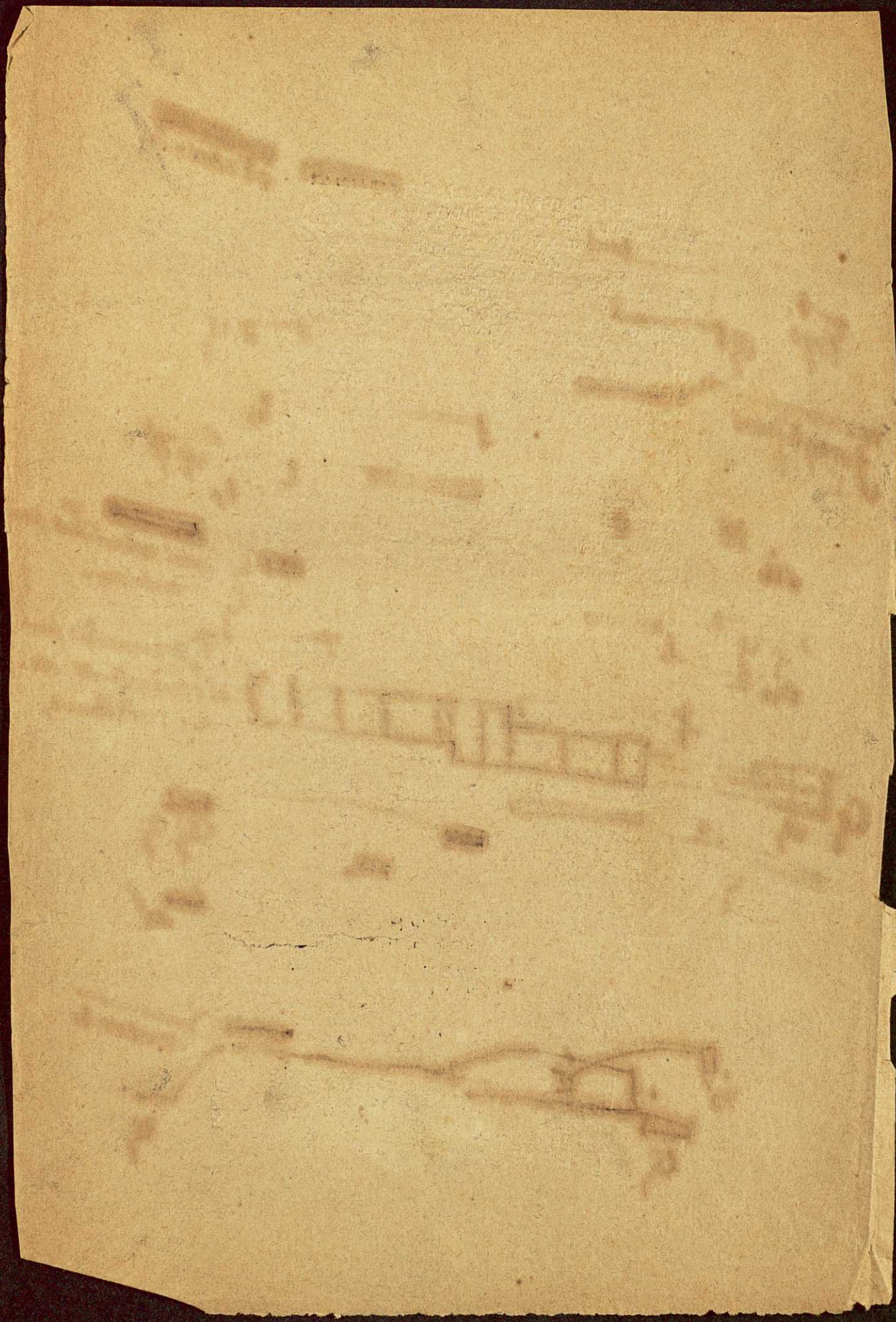
casi

mermados por el crecimiento de las rodilleras,

al

nuevas.

ió



"Vamos, doña Lupe, que hoy estamos de buena. ¿A que no me acierta usted la peripecia que le traigo?

La fisonomía de [illegible] se iluminó, porque sabía que Torquemada llamaba peripecia [illegible] á reir, y metió mano al bolsillo interior de su americana.

—No me lo diga usted, D. Francisco—exclamó doña Lupe con incredulidad—¿Ha pagado...?

—Lo va usted á ver... Yo... tampoco lo esperaba. Como que fuí anoche á decirle que el lunes se le embargaría. Hoy por la mañana, cuando me estaba vistiendo para ir á misa, me le veo entrar. Creí que venía á pedirme más prórrogas. Como siempre nos está engañando, que hoy, que mañana... Yo no le creo ni [illegible] Evangelio. Es un embustero. Pero en fin, pedradas de éstas nos den todos los días. "Señor de Torquemada—me dice muy serio,—vengo á pagarle á usted...„ Me quedé como quien ve visiones. Francamente, no esperaba la peripecia. [illegible], que me dió el *guano*, ó sean ocho mil reales, cogió su pagaré, y [illegible] otro.

—Lo que yo le decía á usted—observó doña Lupe con la alegría atravesada en la garganta como un buche de agua que no permite la fácil emisión de las palabras.—El tal Joaquinito Pez es una persona decente. Él pasa sus apurillos como todos esos hijos de familia que se dan buena vida, y un día tienen, otro no. De fijo que será jugador...

Torquemada hizo una separación de billetes, dando la mayor parte á doña Lupe [illegible].

"Los seis mil reales de usted... dos mil míos. Buen chiripón ha sido éste. Yo los contaba perdidos, porque el tal Joaquinito está, según me han dicho, con el agua al cuello. ¿Quién será el desgraciado á quien ha dado el sablazo? Pero á nosotros qué nos importa.

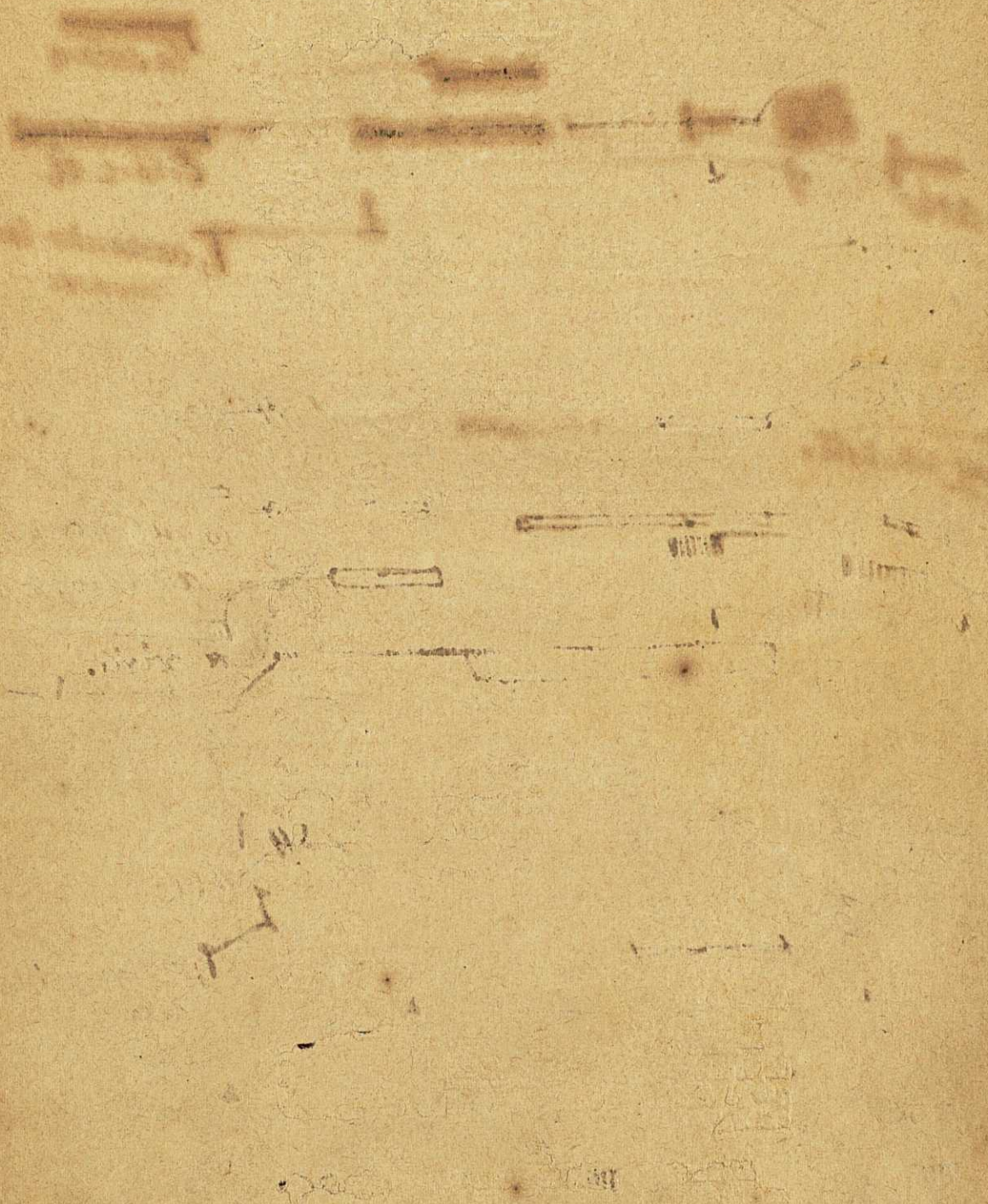
—Como no le hemos de prestar más...

—Mire usted, doña Lupe—dijo Torquemada, haciendo una perfecta *o* con los dedos pulgar é índice y enseñándosela á su interlocutora.

II

Doña Lupe [illegible] la *o*, con veneración y escuchó:

"Mire usted, señora, estos señoritos disolu-



13ª

84

tes son buenos parroquianos, porque no reparan en el materialismo del premio ~~ni en~~ plazo; pero al fin la dan, y la dan gorda. Hay que tener mucho ojo con ellos. Al principio, el embargo les asusta; pero como lleguen á perder la ~~vergüenza~~ una vez, lo mismo les da *fu* que *fa*. ~~Aunque usted los ponga en la~~ *Gaceta* ~~no se alteran...~~ se quedan tan frescos. Vea usted al marquesito de Casa Bojío le embargué el mes pasado; le vendí hasta la lámina en que tenía el árbol genealógico. Pues á los tres días me le ví en un faetón, como si tal cosa, y pasó por junto á mí y las ruedas me salpicaron el barro de la calle... No es que me importe el materialismo del barro; lo digo para que se vea lo que son... ¿Pues creerá usted que encontró después quien le prestara? Ello fué al cuatro mensual; ¿pero ~~dejará de ser como ponerlo á una carta?...~~ Verdad que no molestan, y si á mano viene, cuando piden prórroga, por tenerle á uno contento le dan un destinillo para un sobrino, como hizo el chico de Pez conmigo... pero el materialismo del destino no importa, á lo mejor la ~~dan~~, y ~~la dan~~ de canela fina, créame usted. Por eso, ya puede venir ahora á tocar á ~~la~~ puerta, que ~~no~~ he de ~~hacerme el sordo, y~~ ~~divinación lo vió.~~

punto

y del

del

la publicidad de la

finalmente

[redacted]

aun al cinco sería, como quien dice, el todo por el todo.

pegan

esta

le

mandar á plantar cebollino.

Al llegar aquí Torquemada sacó su sebosa petaca. Como tenía tanta confianza, iba á echar un cigarro, ofreció á Maximiliano, y doña Lupe respondió bruscamente por él diciendo con desdén: "Este no fuma."

Las operaciones previas de la fumada duraban un buen rato, porque Torquemada le variaba el papel al cigarrillo. Después encendió la cerilla raspándola en el muslo. "Como seguro —prosiguió,—aunque da mucho que hacer, el *chico* de la tienda de ropa hecha, José María Vallejo. Allí me tiene todos los primeros de mes, como ~~la mayor de Fraga~~... Mil duros me tiene allí, y no le cobro más que veintiseis todos los meses. ¿Que se atrasa? "~~Mire~~, yo tengo un gran compromiso y no te puedo aguardar." Cojo media docena de capas, y me las llevo tan fresco... Y no lo hago por el materialismo de las capas, sino ~~por pequeña miedo~~. Si no hay más remedio, señora. Es menester tratarles así, porque no guardan consideración. Se figuran que tiene uno el dinero para que ellos se diviertan. ~~Acuérdese~~ usted de aquellos estudiantes que nos dieron tanta guerra. Fué el primer dinero de usted que coloqué. Aquel Cienfuegos, aquel Arias Ortiz. Vaya unos ~~pantalones~~. Si no es por mí, no se les cobra... Y eran tan tunantes, que después que iban á casa llorando para que les prorrogara, me los encontraba en el café ~~tomando~~ copas de ron y ~~dándose la gran vida~~... Lo mismo que aquel tendero de la calle Mayor, aquel Rubio que tenía peletería, ¿se acuerda usted? ~~Qué peripecias!~~ Me trajo su reloj, los pendientes de su mujer, y doce cajas de pieles y manguitos, y aquella misma tarde, aquella mismísima tarde, señora, me le veo en la Puerta del Sol, encaramándose en un coche para ir á los Toros... Si son así... quieren el dinero para el materialismo de tirarlo. Por eso estoy todo el santo día vigilando á José María Vallejo, que es un buen hombre, sin despreciar á nadie. Voy á la tienda y veo si hay gente, si hay movimiento; echo una guiñada al cajón; me entero de si el chico que va á cobrar las cuentas trae dinero; ~~comunico~~ al principal, le doy consejos, le recomiendo que al que paga le crucifique. Si es la verdad, si no hay más camino. ~~A~~ que se hace de manteca pronto se

M.C.D.2020

lo merendán. Y no lo agradecen, no señora, no agradecen el interés que me tomo por ellos. Cuando me ven entrar, si viera usted qué cara me ponen! No reparan que están trabajando con mi dinero. Pero eran ellos? Unos pobres pelagatos. Les parece que porque me dan veintiseis duros al mes, ya han cumplido... Dicen que es mucho y yo digo que es poco, y que ~~hago un gran favor~~, porque los tiempos están malos, pero muy malos.

En toda la parte del siglo XIX que duró la larguísima existencia usuraria de D. Francisco Torquemada, no se le oyó decir una sola vez siquiera que los tiempos fueran buenos. Siempre eran malos, pero muy malos. Aun así, el 68 ya tenía Torquemada dos casas en Madrid, y había empezado sus negocios con doce mil reales que heredó su mujer el 51. Los un día mezquinos capitales de doña Lupe, él se los había centuplicado en un par de lustros, siendo ella la única persona que asociaba á sus oscuros negocios. Cobrábale una comisión insignificante, y se tomaba por los asuntos de ella tanto interés como por los propios, en razón á la gran amistad que había tenido con el difunto Jáuregui.

—Y con esta fecha y con esta facha me voy —dijo Torquemada levantándose y colgándose la capa que se le caía del hombro izquierdo.

—¿Tan pronto?

—Señora, que no he oído misa. Lo que le decía á usted, estaba vistiéndome para salir á oirla, cuando entró Joaquinito á darme la gran peripecia.

—¡Buena ha sido, buena!—exclamó doña Lupe, oprimiendo contra su seno la mano en que tenía los billetes, tan bien cogidos que no se veía el papel por entre los dedos.

—Quédate con Dios—dijo Torquemada á Maximiliano que sólo le contestó al saludo con un *ju ju...*

Y salió al recibimiento, acompañado de doña Lupe. Maximiliano les sintió cuchicheando en la puerta. Por fin se oyeron las botas chillonas del ex-alabardero bajando la escalera y doña Lupe reapareció en el gabinete. Ella que le causaba la cobranza de aquel

dinero que creía perdido era tan grande, que sus ojos negros le lucían como dos carbones encendidos, y su boca traía [illegible] una sonrisa. Desde que [illegible] en el gabinete concibió Maximiliano que su cólera se había aplacado. Seis mil reales, vomidos de aquella manera, no podían menos de dulcificarla; y llegándose á donde estaba el delincuente, que no se había movido de la butaca, le puso una mano en el hombro, empuñando fuertemente en la otra los billetes, y le dijo:

"No, no te sofoques... no es para tomarlo así. Yo te digo estas cosas por tu bien... Por [illegible]

—Yo, realmente—[illegible] Maximiliano con serenidad, que más le asombró á él mismo que á doña Lupe,—no me he sofocado... yo estoy tranquilo, porque mi conciencia...

Aquí se volvió á [illegible]. Doña Lupe no le dió tiempo á [illegible], porque se metió en la alcoba, [illegible] vidrieras [illegible]. Desde el gabinete la sintió Maximiliano trasteando. Guardaba el dinero. Abriendo después la puerta [illegible], más sin salir de la alcoba, [illegible] siguió hablando con su sobrino:

"Ya sabes lo que te he dicho. Hoy no me sales á la calle... Y desde mañana empezarás á tomarme el aceite de hígado de bacalao, porque todo eso que te da no es más que debilidad del cerebro... Luégo seguiremos con el fosfato, otra vez con el fosfato. No debiste dejar de tomarlo...

Maximiliano, como no tenía delante á su tía, se permitió una sonrisa burlona. Miraba en aquel momento á su tío el Sr. de Jáuregui, que le miraba también á él, como es consiguiente, y no podía menos de observar que el digno esposo de su tía era horrendo, [illegible] comprendía cómo doña Lupe no se moría de miedo cuando se quedaba sola, de noche, en compañía de [illegible] marido tan espantoso.

M.C.D.2020

"Con que ya sabes—dijo al aparecer en la puerta, abrochándose su cuerpo de merino negro, pues se estaba disponiendo para salir.—Ya puedes ir á quitarte las botas. Estás preso.

Fuese el joven á su cuarto sin decir nada, y doña Lupe se quedó pensando en lo dócil que era. El rigor de su autoridad, que el muchacho acataba siempre con veneración religiosa, sería remedio eficacísimo y pronto del desorden de aquella cabeza. Bien lo decía ella. "En cuanto yo le doy cuatro gritos, ya lo tengo vencido." Trabajo les mando á las sobas que me le quieran trastornar, porque su índole es buena, su ánimo apocado, y no perdiéndolo yo de vista, hago de él lo que me da la gana.

"Papitos!—gritó la señora, y al punto se oyeron las patadas de la chica en el pasillo como las de un caballo en la pista del Hipódromo.

Papitos se presentó con una patata en la mano y el cuchillo en la otra.

"Mira—le dijo su ama con voz queda.—Ten cuidado de ver lo que hace el señorito Maxi mientras yo estoy fuera. A ver si escribe alguna carta, ó qué hace.

Papitos se dió por enterada, y volvió á la cocina dando brincos.

"A ver—dijo doña Lupe hablando consigo misma,—¿se me olvidará algo?... ¡Ah! el portamonedas. ¿Qué hay qué traer?... Fideos, azúcar... y nada más. ¡Ah! el aceite de hígado de bacalao, lo que es eso no se lo perdono. A cucheretazos es como se cura esto. Y ahora no habrá el realito de vellón por cada toma. Ya es un hombre, quiero decir, ya no es un chiquillo.„

Figúrese el lector cuál sería el estupor de doña Lupe *la de los Pavos*, cuando vió entrar en la sala á su sobrino no con zapatillas ni en tren de andar por casa, sino empaquetado para salir con su capa de vueltas encarnadas, su chaqué azul y su honguito de color de café. Tan asombrada y tan indignada estaba por la desobediencia del mancebo, que apenas pudo balbucir una protesta... Pe... pero...

„Tía—dijo Maximiliano con la voz alterada y temblorosa,—no pue... no puedo obedecer á usted... Soy mayor de edad. He cumplido veinticinco años... Yo la respeto á usted; respéteme usted á mí.

Y sin esperar respuesta, dió media vuelta y

M.C.D.2020

salió de la casa á toda prisa, temiendo sin duda que su tía le agarrase por los faldones.

Bien claro explicaba él su conducta, en coloquio consigo mismo: "Yo no sé defenderme con palabras; yo no puedo hablar, y me aturrullo y me turbo sólo de que mi tía me mire; pero me defenderé con hechos. Mis nervios me venden; pero mi voluntad podrá más que mis nervios, y lo que es la voluntad, bien firme la tengo ahora. Que se metan conmigo; que venga todo el género humano á impedirme esta resolución; yo no discutiré, yo no diré una palabra; pero á donde voy, voy, y al que se me ponga por delante, sea quien sea, le piso y sigo mi camino.

III

Doña Lupe se quedó que no sabía lo que le pasaba.

"¡Papitos, Papitos!... No, no te llamo... vete... Pero has visto ¡qué insolente? Si no es él, no es él... Es que me le han vuelto del revés, me le han embrujado. ¿Habrá tunante? Si estoy por seguir tras él, y avisar á una pareja de Orden Público para que le detengan... Pero á la noche nos veremos las caras. Porque tú has de volver, tú tienes que volver, pillo, descarado, hipócrita... Papitos, toma, toma; bájate por los fideos y el azúcar. Yo no salgo, no puedo salir. Creo que me va á dar algo... Mira, te pasas por la botica y pides un frasco de aceite hígado de bacalao, del que yo traía. Ya saben ellos. Dices que yo iré á pagarlo... Oye, oye, no traigas eso. ¡Si no lo va á querer tomar...! Tráete una vara. No, no traigas tampoco vara... Te pasas por la droguería y pides diez céntimos de sanguinaria. A mí me va á dar algo...

Estaba en efecto amenazada de un arrebato de sangre, pero la cosa no era para menos. Nunca había visto en su sobrino un rasgo de independencia como el que acababa de ver. Había sido siempre tan humilde, que donde le ponían allí se estaba. Voluntad propia, no la tuvo jamás. Obedecía como un cordero, y sólo por tomar ciertas medicinas había que convencerle con realitos de vellón y medias pesetas. En ningún tiempo había sido preciso ponerle mano en cima, porque con un fruncimiento de cejas bastaba para traerle á la obediencia. ¿Qué había pasado en aquel cordero para convertir su mansedumbre en fiereza? La mente de doña Lupe no podía descifrar misterio tan grande.

¡quitá! no podía. Trás de la cólera y la confusión vino el abatimiento, y doña Lupe se sentía tan rendida físicamente por el enojo como si hubiera estado toda la mañana ocupada en alguna faena penosa. Quitóse pausadamente los trapitos domingueros que se había empezado á poner, y volvió á llamar á Rapitos para decirle: No hagas más que unas sopas de ajo. El señorito no vendrá á almorzar, y si viene ya le acusaré yo las cuarenta.

Tomó la sillita baja, que usaba cuando cosía y fué á colocarse junto al balcón. Le dolía la cintura y al sentarse exhaló un ¡ay! Para coser usaba siempre gafas. Se las puso, sacó obra de su cesta de costura, y empezó á repasar unas sábanas. No le repugnaba á doña Lupe trabajar los domingos, porque sus escrúpulos religiosos se los había quitado Jáuregui en veinte años de propaganda matrimonial progresista. Púsose, pues, á coser en su sitio de costumbre, que era junto á la vidriera. En el balcón tenía dos ó tres tiestos, y por entre las frustrias ramas veía las calles. Como el cuarto era principal, aquel sitio era magnífico para ver pasar gente en caso de que la gente quisiera pasar por allí. Pero la calle de Raimundo Lulio y la de Don Juan de Austria, que hace ángulo con ella, son de muy poco bullicio. Parece aquello un pueblo. La única distracción de doña Lupe en sus horas solitarias era ver quién entraba en el taller de coches inmediato ó en la imprenta de enfrente, si salía alguien de la capilla protestante, y si pasaba ó no doña Guillermina Pacheco en dirección del asilo de la calle de Alburquerque. Lugar y ocasión admirables eran aquellos para meditar, con los trapos sobre la falda, la aguja en la mano, los espejuelos calados, la cesta de la ropa al lado, el gato hecho una pelota de sueño á los piés de su ama. Aquel día doña Lupe tenía más que nunca sobre que meditar.

"¡Que se esté una sacrificada toda la vida para esto!... El no lo sabe, qué ha de saber, si es un tontín. Le ponen el plato delante, ¿y qué sabe las agonías que ha costado ponérselo?... Pues si le dijera yo que cada garbanzo, algunos días, tiempo há, tenía el valor de una perla... según lo que costaba traerlo á casa. No sé qué hubiera sido de mí sin el Sr. de Torquemada, ni qué hubiera sido de Maxi sin mí. Lucida existencia y lucida carrera tendría si no hubiera tenido más arrimo que el de sus hermanos. Dime, tontín, ¿si yo no hubiera trabajado como una negra para defenderme de la miseria y poner esta casa en el pié que tiene; si no discurriera tanto como discurro, calentándome los sesos á todas horas y empleando en mil menudencias estas entendederas que Dios me ha dado, qué hubiera sido de tí, ingratuelo, quervecillo á quien he criado para que me saque los ojos?... ¡Ah! ¡Si viviera mi Jáuregui!

El recuerdo de su difunto esposo, que siempre se avivaba en la mente de doña Lupe cuando se veía en algún conflicto, hízole derramar entonces una lágrima, quizás dos. En todas sus aflicciones se consolaba con las dulces memorias de su felicidad matrimonial, pues Jáuregui había sido el mejor de los hombres y el número uno de los maridos. Doña Lupe lo evocaba con efusión cariñosa, renovando el dolor inmenso que la muerte de aquel hombre le había causado. "¡Ay, mi Jáuregui!„ exclamaba echando toda el alma en un suspiro.

Don Pedro Manuel de Jáuregui había servido en el Real Cuerpo de Alabarderos. Después se dedicó á negocios, y era tan honrado, pero tan extremadamente honrado, que no dejó al morir más que cinco mil reales. Oriundo de la provincia de León, recibía remesas de huevos y otros artículos de recoba. Todos los paveros leoneses, zamoranos y segovianos depositaban en sus manos el dinero que ganaban para que lo girase á los pueblos productores del artículo. De aquí vino el apodo que le dieron en Puerta

Cerrada y que heredó doña Lupe. También recibía Jáuregui muchas cargas de mantecadas de Astorga por Navidad, y á su casa iban á cobrar y á dejar el dinero todos los ordinarios de la maragatería. En política hizo un gran papel D. Pedro por ser uno de los corifeos de la Milicia Nacional, y era tan honrado, que la única vez que se sublevó lo hizo al grito mágico de ¡Viva Isabel II! Se murió aquel bendito, y doña Lupe se hubiera muerto también si el dolor matara. Y no se vaya á creer que le faltaron pretendientes á la viudita, había, entre otros, un D. Evaristo Feijóo, coronel de ejército, que le rondaba la calle y no la dejaba vivir. Pero la fidelidad á la memoria de su feo y honrado Jáuregui se sobreponía en doña Lupe á todos los intereses de la tierra. Después vino la crianza y cuidado de su sobrinito, que le dieron esa compañía tan saludable para las desazones del alma. Torquemada y los negocios ayudáronla también á entretener su existencia y á conllevar su dolor... Pasó tiempo, ganó dinero, y paso á paso vino la situación en que la he descrito. Pasaba ya doña Lupe los cincuenta años, mas estaba tan bien conservada, que no parecía tener más de cuarenta. Había sido en su mocedad frescachona de cuerpo y sosa de rostro, y tenía cierto parecido remoto con Juan Pablo. Sus ojos conservaban la viveza de la juventud; pero tenía cierta adustéz jurídica en el rostro de líneas acentuadas y muy mal colorido. Sobre el labio superior, delgado y violado como los bordes de una reciente herida, le corría un bozo ténue, muy ténue, como el de los chicos precoces, vello finísimo que no la afeaba ciertamente; por el contrario, era quizás la única pincelada felíz de aquel rostro semejante á las pinturas pesadas y materiosas, y hacia la gracia el tal bozo de ir á terminarse sobre el pico derecho de la boca con una verruguita muy chica, de la cual salían dos ó tres pelos bermejos que á la luz brillaban retorcidos como hilillos de cobre. El busto era hermoso, aunque, como se verá más adelante, había en él algo de falseamiento de la verdad ó corrección artística de un dibujo de la Naturaleza.

Descollaba doña Lupe por la inteligencia y por un gran prurito de mostrarla á cada instante. Así como á otras el amor propio les inspira la presunción, á doña Lupe le infundía siempre convicciones de superioridad intelectual y el deseo de dirigir la conducta agena, resplandeciendo en el consejo y en todo lo que es práctico y gubernativo. Era una de esas personas que no habiendo recibido educación, parece que la han tenido cumplidísima, por lo bien que se expresan, por la facilidad con que se imponen un carácter y lo sostienen, y por lo bien que disfrazan con las retóricas sociales las brutalidades del egoismo humano.

De la memoria de su Jáuregui pasó á pensar en su sobrino. Eran sus dos amores. Subióse, pues, las gafas que se le habían deslizado hasta la punta de la naríz, y prosiguió así: Pues conmigo no juega. Le pongo en la calle como tres y dos son cinco. Tendré que hacer un esfuerzo, porque le quiero como debe de quererse á los hijos... Pero no hay más remedio que mostrar carácter. No todo ha de ser blandura... ¡Yo que tenía la ilusión de casarlo con Rufina, ó al menos con Olimpia!.. No, me gusta mucho más Rufina Torquemada. Cuidado que soy tonta. Al verle tan huraño, y que se escondía cuando entraba doña Silvia con su hija, creía que hablarle á este chico de mujeres era como hablarle al diablo de la cruz. Fíese usted de apariencias. Y ahora resulta que... Si hasta hace meses sostiene á una mujer, y se pasa el día entero con ella, y... Vamos, yo tengo que ver esto para creerlo... Y otra cosa: ¿y cómo se las arregla para mantenerla?... La hucha está allí con su peso de siempre...

Doña Lupe, al llegar aquí, se engolfó en cavilaciones tan abstrusas, que no es posible seguirla. Su mente se sumergía y salía á flote, como un madero arrojado en medio de las bravas olas. La buena señora estuvo así toda la tarde. Sólo salió de su abstración para reñir con Papitos, á quien no dejó salir á paseo aquel domingo, á pesar de habérselo prometido. Papitos no tenía más defensa contra su tirano que hacer las cosas mal, y empezó á tomar la venganza del débil con implacable tesón. Por esta causa, á las siete de la noche, hora en que sirvió la sopa, ya doña Lupe estaba en punto de caramelo, enteramente sofoca-

M.C.D.2020

da por la ira, y deseando hacer una justicia da con Papitos y otra con Maxi. Deseaba ardientemente, que su sobrino entrase de la calle para descargar sobre él todo el material de lavas que el volcán de su pecho no podía contener. Entró Maximiliano cuando ya estaba servido el cocido. Papitos se había llevado ya la sopera, y como la muy pícara comprendiera que doña Lupe no quería que la volviese á traer, lo que hizo fué traerla para llevarle la contraria. Maximiliano se sentó á la mesa sin decir nada, muy grave y algo cohibido. Empezó á comer su sopa con apetito, echando miradas indagatorias é inquietas á su señora tía, que evitaba el mirarle... *por no romper*... "Debo contenerme —pensaba ella,—hasta que coma... Y parece que tiene ganitas...„ Transcurrió en silencio toda la comida. A ratos Maximiliano daba grandes suspiros mirando á su tía, cual si deseara tener una explicación con ella. Más de una vez quiso doña Lupe romper en denuestos; pero no acababa de decidirse. El silencio y la compostura de su sobrino la cohibían, haciéndole temer que se repitiera el rasgo varonil de aquella mañana. Por fin, Maximiliano, apenas catóX unas pasas que de postre había, se levantó para ir á su cuarto; y apenas le vió doña Lupe de espalda, se le encendieron de súbito los ánimos, y corrió tras él, conteniendo las palabras que á la boca se le salían. Estaba el pobre chico encendiendo el quinqué de su cuarto, cuando doña Lupe apareció en la puerta, gritando con toda la fuerza de sus pulmones: "Zascandil.„

No se inmutó Maximiliano ni aun cuando doña Lupe, repitiendo su apóstrofe, llegó al cuarto ó al quinto *zascandil*. Y como si esta palabra fuera el tapón de su ira, tras ella corrieron en abundante vena las quejas y resentimientos por lo que el chico había hecho aquella mañana. "Y no quiero hablar ahora del motivo —añadió [illegible] —de esa moza que te has echado... y que sin duda ha empezado por pegarte su mala educación. Voy á la patochada de esta mañana. ¿Crees que tu tía es algún trapo viejo?

El muchacho se sentó en la silla que junto á la cama estaba, y apoyando el codo en ésta, aguantó la rociada, sin mirar á su juez. Tenía un palillo entre los dientes, y lo llevaba de un

M.C.D.2020

lado para otro de la boca con nerviosa presteza. Ya se le había quitado aquel gran temor que la hermana de su padre, verdadera madre para él, le infundía. Como ciertos cobardes muy cobardes, se vuelven valientes desde que disparan el primer tiro, Maximiliano, una vez que rompió el fuego con la hombrada de aquella mañana, sentía su voluntad libre del freno que le pusiera la timidéz. Dicha timidéz era un fenómeno puramente nervioso, y en ella tenían no poca parte también sus rutinarios hábitos de subordinación y de apocamiento. Mientras no hubo en su alma una energía poderosa, aquellos hábitos y aquella diátesis nerviosa formaron la costra ó apariencia de su carácter; pero surgió dentro la energía, estuvo luchando durante algún tiempo por mostrarse, rompiendo la corteza. La timidéz y la falsa humildad endurecían ésta, y como la energía interior no encontraba un auxilio cierto en la palabra, porque la sumisión consuetudinaria y la cortedad del joven no le habían permitido educar la palabra ni acalorarla para discutir, pasaba tiempo sin que la corteza se rompiera. Por fin, lo que no pudieron hacer las palabras, lo hizo un acto. Rota la superficie, Maximiliano se encontró más valiente y dispuesto á medirse con su tía. Lo que antes le parecía como levantar una montaña, parecíale ya como alzar del suelo un pañuelo. Se asombraba de haber sido tan cobarde, de haber empleado tantos disimulos y tapujos, y hasta lo de la lucha le pareció una chiquillada.

M.C.D.2020

Oyó en calma los desahogos de su tía. ¡Cuántos argumentos se podían oponer á los que la buena señora acumulaba con más ardor que lógica! Pero lo que es en argumentar con palabras [illegible] todavía [illegible] fuerte [illegible]. Argumentaba con hechos. En esto sí que no le ganaba nadie. Cuando su tía tomó un respiro dejándose caer sofocada en la silla que junto á la mesa estaba, Maximiliano rompió á hablar á su vez; pero no era aquello razonar, era como si cogiera su corazón y lo volcara sobre la cama, lo mismo que había volcado la hucha después de romperla.

"La quiero tanto—dijo sin mirar á su tía, y encontrando palabras relativamente fáciles para expresar sus sentimientos,—la quiero tanto, que toda mi vida está en ella, y ni ley ni familia ni el mundo entero me pueden apartar de ella... Si me ponen en esta mano la muerte y en esta otra dejar de quererla y me obligan á escoger, preferiré cien veces morirme, matarme ó que me maten... La quise desde el momento en que la ví, y no puedo dejar de quererla, sino dejando de vivir... de modo que es tontería oponerse á que [illegible], porque salto por encima de todo y si me ponen delante una pared la paso... ¿Ve usted cómo rompen los ginetes del Circo de Price los papeles que les ponen delante cuando saltan sobre los caballos? Pues así rompo yo una pared si me la ponen [illegible]

IV

Este simil impresionó vivamente á la gran doña Lupe que contempló un rato á su sobrino con más lástima que [illegible]

"Yo me he llevado chascos en mi vida—dijo meneando la cabeza como los muñecos que tienen un alambre en el pescuezo;—pero un chasco como este no me lo he llevado nunca. Hijito, te has portado... Me la has dado completa, á fondo, de maestro... Pues buen provecho que te haga. Cierto que no tengo poder sobre tí... Si te pierdes, bien perdido estás. No me vengas á mí después con arrumacos. Te crié, te eduqué, he sido para tí una madre. ¿No te parece que debías haberme dicho: "pues, tía, esto no pasa?"

—Cierto que sí—replicó vivamente Maximiliano,—pero me daba reparo, tía. Ahora que me he soltado parécemе la cosa más fácil del mundo. De esta falta le pido á usted perdón, porque reconozco que me porté mal. Pero se me trababa la lengua cuando quería decir algo, y me entraban sudores... Me había acostumbrado á no hablar á usted más que de si me dolía ó no la cabeza, de que se me había caído un botón de la camisa, de que llovía ó estaba seco y de

otras tonterías así... Oiga usted ahora, después de callar tanto, me parece que reviento si no le cuento á usted todo. La conocí hace tres meses. Estaba pobre, había sido muy desgraciada...

—Sí, sí, me han dicho que es muy corrida. Tienes buenas tragaderas,—afirmó doña Lupe con crueldad.

—No haga usted caso. Es una infeliz... los hombres son muy malos. ¿No conviene usted conmigo en que los hombres son muy malos? Y dígame usted ahora. ¿No es acción grande y noble traer al buen camino á una alma buena que se ha descarriado?

—Y tú, tú—exclamó la de Jáuregui con espanto, persignándose,—te has metido á pastor!

—Pero aguárdese usted, tía. No juzgue usted las cosas tan de ligero—insistió Maximiliano, apurado por no saber expresarse bien, sintiéndose fuerte en su conciencia.—Si ella está arrepentida, no ha sido tampoco tan mala como á usted le han dicho. Si es un ángel...

—¡De cornisa!

—Créeame usted, y cuando la conozca...

—¡Yo... conocerla yo! De eso está libre... Ya le he dicho que buen provecho le haga tu oveja descarriada.

—Pero si no es eso... es que yo no me expreso bien. Dígame una cosa, ¿el querer ser honrada no es lo mismo que serlo?

—No.

—Pues yo no lo veo así, yo no lo veo así—replicó el muchacho, luchando siempre con la dificultad para argumentar.

—¿Cómo ha de ser lo mismo querer ser una cosa que serlo?

—En el terreno moral, sí... Si conmigo es honrada y sin mí no lo es, ¿cómo quiere usted que yo le diga, anda y vete de mí, que me manchas? ¿No es más natural y humano que la acoja y la salve? Pues qué las obras grandes y ¿cómo diré?... cristianas, se han de mirar por el lado del egoismo?

Creyó Maximiliano que había puesto una pica en Flandes con este argumento, y observó el efecto que en su tía había hecho. La verdad es que doña Lupe se quedó un instante algo confusa sin saber qué responder. Al fin le contestó con desdén:

"Estás loco. Esas cosas no se le ocurren á nadie que tenga sesos. Me voy, te dejo, porque si no me voy, te pego, no tengo más remedio que romperte encima el palo de una escoba, y la verdad, si eres poco hombre para ese amor tan sublime, aún lo eres menos para recibir una paliza. Tomo que te me quedes entre las

M.C.D.2020

Maxi la sujetó por el vestido y la obligó á sentarse otra vez.

"Oigame usted... tía. Yo la quiero á usted mucho; yo le debo á usted la vida, y aunque usted se empeñe en reñir conmigo, no lo ha de conseguir... Vamos á ver. Lo que yo hago ahora, lo que la tiene á usted tan enojada es, según voy viendo, una acción noble, y mi conciencia me la aprueba, y estoy tan satisfecho de ella como si tuviera á Dios dentro de mí diciéndome: *bien, bien*... Porque usted no me puede hacer creer que estamos en el mundo sólo para comer, dormir, digerir la comida y pasearnos. No; estamos para otra cosa. Y si yo siento dentro de mí una fuerza muy grande, pero muy grande, que me impulsa á la salvación de otra alma que adoro, lo he de realizar, aunque se hunda el mundo.

—Lo que tú tienes—afirmó doña Lupe queriendo sostener su papel,—es la tontería que te rebosa por todo el cuerpo... y nada más. No me engatusarás con palabritas. Vaya que de la noche á la mañana has aprendido unos términos y unos floreos de frases que me tienen pasmada... Estás hecho un poeta... en toda la extensión de la palabra. Y siempre he tenido á los poetas por unos grandes embusteros... tontos de atar... Tú no eres ya el Maximiliano que yo crié. ¡Cómo me has engañado!... Una mujer, una querida, un belén... y ahora viene la de me caso, y á Roma por todo. Si al menos fuera honrada... Anda, ya no te quiero; ya no soy tu tiita Lupe... No te echo de mi casa por lástima, porque espero que todavía has de arrepentirte y me has de pedir perdón.

Maximiliano, ya completamente sereno, movió la cabeza expresando duda.

"El perdón ya lo pedí por haber callado hasta aquí, y ya no tengo que pedir más perdones. Todavía hay alguna cosa que usted no sabe y que le quiero decir. ¿Cómo la he mantenido durante tres meses? ¡Ay, tía! Rompí la hucha; tenía tres mil y pico de reales, lo bastante para que viva con modestia, porque es muy económica y no gasta más que lo preciso.

Esta revelación hizo vacilar un momento la ira de doña Lupe. ¡Era económica!... Maximiliano sacó la hucha, y mostrándola á su tía, reveló el suceso como la cosa más natural del mundo, reproduciéndolo á lo vivo. "Mire usted, cogí la hucha vieja, después de traer ésta, que es enteramente igual. Machaqué la llena; cogí el oro y la plata y pasé á ésta el cobre, añadiendo dos pesetas en cuartos para que pesara lo mismo... ¿Quiere usted verlo?"

Antes que doña Lupe respondiera, Maximi-

liano estrelló la hucha contra el suelo, y las piezas de cobre inundaron la habitación.

"Ya veo, ya veo que no tienes desperdicio—dijo doña Lupe recogiendo la calderilla—y que cuando la haces, la haces completa. ¿Y cuando se te acabe el dinero? ¿Vendrás á que yo te dé? ¡Ay, qué equivocado estás!

—Cuando se me acabe, Dios me socorrerá por algún lado—dijo Maximiliano con fe.

Estaba excitadísimo y tenía el rostro encendido. Doña Lupe no había visto nunca tanto brillo en aquellos ojos ni animación semejante en aquella cara. Cuando entre los dos hubieron recogido las piezas, [illegible] las envolvió en un número de *La Correspondencia*, y arrojando el paquete sobre la cómoda, dijo con soberano menosprecio:

"Ahí tienes para el regalo de boda.

Maximiliano guardó en la cómoda el pesado paquete, y después se puso la capa. Doña Lupe no se atrevió á retenerle, pues [illegible] se le vinieron á la boca nuevas palabras de ira, y su corazón se llenó de sentimientos de soberbia y autoridad, nada de esto pudo traducirse al exterior, porque en el momento de estallar, un freno inexplicable la contuvo. Para disimular esto, afectaba despreciarle, diciendo: "¡Pues que te aproveche..." Pero la verdad era que sentía desvanecida su autoridad sobre el rabalde y enamorado joven; veía una fuerza efectiva delante de su fuerza, y si no le tenía miedo, era innegable que aquel repentino tesón y aquella entereza moral la infundía algún respeto.

Aquella mujer que dormía á pierna suelta después de haber extrangulado, de compinche con Torquemada, á un infeliz deudor, estaba intranquila ante los problemas de conciencia que le había planteado su sobrino con ingenuidad candorosa. Si quería tanto á la tal mujer, ¿[illegible] oponerse á que se casara con ella? Si tenía la tal inclinaciones honradas, y buen síntoma de honradéz era el ser tan económica, ¿[illegible] atajarla en el camino de la redención? Doña Lupe empezó á llenarse de escrúpulos. Su corazón no era depravado sino en lo tocante á préstamos, [illegible] óralo por razón de hábito y oficio, porque Torquemada la había pervertido; pero fuera de esto, conservaba todo el sentido moral que su egoismo le permitía. Era como los que tienen un vicio, que fuera de él, y cuando no están atacados de la fiebre, son razonables, prudentes y discretos. Cuando doña Lupe no se embriagaba con la usura, era una persona de buen juicio, capáz de tratar con la mayor humanidad á toda persona que no le debiera dinero.

100 (sigue 1.ª)

Al día siguiente, después de otro altercado con su sobrino, tomaron más adherencia en su mente las ideas de transacción. Ya no cabía duda de que la pasión de Maximiliano era tenáz y profunda, y de que esta pasión daba á su carácter energías incontrastables. Ponerse frente á la pasión y á los propósitos grandemente cristianos del joven farmacéutico era como ponerse delante de una ola muy grande en el momento de reventar. Doña Lupe reflexionó muchó todo aquel día, y como tenía un gran sentido de la realidad, empezó á reconocer el poder que ejercen sobre nuestras acciones los hechos consumados, y el escaso valor de las ideas contra ellos. Lo de Maxi sería un disparate, ella seguía creyendo que era un disparate atróz; pero era un hecho, y no había más remedio que admitirlo como tal. Pensó entonces con admirable juicio que cuando en el orden [illegible], lo mismo que en el privado, se inicia un poderoso movimiento revolucionario, lógico, motivado y que arranca de la naturaleza misma de las cosas y se fortifica en las circunstancias, es locura querer oponerse á él; lo práctico, lo discreto es sortearlo y dejarse ir con él aspirando á dirigirlo y encauzarlo. Pues á sortear y dirigir aquella revolución doméstica; que atajarla era imposible, y el que se le pusiera delante, arrollado sería sin remedio... De este plan provino la relativa dulzura con que habló á su sobrino en la segunda noche de confianzas, la maña con que le fué sacando noticias y pormenores de su novia, sin aparentar curiosidad, aventurándose á darle algunos consejos. Verdad que entre una y otra frase le decía ciertas grudezas; pero esto era muy estudiado, para que Maxi no viera el juego. "No cuentes conmigo para nada; allá te las hayas... Ya te he dicho que no quiero saber si tu novia tiene los ojos negros. A mí no me vengas con zalamerías. Te oigo por consideración; pero no me importa. ¿Que la vaya yo á ver? ¡Estás tú fresco...! Yo no me trato más que con personas decentes."

A Maximiliano le había dado su metamorfosis una penetración desigual é intermitente. En ocasiones poseía la vista rápida y segura del genio; en ocasiones era tan ciego que no veía absolutamente nada. Las pasiones exaltadas producen estas pasmosas diferencias en la eficacia de una facultad, y hacen á los hombres romos ó agudos cual si estuviera el espíritu sometido á una influencia lunática. Aquel día Maximiliano leyó en el corazón de su tía, y vió claro en los sentimientos de esta señora, apreciando sus dis-

vagamente
apunt
alma
le prestaba
ella
hinchada
na
burrada
tino
otro
mas
privado
público
impulso
plantársele delante
idea
tolerancia
col y col
frescuras
soltaba
ó amarillos.
ó
ing
superior;
tres sobre un burro.
aprecio
el joven
Dª Lupe